

De Mente

Cuentos
desequilibrados



Claudia Neira

Universidad de Sevilla
Máster Oficial de Escritura Creativa

Trabajo Fin de Máster
Convocatoria: 2018-2019



“De Mente: cuentos desequilibrados”

Modalidad: Creación

Claudia Neira

A handwritten signature in blue ink, consisting of a large, stylized 'P' followed by a series of loops and a long horizontal stroke.

Vº Bº Tutor

Tutora: Pilar Bellido

*Antes te pedía: “Papi, cuéntame una historia”,
ahora te pido “Papi, lee mis historias”.*

AGRADECIMIENTOS

*A mis padres, por todo lo que me han enseñado;
por su amor, paciencia y confianza.*

A mis abuelos Cecilia y Efraín.

A toda mi familia, por su cariño ilimitado.

A Juan Sebastián, por su apoyo incondicional.

A Pilar, por su guía y soporte.

*Y un reconocimiento especial a mi hermano Álvaro
por la ilustración de la portada.*

Índice

1. Obra: De Mente: cuentos desequilibrados

La flor de cerezo.....	9
El cielo es azul.....	14
Quédate conmigo.....	20
Mi casa es tu casa.....	26
Malestares matutinos.....	29
Levantarse con el pie izquierdo.....	35
Pequeños detalles.....	41
Donde hubo fuego, cenizas quedan.....	49
Alguien me llama.....	55
Umbral.....	58
Los tormentos del tío Pedro.....	65
Partidaria.....	70
Si la lluvia cae.....	77
Observa con cuidado.....	82
Un buen final.....	87

2.¿Cómo llegué a esto?: Memoria Justificativa.....	88
2.1 Las historias me persiguen: punto de partida de la creación.....	89
2.2 Objetivos.....	91
2.3 ¿Cómo organicé este enredo?: Estructura de la composición.....	92
2.4 Los grandes maestros: técnicas y estilos ensayados.....	93
2.4.1 La línea de unión.....	93
2.4.2 Narradores.....	94
2.4.3 Tiempos.....	99
2.4.4 Espacios.....	101
2.4.5 Influencias.....	102
2.5 Penurias del proceso: dificultades y soluciones.....	106
2.6 ¡Eureka!: Resultados obtenidos.....	107
2.7 Bibliografía.....	108

1. Obra: De Mente: cuentos desequilibrados

La flor de cerezo

Siempre he tenido la costumbre de parar en el parque que está a mitad de camino entre mi trabajo y mi casa. Eran diez minutos que me pertenecían por completo. Haberle asegurado que salgo diez minutos más tarde era probablemente la única mentira que le había dicho a mi madre, pero todos necesitamos un breve instante para estar con nosotros mismos. No debería ser juzgada por algo así, porque nunca hice nada malo. Sólo me sentaba a disfrutar del tiempo y el paisaje.

Cada estación me ofrecía un placer particular. En verano, le dedicaba esos minutos a descansar del fuerte sol, me aprovechaba de la sombra de un árbol frondoso para protegerme de los rayos inclementes que quemaban la piel y evaporaban el agua. Hasta ahora, el verano ha sido para mí la imagen de una limonada helada cayendo dentro de un vaso refrescante.

Luego el calor iba cediendo poco a poco, mis caminatas eran menos pesadas y la ropa más abrigada. En el parque, le regalaba mi tiempo a las hojas y a la gama de colores que empezaban su cíclico cambio. Me fijaba en los árboles que se negaban a cambiar su verdor por un marchito marrón. Otros, resignados, se trasladaban a los agradables tonos tan característicos del otoño. Ocre amarillentos y rojizos decoraban las alturas y el suelo. Usaba mis diez minutos para ver caer de esas ramitas enclenques, todas las hojas que le quitaban al árbol su espesura.

Con el paso del tiempo las brisas suaves se convertía en tormentas y yo cambiaba mis vestidos de colorines por gruesos abrigos y botas de piel. El inevitable invierno tomaba su turno. Pero yo no le ponía mala cara, más bien me sentaba en la misma banca a observar cómo la gente caminaba más rápido, sin detenerse, deseosas de refugiarse en el calor sus casas. Yo aprovechaba para disfrutar de los contrastes. Me encantaba sentir mi cara helada, al punto que mi nariz se enrojecía por el frío. Todo mi cuerpo, envuelto en una piel artificial estaba tibio y cómodo, pero mis mejillas frías me recordaban que el exterior no era, ni mucho menos, cálido. Disfrutaba esa confrontación entre el interior y el exterior, al igual que las personas que corrían hasta refugiarse en la intimidad de su morada.

Y después de que la nieve, el viento y la temperatura bajo cero hubiesen enterrado todo rastro de vida, la invencible naturaleza resurgía en su circuito infinito y llegaba la primavera. La primavera es mi estación favorita. Sí, en primavera me regocijaba con el olor de las flores que esparcían con fuerza el aroma de sus nuevos pétalos, listos para convertirse en frutos dulces y jugosos.

En primavera los cerezos, tan efímeros, me regalaban sus bellas flores de tonos rosa que decoraban el camino para mi regreso seguro a casa. Me encanta esta estación, porque ha marcado los momentos más significativos de mi vida.

En primavera te acercaste a mí por primera vez. En primavera tuvimos nuestra primera hija. En primavera te fuiste para siempre. La flor de cerezo me recuerda cuánto te extraño y, cuando caen cada año, pienso en que falta cada vez menos para reencontrarnos.

No maldigo la nostalgia ni la añoranza, tal vez es la amarga forma de demostrarme que sigues siendo muy importante. Los pétalos de la flor de cerezo me recuerdan a esa muchachita feliz, quien espera con ansias a su enamorado en la estación de tren. Me recuerda nuestros logros, nuestra juventud compartida.

Los recuerdos son una riqueza que no sabemos apreciar como se merece. Sentada ahora en la banca, tengo tiempo para recuperar esos trozos de mi vida y no perderlos con el pasar del tiempo y la fragilidad de la memoria. Busco mis días de infancia, para revivir a esa niña de cabello largo que no obedecía a sus padres y se comía el postre antes del almuerzo. Quiero recordar a la adolescente que ayudaba a la madre con la intención de conseguir un vestido más bonito que el de sus hermanas. La joven que renunció a seguir estudiando porque quería trabajar para poder casarse. A la mujer que esperaba con ansias en la estación de tren o de autobús para recibir a su amado.

Las hijas que tuvimos fueron mi más grande felicidad, sin embargo nunca logramos tener el varón. No llegó a nacer. Fue un golpe duro para los dos. Recuerdo estar en esta misma banca pensando la forma de consolarte porque no tendríamos el varón. Siempre quisiste un hijo. ¿Tuvi- mos un hijo? No, no lo tuvimos.

Recuerdo tu voz, te costó mantener la serenidad y dijiste con claridad que no importaba, porque mi salud era más importante, podíamos intentarlo de nuevo. Las flores de cerezo caían y pensé que no debía estar triste, realmente podíamos intentarlo de nuevo. Pero mi cuerpo se debilitó. Lo intentamos, pero el niño nunca llegó.

Las cartas. Me encantaba escribir cartas, lo hacía desde muy joven, mis profesoras insis- tían que mi letra era maravillosa, una obra de arte, me preguntaban si no me dedicaba al dibujo. No, dibujaba muy mal, muchos garabatos sin gracia; pero mi letra, era tan preciosa, siempre decías que te encantaba recibir mis cartas para mostrárselas a todos. Una belleza de letra. En el trabajo siempre hacía las cartas a mano. Mis jefes elogiaban mis habilidades.

Yo iba al correo y, en el camino, me sentaba en esta banca a leer mis cartas, a revisar que

todo estuviera bien para que pudieras mostrarles a todos mis hermosas palabras decoradas con la mejor escritura a mano. Te contaba que las niñas estaban bien, que te extrañaban, siempre esperando tu regreso. “No vas a creerlo” te decía “pero todos los cerezos del parque florecieron al mismo tiempo, sí, al mismo tiempo. La primavera está especialmente hermosa este año, deberías regresar antes para verlo, pero esperaremos con paciencia si no puedes”.

Un día fuimos de vacaciones a la playa. Nunca había visto el mar. Fue un viaje largo y las niñas no paraban de parlotear. Yo tenía curiosidad por el lugar y buscaría una nueva banca para ver el atardecer. En una ocasión me habías mostrado una postal con un ocaso precioso, y tenía curiosidad por los colores con los que el sol se oculta, tan diferentes a los de la ciudad. Mientras que entre los edificios yo veía los rayos escapar para convertirse en azul oscuro que se hace negro, allá el sol se perdía entre la línea recta que unía mar y cielo. Precioso.

Las niñas todavía te extrañan. Tengo en mi mano tu fotografía y se llena de pétalos que caen, caen como caen las lágrimas de los que te lloramos. Te fuiste tan inesperadamente que es complicado de entender, de asimilar, de creer. ¿Cómo les diría a las niñas que ya no ibas a volver, si pensaban que no te habías ido a ninguna parte? Cuando en tu trabajo te dieron un puesto en la ciudad, sin más viajes, pensamos que ya no te irías, pero te fuiste a un lugar donde ya no podíamos esperar por tu regreso. Lloraron las niñas, lloraron abrazadas a mí y eso dejó huellas difíciles de borrar, dijiste que iríamos al mar otra vez. Me tomó dos años regresar a ver el atardecer del mar con las niñas, pensé que con tu partida nunca volveríamos.

Una vez, poco después de nuestra primera cita, recogimos flores en primavera, las juntamos y las secamos, las pegamos en cartones rectangulares y los sellamos con cinta transparente. Los usamos de separadores de los libros que nos prestábamos. El mío tenía dos flores de cerezo y dos flores de naranjo.

El cambio de invierno a primavera trae consigo un olor particular. Es un poco fuerte, pero lo suficientemente dulce para embriagarte de memorias regresando a ti como gotas. Pequeñas gotas con momentos queridos, en los que compartes con gente que ha estado contigo. Por eso me gusta tanto la primavera, especialmente cuando comienza.

Es el olor que me recuerda cuando fui con mi madre a una tienda de muñecas. Eran de tela, estaban hechas a mano y sus ropas eran un sueño. Yo quería la muñeca de cabello oscuro y ojos claros, porque se parecía a mí. Todos estaban de acuerdo que se parecía a mí. Pero el cumpleaños de mi hermana mayor estaba mucho más cerca que el mío, así que ella escogió primero. No podía enojarme, la escogió porque decía que quería una muñeca que luciera como yo. Tuve que sonreír y escoger otra, a pesar de que quería ésa. Dije que lloraba porque me dolía la cabeza y no porque había perdido la muñeca que tanto quería.

Hay un pequeño niño que me sonrío. Está en el parque como yo, y juega con una pelota. Celebra cuando la pateo y sus padres, que están cerca, lo festejan. Nosotros nunca tuvimos un hijo. Eras un buen padre, uno amoroso. Estuviste lejos mucho tiempo, cuando éramos enamorados y cuando éramos padres, pero siempre fuiste amoroso. Estabas lejos por el trabajo y te extrañábamos.

¿Qué hubiera pasado si hubiéramos tenido un hijo? Tal vez hubiera sido más alto que tú. Hubiera jugado con amigos y sería celoso con los novios de sus hermanas, las protegería como tú nos protegías. Si nuestro primer hijo hubiera sido varón, tú hubieras sido feliz. Tal vez seguirías vivo, tal vez hubieras regresado con más frecuencia para verlo crecer y llevarlo al parque. Yo me hubiera sentado en mi banca a verlos jugar y divertirse. No decías nada, pero querías un hijo, un hijo varón.

Mi mamá tenía los ojos claros, se parecían a los míos. Soy la única que tiene los ojos claros como mi mamá. Mis hermanas me decían que yo no debía tener la misma cantidad de caramelos que las demás, porque yo ya tenía los lindos ojos de mamá y ellas no. Siempre me gustaron mis ojos, pero también quería las golosinas. Papá les daba con una cuchara en la cabeza cuando hacían esas cosas. Nos llevábamos bien, pero yo era la menor, entonces a veces era fácil engañarme.

Estoy sentada en el parque que está a mitad de camino entre mi trabajo y mi casa. Son diez minutos que me pertenecen solo a mí. Decir que salgo diez minutos más tarde es la única mentira que le he contado a mi madre, pero todos necesitamos unos segundos para estar con nosotros mismos. No hago nada malo. Me siento y disfruto del paisaje que me rodea... y del tiempo que hace.

Un día fuimos de vacaciones a la playa... ¿era la playa? Sí. Yo no conocía el mar, fue un viaje largo y las niñas hablaban mucho. Yo quería una foto en una banca, porque vi en una postal un atardecer precioso, precioso. Pero no teníamos cámara, no pudimos tomar fotos ese año. Después nos compramos una cámara y fotografiábamos todo. El atardecer era precioso.

La primavera es mi estación favorita. En la primavera pasaron muchas cosas importantes, pero en la primavera también falleciste en ese accidente. Estabas recién llegado... tres semanas en tu nuevo trabajo. La primavera me gusta por el olor y las flores. Mis flores favoritas son las de cerezo, las flores de cerezo que llegan en la primavera, duran tan poco, son tan bonitas. La primavera huele bien.

Hay un niño con una pelota. Yo no jugaba a la pelota, me daba miedo. Mis hermanas sí jugaban, ellas no tenían miedo. Ellas jugaban con una pelota azul, era de un vecino, pero yo tenía miedo, porque la pateaban con mucha fuerza y yo era más pequeña.

Mi madre solo tuvo hijas, yo sólo tuve hijas. ¿Fue culpa de mi madre que no tuviste un

hijo varón? Tú querías un hijo varón, creo que siempre tuviste rencor por eso, porque no tenías un hijo. Querías un niño y yo no te lo pude dar. Siempre me sentí miserable porque no podía darte un niño. Un día simplemente no pude quedarme embarazada de nuevo. Los médicos nos pidieron disculpas, pero no era culpa de ellos, era mi culpa.

Porque hay... un niño... una pelota... unas flores, unas flores de cerezo. Caen y caen, por el viento, son rojos... rosa, son de color rosa. Bonitas, bonitas... me gustan como son. Porque es... ¿cómo se llama? cuando se acaba el invierno viene... la época, es época muy... linda, de las flores. Sí.

¿Dónde están? Había alguien aquí, que yo buscaba. ¿Qué es esto? Me gusta, me gusta mucho. ¿Cómo se llama lo que viene después del invierno? No sé, pero es mi favorito, mi favorito de todos. ¿Dónde?

Las flores... en...un día, un día de...

—¡Ahí está! Mamá ¿mamita? ¿Qué hace aquí? ¡Que susto me ha dado, por dios! Soy yo, Silvia. ¿Si se acuerda de mí? Soy yo, su hija, mamá. Soy Silvia ¿se acuerda? No debe salir de la casa sola, el susto que nos ha dado, por dios.

—¿Quién eres?

—Soy yo mami, Silvia. Su hija. ¿Por qué no le pidió a la chica que la traiga?

—Silvia. ¿Eres hija de Carlos?

—Sí mamita, soy hija de Carlos. ¿Se acuerda de él?

—Te pareces a mi marido Carlos.

—Si mamita, soy su hija.

—¿Eres hija de Carlos? ¿Mi marido?

—Sí.

—Que bonita eres, Silvia. Tan linda que eres, siempre fuiste tan linda.

—Gracias, mamita. Regresemos a casa ¿le parece?

—Sí, sí, regresemos, pero más tarde, aquí hay flores de cerezo.

—Sí mamita, flores de cerezo.

—¿Quién eres tú?

El cielo es azul

Estaba yendo tan rápido y el viento era tan fuerte que golpeaba dolorosamente su rostro. Movía sus brazos y planeaba a través de las nubes, que desaparecían cuando las tocaba. No necesitaba mirar para ningún lado, conocía perfectamente su camino. El cielo era de un azul brillante intenso, las nubes eran escasas, porque había acabado con la mayoría. Iba cada vez más despacio, para disfrutar de la libertad de movimiento que solo el volar le permitía.

Daba vueltas, subía, bajaba, se detenía, continuaba. Miraba a un lado, al otro, arriba, abajo, a la derecha, a la izquierda. Gritaba y no se le escuchaba, no lo escuchaban, el mundo no era desconocido, era maravilloso, porque estaba cayendo, cada vez más profundo.

12:35

El cuello y la espalda sonaron con pequeños crujidos que le provocaron un pinchazo de dolor y de alivio al mismo tiempo. La luz del baño hirió su vista cuando la prendió. Se lavó la cara, se restregó los ojos hasta que los irritó, dejándolos muy rojos. Parecía como si hubiera llorado sin consuelo, como si hubiera estado aguantando mucho dolor, como si hubiera estado reprimiendo sus sentimientos. Se veía fatal. Se lavó los dientes, levantó la tapa del escusado dispuesto a orinar. Nada sale, porque en realidad no tenía la necesidad de hacerlo, era casi un reflejo ir al baño e intentarlo. Bostezó.

01:10

Un, dos, un, dos, un, dos, un, dos, un, dos. Los gritos eran distantes. Apoyo, aplausos, su nombre en el altavoz. La cancha era muy larga, la línea de meta se veía hasta el final. Los otros corredores estaban tan lejos, no importaba lo que pasara, no podrían alcanzarlo. Nada podía detenerlo en ese momento, así quisiera él mismo, no podía parar. Corre, corre, un, dos, un dos, un dos. Respirar, debía respirar correctamente para que el pecho no le doliera. Ya no debía mirar atrás, estaban tan lejos sus contrincantes, que era imposible que lo alcanzasen.

Pero la carrera seguía siendo muy dura. Por más que lo intentaba, el objetivo estaba más lejos en vez de más cerca. Se cayó una vez, se cayó de nuevo. Se levantó una, dos, tres veces. Había un túnel, al final estaba de nuevo la imagen de la llegada. Ya no había nadie con él en este momento. Todo el cielo estaba azul, era un día hermoso y estaba corriendo para ganar la carrera. Debía concentrarse mucho para no desviarse de lo que realmente le interesaba: caer, caer en lo más profundo, en lo más profundo del mar.

01:32

Le picaba mucho el cuero cabelludo, el codo izquierdo y las dos piernas. Se acomodó, su brazo derecho estaba adolorido por haber aguantado tanto tiempo el peso de todo su cuerpo. Pensó en su día y se restregó la cara, le hubiera gustado prender la computadora en este momento y anotar algunas ideas, pero nada se le vino a la cabeza. No podía ser productivo en este momento, sería irresponsable de su parte. Hacía calor y se destapó, pasaron unos minutos hasta que tuvo frío de nuevo. No, no, las cobijas estaban mejor. Tal vez si se acomodaba sobre su espalda sería mejor.

02:14

El mar tenía un azul oscuro preocupante. ¿Estaba muy profundo? Se hundió y sí, era increíblemente profundo, con agua cristalina que dejaba ver la variedad de peces, de piedras, de conchas. Estaban completas y cerradas, no como las de la playa que estaban rotas, secas y descoloridas. Los peces no huían de él, era uno con el mar, era parte del entorno.

Podía bucear sin oxígeno, no se ahogaba, no lo necesitaba. Todo estaba calmado, aguantar la respiración no le causaba ansiedad, el agua era pacífica y templada. No había nada que pudiera fastidiarlo en este momento, todo se sentía bien.

Salió de nuevo y respiró hondo. Abrió brazos y piernas y flotó por horas dejándose acariciar por el agradable calor del sol, un sol que iluminaba hermosamente el cielo azul. Cada cierto tiempo, unas sombras rápidas de pájaros volando estropeaban por un segundo la regularidad del paisaje. Cerró los ojos. Se hundió.

Cayó y cayó dentro del agua, dejando un rastro de burbujas que salían de su boca y de su nariz, subían rápidamente hasta la superficie y desaparecían. Era relajante poder verse a sí mismo hundiéndose, cayendo cada vez más, más y más bajo.

03:05

Cuando abrió los ojos, todavía tenía cuatro horas antes de que su día empezase. Estaba bien, era una buena hora. Cuatro horas sí eran suficientes, para lo que le había tocado esa semana, estaba bien. Últimamente tomaba la precaución de prepararlo todo de antemano, y pensó en cambiar la hora de la alarma. Cinco, cinco minutos más, como en las películas y series de televisión, podía pedir como los niños “cinco minutos más, mamá”. Cinco minutos menos no iban a afectar para nada su puntualidad. Solo debía desayunar, lavarse la cara, afeitarse y darse una ducha rápida. La ropa no era un problema porque estaba lista sobre el planchador, y todas las cosas importantes estaban ya acomodadas en la mochila desde el día anterior. Solo debía cerrar los ojos cuando el reloj marcara la hora y quince. Trece, bien. Podía hacerlo, porque no era difícil. Catorce, ya casi. Si quería, podía contar hasta el sesenta y ver si coincidía con lo que marcaban los números. Quince.

03:20

Probablemente iba a llover. El cielo se oscureció poco a poco, mientras nubes grises se agrupaban, cada vez más oscuras. Aún con ese pronóstico, totalmente empírico, no sintió que había bajado la temperatura. Entonces se alegró, porque era muy probable que iba a disfrutar de las pequeñas gotas que refrescarían una tarde calurosa. Porque hacía calor, un poco, no lo suficiente para sofocar, pero sí para recibir de buena gana una llovizna.

El primer malestar llegó de manera repentina. Todo estaba bien y sin previo aviso la vista se le nubló, todos los objetos desaparecieron hasta quedar solo, en medio de la calle; pero los edificios, los semáforos, los jardines, las casas, las personas empezaron a esfumarse y solo quedó el cielo. Un inmenso cielo azul, de un azul celeste cegador, que lo dejó perturbado por unos segundos.

Cuando logró abrir los ojos otra vez, fue testigo del fenómeno más extraño que había experimentado jamás. El hermoso cielo, azul como le encantaba, se tornó poco a poco y luego rápidamente en verde. Un verde oscuro y desagradable que cayó como gelatina sin consistencia desde la parte más alta de la cúpula donde estaba atrapado. Y lo alcanzó, lo envolvió, lo ahogó hasta que ya no pudo respirar

03:46

Estaba rendido. No iba a conseguir nada si seguía luchando así, fracasando con cada esfuerzo. Sus párpados no pesaban, eso era una mala señal por sí misma. Vio la hora, no había pasado mucho. Tal vez si probaba cansándose un poco, haciendo algo que le diera ganas de dormir.

Tomó su teléfono y revisó las notificaciones. Publicidad, cosas sin importancia, publicaciones ajenas que no le interesaban. Lo único que lo consolaba era que no era el único conectado a esas horas, por lo menos no estaba solo.

Revisó las noticias de sus redes sociales. Fotos de fiestas, aburridas; niños recién nacidos, todos con un aspecto extraño para su gusto; muñequitos que brillan, debía dejar de seguir a sus tías y sus publicaciones cursis. ¿Por qué estaba viendo este tipo de cosas? Abrió un video, tal vez ver algo lo distraería un poco. Faltaban catorce minutos para la hora en punto y luego tres horas más, era suficiente para descansar un poco.

04:29

No podía cerrar los ojos. Se movía de un lado al otro y algo cayó, no tuvo la fuerza de voluntad para levantarse a recogerlo, ni siquiera supo de qué se trataba, podía esperar hasta el siguiente día. Hidratación, tal vez tenía un poco de sed, su cuerpo necesitaba estar correctamente hidratado y nutrido. Tal vez sus malos hábitos alimenticios eran los causantes de sus problemas cotidianos.

Un vaso de agua no fue suficiente. Se lo tomó con ansias, el líquido fluyó con facilidad por su garganta. El segundo vaso lo ingirió con más lentitud, con más calma. El tercero ni siquiera se lo terminó, era demasiado. Su estómago quedó con una sensación de llenura extraña. Su madre solía llamarlo “empiparse” y por eso no le dejaba tomar nada antes de la comida, porque luego dejaba la mitad de su plato quejándose de no alcanzar y estar empachado. La idea del agua le trajo recuerdos. Quiso rememorar su vida, su infancia, intentar reconstruir momentos. Esa era una excelente forma de serenar su cuerpo.

04:53

Era la tercera vez que regresaba del baño. El agua corriendo y el tanque llenándose se escuchaban hasta su habitación. Tomar agua en medio de la noche, que idea tan estúpida. ¿Cómo se le ocurrían esas cosas? De todo lo que había pensado, eso fue lo menos racional. Debía pensar con mucho cuidado en las consecuencias de sus ideas. De otra forma, iba a terminar boicoteándose a sí mismo, tal como ahora. Debía ser más inteligente que eso, debía ser un estratega, un verdadero pensador ingenioso y astuto.

05:34

Tal vez necesitaba un poco de ejercicio físico. Nada mejor que el cuerpo cansado por los movimientos repetitivos, si se estiraba lo suficiente tal vez se desharía de la tensión. Piernas arriba, brazos arriba. ¿Un par de saltos? No, mala idea, quería cansarse, no agitarse demasiado. ¿Abdominales? No pasó de cinco, muy fuerte para esas horas. Tal vez ya debía levantarse, seguro que si pensaba que era hora de levantarse la pereza llegaría, como siempre cuando nadie la invitaba. Se quedó mirando el tumbado, buscando imperfecciones en la superficie. Estaba reuniendo fuerzas para levantarse y empezar su día muy temprano.

06: 93

¿Qué? ¿06:93? ¿Puede un reloj marcar esa hora? No, vio mal. Sus ojos estaban entrecerrados porque le pesaban un poco, esa era la explicación. ¿En qué momento pasó tanto tiempo? ¿Qué hora era? Las noventa y tres no existe, así que debía ser otra hora. Debía ver otra vez, ¿qué hora era? Eran las 06:04. Los números cuadrados del reloj digital a veces le confundían y cambió un cero por un nueve. Porque las seis con noventa y tres minutos serían como las ocho ¿verdad? No era una buena hora para intentar hacer cálculos matemáticos. Lo único seguro era que el reloj marcaba las seis, las seis y cuatro minutos.

Una hora más, tal vez solo debía quedarse ahí, como antes, y no pensar en la hora. Si se despreocupaba, el tiempo empezaría a volar.

07:05

La alarma sonó. Ahora así, las extremidades no querían responder y los párpados pesaban. En ese preciso momento, cuando ya debía levantarse, le tocó luchar contra lo que había estado deseando por tantas horas. Las ironías de la vida.

La buena noticia era que había durado cinco minutos más de lo normal. Y le alcanzaba muy bien el tiempo para arreglarse y salir hacia el trabajo. Si hacía un buen día, iría en bicicleta y no en autobús. Empezaría una nueva vida, una con un horario fijo, con horas exactas para la comida y el descanso. Ya no seguiría sufriendo así.

–Vaya, Roberto ¡Qué cara!– exclama su compañero de oficina. Son las ocho de la mañana, todos llegan frescos, revitalizados, sonrientes... menos él.

–Buenos días– responde de mala gana y le da un sorbo grande a su café cargado.

–Parece como si te hubieran dado una paliza. ¿Dónde estuviste anoche?– pregunta el impertinente sujeto. Niega con la cabeza “No he ido a ninguna parte” y toma más café, está tan oscuro, esto seguro lo despierta. –Imposible, seguro estuviste de fiesta hasta la madrugada. Estamos en plena semana, hoy es miércoles, Roberto.– ¿Cómo se llama el tipo este, trabaja en el departamento de ingeniería? No se acuerda cómo se llama.

–No me fui de fiesta, estuve en mi casa toda la noche.

–No te creo nada. Mira, si lo reviso ahora, dice que estuviste conectado en Facebook hasta las 4 de la mañana. Esa no es hora para estar en redes sociales, al menos que estés de fiesta ¿no? O hablando con una chica, tal vez la fiesta fue en tu casa. Es muy temprano en la semana para estar bebiendo, Roberto.

–Está bien.– No se va a callar, si no acepta sus palabras fastidiosas disfrazadas de consejo aquel hombre no lo va a dejar en paz, así que simplemente se resigna a aceptar lo que diga y esperar a que se vaya. ¡Maldición! Su nombre, ¿cuál era el nombre de la persona que está frente a él?

–Beber mucho causa estragos en tu salud. ¡Mira esas ojeras! Amigo Roberto, si tienes un problema con... tú sabes...– hace un gesto con la mano indicando “bebida”, evidentemente alcohólica. –Yo, yo conozco gente que te puede ayudar ¿sí? No debes avergonzarte.

–No estoy avergonzado.– Imposible, su memoria no funciona a esta hora, ni por más que se acabe el café. El nombre del odioso tipo no va a aparecer en su mente, no importa cuánto lo intente.

–No lo estés, hay personas que te pueden ayudar. Nadie tiene por qué saberlo, yo puedo darte el contacto y me olvidaré para siempre de esto. He notado que estás bastante irritable últimamente, entonces...

–Mira...– se detiene un instante, esperando un milagro. No, no se acuerda. Es preferible continuar si no quiere quedar como un tonto –Agradezco mucho tu preocupación, pero no tengo

problemas de bebida, de drogas o de fiesta. Simplemente no he dormido bien en semanas y estoy cansado. Es todo, gracias, pero me tengo que ir porque es hora de trabajar.

Con un gesto que trata de ser amable, continúa su camino hasta su escritorio intentando escapar de lo irritante que resulta conversar con alguien que piensa que puede hacer algo para mejorar su vida, cuando lo único que hace es empeorar su día. Debe huir, si no quiere decir algo hiriente de lo que se arrepentirá mucho después.

–Pobre muchacho. ¡Vaya! No se puede hacer nada por los jóvenes de ahora. El primer paso para superar los problemas, es admitirlo.

Quédate conmigo

Hay muchas cosas que pueden hacer a un hombre malo: la rabia, la frustración, el dolor. El amor no correspondido es, sin duda, lo más doloroso que me ha pasado. Y eso que he sido víctima de muchas desgracias a lo largo de mi vida. Empecemos por el hecho de que me crié en un hogar deshecho, sin reglas, sin motivaciones y sin recursos. Deambulé por la calle sobreviviendo gracias a mis medios hermanos y al intermitente interés que tenía mi madre sobre algunos de nosotros. La presencia de un padre drogadicto en mi infancia y un desfile de padrastros abusadores en mi adolescencia son ahora amargos recuerdos, pero eso no me hizo malo. La ausencia de esos hombres que frecuentaban a mi madre fue en realidad algo positivo en nuestras vidas, especialmente para ella. Mi pobre madre, no sé qué fue peor: su mala suerte o sus malas decisiones.

Toda esa incómoda situación me empujó a un punto en mi juventud, en el que tenía que decidir lo que marcaría mi supervivencia en ese horrible submundo de drogas, prostitutas y ladrones. Estaba rodeado de amenazas, tenía pocas opciones y todas involucraban un peligro verdadero para mi vida. No tenía muchas opciones de ser diferente a los demás, podía convertirme en el fiel servidor de alguien más poderoso entre los grupitos de pandillas que se iban formando en las calles, y ser indispensable para el “jefe” de turno, podía intentar arriesgarme y ser alguien, morir con una navaja en la mano para imponerme por la fuerza o... huir.

Creo que tomé la decisión correcta. Después de ser un testigo y un sobreviviente de varias peleas mortales entre los grandes bandos que se iban poco a poco apropiando los territorios de la zona sureste de la ciudad, vi morir a mi primo, a mi hermano y a muchos amigos. Sabía que, si me quedaba, iba a tener el mismo destino que ellos. Mi instinto me empujaba a aferrarme a la vida. Así que una noche, una especialmente nublada y oscura, tomé las pocas pertenencias que me quedaban y me marché sin decir adiós. No tenía enemigos, no era nadie y, más importante, no le debía nada a nadie. Es por eso que fue tan fácil escapar.

Yo era un joven ingenuamente positivo, pero mis circunstancias eran tan precarias que me convertí en un sin hogar, aunque mis planes fueran otros. Vagabundeé algunos días, robando comida de los basureros y durmiendo en lugares apartados o dentro de cajas en un callejón sucio, siempre buscando alguna posibilidad para mejorar mi situación. Me mentía a mí mismo, repitiendo que cualquier espacio que encontrara era bueno para dormir, mientras no apestara demasiado, tuviera animales agresivos o fuera visible, especialmente para los guardias que hacían turno de noche. Infelices, siempre a la caza de vagabundos o borrachos, para desquitarse, con la más sádica saña contra estos indefensos, de sus frustraciones. Me tocaron un par, pero logré escapar.

Ni siquiera en esos momentos fui malo.

Sin embargo llegó un día en que mi fortuna cambió. Un carnicero se apiadó del sucio jovencito que hurgaba entre los restos de comida rápida de una caja al lado de la puerta trasera

de su local. Me encontró en el momento de mayor penuria, cuando había bajado la guardia para buscar algo de alimento entre las sobras. Al principio mi gritó que me largara, pero luego me miró de nuevo, casi compasivamente, y prometió regalarme alimentos frescos si sacaba la asquerosa y pesada basura que se acumulaba al lado de una gran puerta, donde estaba el enorme congelador que mantenía la carne. Fue un trabajo duro, pero yo estaba en una situación tan desesperada que mi exigua recompensa superó con mucho mis expectativas. Empecé a regresar cada día para ayudarle con su negocio. Al principio, si estaba de malhumor, me amenazaba con sacarme a patadas, pero finalmente me contrató. Me permitió dormir en la carnicería hasta que conseguí un cuartucho de mala muerte en un edificio a pocas cuerdas de su local. Desde ese día, trabajaba en exceso por una paga miserable; además mi jefe bebía demasiado, pero yo me sentía casi feliz.

No podía pedir nada más. Me sentía independiente y libre, me había apartado por completo de los anteriores ambientes en los que me había tocado vivir. Tenía un trabajo, un jefe que, a su manera, me protegía y, en cierto modo autosuficiencia económica. Por un par de años sentí que crecía, que maduraba, que me alejaba cada vez más de un pasado caótico. Estaba tan motivado que decidí estudiar. Terminé lo básico, no puede avanzar más, pero lo sentí como un logro.

Lucho, mi patrón, me aconsejó que fuera a la escuela de profesiones, que aprendiera el oficio y, si me portaba bien, me traspasaría la carnicería cuando su momento llegara. Lo dijo en una de sus borracheras de los viernes, pero yo me lo tomé a pecho. Estaba inmensamente agradecido con él. No era nada más que un hombre amargado, sin familia y con pocos amigos, que solo esperaba el fin de semana para beber en el bar o sentarse en su sillón frente al televisor, mientras se hinchaba de cerveza y se quedaba dormido. Lo sé porque a veces me invitaba a su casa después del trabajo y me daba de comer: Él sabía que apenas me alcanzaba para vivir.

Estaba seguro de ser su empleado favorito. Tenía un par de ayudantes casuales, pero era yo el que iba todos los días a trabajar, a hacer cualquier cosa que me pidiera, sin rechistar. Incluso cuando él era abusivo, grosero y vago. Porque yo había encontrado el sentido de mi vida en ese lugar. Estaba completamente dispuesto a trabajar duro, para ganarme la confianza y, por qué no, el aprecio de aquel hombre solitario. Lástima, una gran lástima todo lo que nos pasó.

De todas formas, seguí el consejo de mi jefe y entré, pero no pude terminar la escuela de oficios. Los estudios nunca fueron lo mío. La mejor parte de la experiencia fue que aprendí lo suficiente para que Lucho me diera la oportunidad de manejar las máquinas de moler, cortar la carne con sus grandes cuchillos y, en general, emprender actividades un poco menos humildes que barrer o limpiar el retrete. Todavía tenía que hacerlo, pero no era mi trabajo principal. Llegó un momento en el que podía quedarme a cargo del local, sin supervisión, cobrando yo mismo los productos que estaban a la venta y mostrándole las cuentas al final del día. Me sentía en la cumbre de mi camino.

Pero las personas como yo no están destinadas a avanzar sin obstáculos. Al menos, eso es lo que he aprendido con mi experiencia. La estabilidad duró poco, muy poco. Todo empezó a arruinarse una tarde fatal: estaba a punto de cerrar cuando aparecieron por el local un par de muchachos que huían de la policía. Tuve la debilidad de permitirles que se escondieran un rato en la

carnicería. Sentí empatía, sabía lo horrible que era verse en un callejón sin salida, perseguido por dos hombres armados que tenían la firme intención de hacerte daño. ¿Cómo podía imaginarme que fueran parte de una pandilla y que regresarían? Un error que cometí a causa de mi inexperiencia, sin duda el más grave que había cometido hasta el momento. Si tan solo hubiera sabido lo que esa acción iba a causar. Cuando nos dimos cuenta, más y más pandilleros empezaron a actuar como si la zona de la carnicería e incluso el mismo local, fueran parte de su territorio. Era el escondite perfecto para poder refugiarse cuando se les antojase. Sabían perfectamente que nadie se metería con Lucho.

Pero él estaba furioso y no disimulaba su ira. No tenía idea de que fui yo quien sentó el terrible precedente. Nunca lo confesé porque realmente no era mi culpa. Lo lamento tanto ahora. Me enteré que eran pandilleros cuando regresaron ya no como víctimas, sino como victimarios. Supe lo que había hecho cuando ya todo estaba arruinado. La culpa me acompañó por mucho tiempo, porque fue una época dura y desagradable. No podíamos deshacernos de ellos y, tratar de repelerlos, solo nos trajo peores e incómodas situaciones. Ya que hui de mi destino, este vino a mí.

Aprendimos de la peor manera que tenerlos de buen lado era la única opción, así eso conllevara buenas y malas consecuencias. Más malas que buenas. Por un lado, yo consolaba a Lucho insistiendo en que habíamos conseguido clientes frecuentes y que no permitían que otras pandillas se metieran con nosotros, pero él siempre me respondía que el precio era demasiado alto. Lo era. El odioso grupo de vagos muchas veces abusaban con sus “compras” y si nos quejábamos nos amenazaban con destruir el lugar o directamente con matarnos. Tal vez era mentira, pero yo no quería averiguarlo.

Los meses siguieron pasando y mi jefe carnicero se rindió ante su penosa situación. Noté que empezó a beber más y a frecuentar menos su negocio. También hizo un par de pactos turbios con los pandilleros que no resultaron como esperaba y que a mí me preocuparon mucho. Fue entonces cuando me prohibió la entrada al congelador y a meterme en sus asuntos. Empezó a limitar mis tareas y mi trabajo en la tienda. Volví a ser, para mi vergüenza, el chico de los mandados, el tipo desesperado que era capaz de lo que fuese con tal de sobrevivir.

Tuvimos una pequeña discusión cuando me quejé: Lucho me gritó y me dijo que hiciera lo que me ordenara y finalmente se marchó azotando la puerta. Pasaron cuatro días hasta que empecé a preocuparme por su ausencia. Curiosamente los odiosos pandilleros dejaron de preguntarme por él, como hacían otras veces que se ausentaba para beber. Eso me pareció muy sospechoso y el terror me invadió. No podía dejar el negocio, era lo que me daba de comer, pero empezaba a asustarme de las cosas que estaban pasando. Un par de delincuentes parecían tener la llave del congelador. La noticia no me gustó nada, especialmente porque los sorprendí, al medio día, mientras yo sacaba la basura, arrastrando una bolsa negra que metieron en un auto sin placas. Estaba casi seguro de lo que se trataba y estaba aterrado.

No dormí nada esa noche, me pasé en vela creando complicadas elucubraciones en mi mente acerca de quién estaba en esa bolsa. ¿Lucho? Eso explicaría su ausencia y por qué tenían la llave. Casi se cumplía una semana desde que se fue y los matones sacaban cuerpos del congelador. Demasiada coincidencia, probablemente yo iba a ser el siguiente.

Fue a la otra mañana de esa tormentosa noche que, con unas ojeras oscuras y marcadas, recibí a los policías que llegaron a la carnicería. Los vi entrar y sentí cómo la sangre se me helaba y el estómago se me revolvía. ¿Iba a ser culpado por su muerte? ¿Iban a pensar que estuve involucrado con alguna fechoría? El miedo se apoderó de mí y oculté mis manos, delatores de mi pánico porque no dejaba de temblar.

–¿Conoce usted a Luis Pastor? me preguntó uno de los policías. Estaban parados cerca de la puerta, mirando con desagrado la carnicería, mientras uno de ellos masticaba chicle con la boca abierta y se colocaba las manos en las caderas para mostrar su superioridad al hablarme.

–Sí– respondí intentando mostrarme seguro. –Es el dueño de este lugar.

–Era– añadió el segundo oficial con rudeza y una total carencia de tino. –Lo encontraron muerto cerca del río. Al parecer estaba borracho, perdió el equilibrio y cayó desde muy alto. Parte de su cuerpo estaba en la orilla. A los forenses les tomó un poco más de lo normal identificarlo y conseguimos la dirección de una de las tarjetas que llevaba en su billetera junto con sus documentos. La tinta estaba corrida, pero alguien reconoció que se trataba de esta carnicería.

A pesar de que lo sospechaba, a pesar de que sabía que pasaría, jamás pensé que mi primera reacción sería llorar. No fueron muchos años, pero de entre todas las personas que de alguna manera se hicieron cargo de mí, Lucho fue el que mejor me trató. Con excepción de mi madre en sus mejores años, Lucho siempre fue la persona que más preocupación ha mostrado por mi vida, por mi salud, por mi bienestar. Me sacó de la calle, me dio un techo y me dio un trabajo. Ahora se había ido. Y ni con eso mi hice malo. Sequé mis lágrimas y asentí con la cabeza en silencio.

–Lo siento, hijo– dijo el primer policía, rascándose la cabeza y mostrándose repentinamente amable al ver mi reacción. –Al parecer tenía una voluntad. Aquí están los datos que nos pidieron que entreguemos a un tal Pablo. ¿Eres tú?

–Sí, soy yo.

Me sentí muy conmovido en la notaría en la que me presenté de acuerdo con las indicaciones escritas en el papel que me entregaron los policías. En realidad nunca pensé que el viejo Lucho se hubiera dado la molestia de hacer los trámites legales para dejarme su carnicería. Era el regalo más significativo que nadie me hubiera dado en la vida; lástima que él estaba muerto y que el negocio que me heredó estaba lleno de deudas y en manos de la pandilla que hacía de las suyas. A partir de ese momento, me esforcé todo lo posible para que los clientes frecuentes no huyeran para nunca más volver por culpa de los maleantes. Dejé de intentar echarlos y me concentré en sacar lo suficiente para comer y pagar los servicios básicos.

En poco tiempo, y sin que yo pudiese hacer nada, los delincuentes se apoderaron de la carnicería y de las tiendas aledañas del barrio. Se creían los dueños indiscutidos de todo. Iban y venían por todas partes amenazando a la gente. Tal vez ahí empezó mi cambio, porque me obligaron a ser su cómplice en varias fechorías y, por miedo, no me atrevía desobedecerlos. Entonces pensé que debía ser más inteligente que ellos. Empecé a colaborar; a darles ideas y prestarles servicios. Era eso o ser su enemigo. Yo no quería enemigos. Yo no quería nada de esa horrible vida.

El acuerdo terminó siendo el siguiente: si ellos me dejaban trabajar, yo no haría ninguna pregunta y no usaba los cuchillos, la cortadora u otras herramientas potencialmente peligrosas para intimidarlos. Me convertí a la fuerza en un tipo rudo que hacía ejercicios dos horas por día, que cargaba reses enormes y que cortaba pesados animales muertos, porque en este mundo eras abusivo o abusado. Yo no quería. No era mi intención, yo en serio no quería convertirme en uno de ellos, pero no había escapatoria. Mi madre siempre me repetía “únete a ellos o déjate matar”-

Y finalmente, en una de esas trampas que te ponen las crueles coincidencias, apareció ella. Tal vez conocerla me hizo malo. Es que ella, con sus mechones color fuego, que apenas llegaban hasta sus mejillas, cortados en una línea recta que adornaba su rostro, me empujaba a no pensar. Sus labios, hinchados de tanto carmín, contrastaban con su pálida piel. Sus orejas, perforadas, una argolla tras otra haciendo fila hasta formar una cadena, me parecía el detalle perfecto para su imagen de chica mala. Y lo era, era mala. Tenía el alma negra, como sus pestañas espesas, que no perdían su color, por mucho que sus ojos lloraran. Y su ombligo, su ombligo siempre visible, la única abertura en la planicie de su vientre.

¿Cómo no desearla? ¿Cómo no quererla? Yo era nuevo en eso.

Durante toda mi vida había estado demasiado ocupado intentando sobrevivir, así que jamás tuve oportunidad para enamorarme o conocer si quiera a alguien que me interesase. Y ahora, la primera vez en la que alguien llamaba mi atención, iluminaba mis días o mejoraba mi ánimo... esa persona ni siquiera me miraba y, cuando lo hacía, estaba llena de desagrado y hasta temor. ¿Me veía como un pandillero también? Yo no lo era, estaba forzado por ellos. Pero tal vez el cabello cortado al ras, el delantal lleno de sangre seca y todo tipo de marcas en mi piel, fuertes recuerdos de heridas pasadas, no me hacían el hombre más atractivo del mundo, no, por lo menos, para una belleza como ella. Es su culpa, por no ver el interior, que es lo que más importa.

¿Por qué? ¿Por qué no puedes quererme como yo te quiero? Sé que somos diferentes, que tal vez no soy el mejor partido, que no empezamos de la mejor manera y que he cometido errores, pero mi cariño es sincero. La belleza y la calidez que emana tu cuerpo me empuja a la desesperación de tenerte. No es mi culpa. Pero tú, tú solo me lastimas, alejas tu mirada. ¿Por qué no puedo tener una oportunidad? Se la has dado a hombres peores que yo, lo sé. Deberías pensar que he vivido rodeado de tristeza y esta es probablemente mi única oportunidad de conocer el amor. Tengo mucho que ofrecer.

Tus palabras son hirientes, despectivas, frías. ¿Soy una ruina para ti? ¿Soy un desecho? ¿Un tipo roto y espantoso? ¿Soy un monstruo? ¿Por qué? Cuando digo tu nombre, reaccionas como si dijera una maldición, como si no fuera lo suficientemente bueno para pronunciarlo. Cuando me acerco gritas, cuando expreso lo que siento, intentas huir de mí. ¿Por qué lo haces?

Me haces enojar y yo no quiero enojarme contigo, no quiero sacar la furia que tengo acumulada por la frustración, por la ira, por el deseo acumulado que no tiene forma de cumplirse. No voy a hacer nada que no quieras, pero no me dejas hacer nada y eso me lastima. ¿Es tan difícil aceptarme? ¿Por qué huyes de mí? ¿Por qué tus ojos caídos, manchados de maquillaje negro prefieren mirar a cualquier parte en vez de a mí? Eres tan terca.

Es una tragedia.

Y pensar que fui yo quien hizo todo lo posible para que te mantuvieran con vida. Y pensar que soy yo quien se levanta cada mañana a servirte agua, a darte de comer. Me esfuerzo tanto cubriéndote cuando hace frío en las noches o dejando un ventilador si hace un poco de calor al medio día. Me hago cargo por completo de ti. Conseguí que no te tengan en el congelador, ese era su plan y lo sabes, yo conseguí que te llevaran al cuarto de la parte de atrás de la carnicería, el mismo cuarto donde yo dormía mis primeros días.

Hago el esfuerzo sobrehumano de explicarte que tienes suerte de haber caído en mis manos, los otros te hubieran humillado, te hubieran arrastrado, te hubieran golpeado y violado hasta la muerte a la menor oportunidad. Te hubieran tratado como lo hicieron cuando te trajeron a mí, Soy tu salvación, soy la persona que vela por tu integridad y por tu seguridad. No quiero ser el malo.

No importa cuánto grites, no importa cuánto llores y cuánto luches: sigues siendo solo una pequeña niña atrapada. Si te dieras cuenta de que, aceptando mi oferta todo mejoraría. Yo te haría feliz, te daría una vida decente, trabajaría solo para ti. No sería el malo de la historia.

Pero tú me amenazas con que vendrán a sacarte de aquí, que tus amigos y tu familia te están buscando y que la policía seguramente está investigando. Que te encontrarán y que yo terminaré en la cárcel. No sé por qué te trajeron aquí los pandilleros, pero no creo que hayas sido completamente inocente tampoco. Pero nada importa, yo te perdono cualquier cosa: yo te acepto, sin importar lo que pase.

–Déjame salir, asqueroso infeliz. Van a venir a buscarme y te van a matar.

–Tranquila, solo quiero que comas algo. No puedes estar así– le explico con dulzura, intentando mejorar su estado de ánimo.

–Animal, no puedes tenerme aquí para siempre. Algún día me encontrarán y saldré de aquí. Vas a pudrirte en la cárcel por encerrarme. ¡No puedes tenerme secuestrada para siempre! ¡Sáquenme de aquí! ¡Sáquenme de aquí, por favor! ¡Ayuda!

–Si gritas así te vas a lastimar la garganta, querida. No lo hagas. Ya pasamos por eso una vez, ¿lo recuerdas? Eres tan delicada, debes cuidarte. Ya sé, te traeré un té con miel ¿sí? ¿Te parece que sí?

–Por favor... por favor, déjame ir. Haré lo que sea, por favor, te lo ruego. No puedes tenerme aquí, atada para siempre... por favor.

–Ya te lo he dicho varias veces– le explicó cariñoso, acariciando su cabello. –No me hagas ser el malo. Te desataré y te dejaré libre con una sola condición: quédate conmigo.

Mi casa es tu casa

Los detalles son lo más importante. Cada minúscula cosa es parte de un todo, un todo que debe estar organizado de tal forma, que sea parte de una armonía maravillosa que lleve al verdadero equilibrio.

Hay que fijarse en todo, desde un alfiler hasta lo más grande que haya dentro de una casa. Un buen observador se puede dar cuenta de los detalles, que parecen los más insignificantes, pero que en realidad son la base del orden de las cosas.

Si se pierde dicho equilibrio, gobierna el caos. El conocimiento de los sucesos es parte del poder, de controlar paso a paso la forja de nuestro propio destino. Las sorpresas son causas inesperadas de la irresponsabilidad. El negro va con el negro, el rojo va con el rojo, el blanco va con el blanco. ¿Cómo alguien en su sano juicio no es capaz de entenderlo?

–¿Verdad? ¿Verdad que es terrible y que debería arreglarse?

–Sí, sí. Debería arreglarse.

Estamos en peligro, estamos amenazados por todos aquellos que no comprenden cómo deben ir las cosas. Cada vez que alguien se salta las normas de seguridad, no cumple con lo establecido, se ríe de las reglas. Cada vez que alguien rompe los acuerdos sociales, nos acercamos a las peligrosas anarquías donde todos harían lo que quisieran y aparecería el desorden, un desorden mundial, una tragedia sin precedentes.

–Las cosas no deberían estar torcidas, deberían estar rectas.

–Rectas, sí.

Nadie tiene el poder de cambiar las reglas. Si están hechas ya, si se han definido previamente, si han sido aceptadas y practicadas por la sociedad. ¿Por qué no mantenerse en el perfecto estado de la obediencia a esas normas que se han ganado el puesto que ocupan en nuestro imaginario?

No hay nada más gratificante que las cosas bien hechas. Todos disfrutamos de los ángulos rectos. ¿Nunca has sentido el placer de que todo encaje perfectamente en el puesto que tenía asignado? ¿Nunca has sentido el deleite de observar las inquebrantables líneas rectas sobre una superficie? El espiral infinito que da vueltas sin ser perturbado, esa es una verdadera satisfacción sin nombre.

Las cosas que pueden ir por colores, las cosas que pueden compartir su forma, las cosas que pueden organizarse por texturas. Si los detalles se parecen, quiere decir que son familia, que deben ir juntos. Nadie tiene el poder moral de separar a una familia que se necesita.

¡Qué desastre! Cuando las cosas que se asemejan son cruelmente separadas. Es como evitar que se reúnan dos seres que se complementan y se vean obligados a amarse a la distancia. ¡Deben estar juntos!

–¿Comprendes? ¿Comprendes por qué te lo digo?

–Sí, comprendo.

Los detalles, los detalles son importantes. Cada minúscula cosa puede marcar una gran diferencia. La verdad, por ejemplo, es como un cristal. Si puedes ver a través de él sin problemas, puedes confiar en esa verdad. Pero, si en la esquina superior izquierda de ese pedazo de vidrio se ve una mancha, una imperfección, un pequeño rastro de suciedad, esa verdad pierde por completo su valor.

Pasa lo mismo con la vida. La vida está llena de defectos, de errores que deben ser corregidos para poder llegar al tan ansiado equilibrio. No basta con saber que es así, debes regresar, una y otra vez, a comprobar que no te has dejado llevar y que realmente se ha corregido cualquier desperfecto.

El mundo depende de nosotros. No hacemos nada por cambiar, ni por mejorar, ni por hacer lo correcto sin importar las consecuencias. Una conciencia limpia es como un vidrio impecable, no tiene manchas, es transparente. Es nuestra responsabilidad, nuestro deber mantenerlo así, limpio, claro, puro.

–Las cosas tienen un orden, un orden que debe ser respetado y que debe ser puesto en práctica por toda la sociedad. ¿Qué sería de nosotros sin un método?

–Puedo entender... pero...

–Hay que asegurarse de que todas las cosas se hagan bien. Siempre hay irresponsables que se saltan los procedimientos. Mira aquí, por ejemplo. Esto no debería estar aquí, debería estar con los que son iguales.

–Son solo platos, se estaban secando, luego pueden regresar a su lugar. ¿No crees?

–Dejar las cosas para después es lo mismo que no hacerlas. ¡Mira esto! Esto es una aberración.

–Son solo revistas...

–No son “solo” revistas. Son revistas puestas aquí sin ningún tipo de orden establecido. Hay tantas formas para organizar: por fecha, por color, por tema. Pero no, están tiradas aquí, sin control. Pasa lo mismo con los discos de música. ¿Por qué no están en orden alfabético?

–Oh, ten un poco de cuidado con esos, son de colección.

–Y la ropa, la ropa no está organizada por texturas o por colores, está ahí, metida como salchichas mal embutidas dentro de tu habitación.

–Ordenaré hoy, te lo prometo. ¿Te parece si vamos a comer?

–Voy a organizar la mesa primero, no creo que sea conveniente utilizar cucharas con diseños diferentes. Todos merecemos el mismo utensilio. ¿No lo crees?

–Usaremos los mismos utensilios, Francisco, te lo prometo. Creo que mi mujer sabe perfectamente cómo te gustan las cosas, comes aquí todas las semanas. Mira, eres mi hermano, yo entiendo perfectamente que hay ciertas cosas que son importantes para ti, lo sé, y hago todo lo posible para evitar que sea un problema para todos nosotros. Te quiero y te respeto, pero así como yo hago el esfuerzo, creo que también deberías poner un poco de tu parte: pones nerviosa a Samanta y a los niños con... tus exageraciones. No sé, tal vez podrías poner un poco de tu parte...

–Tu corbata está torcida.

Malestares matutinos

Presiono el botón, escucho el agua irse, me levanto con dificultad y me enjuago la boca. No dormí bien, me revolví incómoda durante mucho tiempo antes de conciliar el sueño por unas tres horas. Soy un desastre total. Mientras acomodo mi desastroso cabello me fijo en la hora, estoy atrasada, como siempre. Las últimas semanas han sido fatales para mí, ya no puedo controlar mi cuerpo. Estoy por salir, pero solo un rato antes debo correr al baño para devolver todo lo que contiene mi estómago.

Estoy cansada, no tengo ánimo para nada; quisiera pasar el día entero durmiendo y recostada, descansando. Pero no puedo hacerlo porque tengo que despertarme a la misma hora, ir al trabajo, encargarme de asuntos espantosos y luego regresar a mi casa. Es deprimente pensar que ahora apenas tengo tiempo para mí. Y va a ser peor en el futuro.

Porque para mejorar las cosas, estoy engordando de manera alarmante. A este paso, en unos cuantos meses voy a parecer una enorme morsa. Y si sigo así, no voy a poder usar mi ropa, esa que tanto me gusta y tanto me costó conseguir porque nada me va a lucir. ¿A quién le gusta una persona que parece una carpa de circo cuando se viste? ¡A nadie! Por eso estoy tan asustada, no quiero convertirme en una de esas señoras obesas que llenan sus carritos de compras en los supermercados, como si fueran a alimentar a un equipo de luchadores de sumo, y resulta que la comida es solo para ellas. Sería bueno reducir un poco los carbohidratos.

Pero mi situación me empuja, me llama a comer. Estoy llena de antojos tontos, de una necesidad impulsiva de comer cualquier cosa que veo. Es tan desesperante. ¿Han notado que la ciudad está rodeada, empapelada, repleta de anuncios de comida? Hamburguesas jugosas con tomate, queso, lechuga y aros de cebolla caramelizada decorando la entrada del centro comercial. No puedo ir al banco sin encontrar enormes carteles publicitarios de copas de helado decoradas con jarabe de chocolate y una cereza en la punta. Hay imágenes de comida hasta cuando abro el correo electrónico de trabajo en mi computadora.

Entonces no puedo evitarlo y, a media mañana, bajo al restaurante que está en la esquina de la oficina, con la excusa de hacer un trámite. Disimuladamente, me escondo en la esquina más alejada del local, para hartarme de alas de pollo en salsa picante con porción de papas extra grande y gaseosa ilimitada. No depende de mí, me lo como todo con ansias y luego me siento culpable. Porque, debido a mi estado, mi estómago no es capaz de tolerar tanta grasa y tanto ají. No sé por qué he escogido un menú tan extraño. Todo es culpa de mi situación.

Y lo peor de todo es la gente. La gente te mira, te juzga, te hace preguntas y finge preocupación. ¿Preguntarme por mi peso? ¿A quién se le ocurre preguntarme por mi peso en mi estado? Obviamente estoy pasada de lo normal, pero no depende de mí. Tengo hambre, todas las personas

tenemos hambre y tenemos derecho a comer. ¿Por qué me preguntan a mí cuántas veces al día como? ¿Acaso es la nueva forma delicada de decirle a alguien que está gorda?

–Patricia ¿estás bien?–. Una compañera de trabajo se me acerca cuando salgo del baño por segunda vez. Qué horror, y yo en esta situación.

–No es nada serio. Un ligero malestar– respondo y, de inmediato, me enjuago la boca.

–¿Necesitas algo? ¿Quieres que te traiga algo con azúcar? ¿Un té? Tal vez si tomas algo te sientas mejor.

–No, no– hago un gesto con las manos –Te lo agradezco, pero es justamente la comida de las mañanas la que me sienta fatal.

–Oh, entiendo– comenta como si estuviera preocupada.

–Sí, es una tontería. Me ha dolido el estómago también. Afortunadamente encontré una mermelada que si la comes, te ayuda a ir al baño. Me está sentando de maravilla, pero en la mañana realmente no puedo comer nada.

–¿Tu médico sabe sobre eso?– Y ahí está, la cara que ponen todas las personas a las que les encanta meterse en la vida de los demás.

–Sí. Él mismo me lo recomendó, es una maravilla– miento, no es como si tuviera que darle muchas explicaciones a esa mujer.

–Bueno, mejórate... cuídate, ¿sí?

–Sí, sí. Gracias.

La hora del almuerzo es una tortura. Todas las personas parecen estar repentinamente interesadas en ser mis compañeras de mesa. No, no estoy interesada en ir con ustedes a comer, no quiero que me compren nada, no quiero que me recomienden restaurantes o que me quieran compartir lo de sus platos. ¿Por qué todo el mundo está obsesionado con la comida? Suficiente tengo con estas ansias desesperantes. Es imposible para mí ir a un lugar y no lanzarme sobre las cosas que ni siquiera me gustan. Todo es culpa de mi estado.

Camino de regreso a casa, he comido demasiado otra vez y si me siento, creo que explotaré. Mis compañeros de trabajo son demasiado exigentes. Prueba esto, come de esto de acá, esto está muy bueno. Y yo, con estas náuseas terribles todo el tiempo, abriendo la boca para no resultar grosera. Groseros ellos, que me obligan a comer cuando me siento tan mal. En cuanto llego a casa, no puedo evitarlo y voy al baño. Tengo que comprar más enjuague bucal, porque se me está acabando.

Hoy iré caminando al trabajo otra vez. Me ayuda a despejarme, a pensar, a olvidarme de mis malestares constantes. Es una situación muy difícil para mí, yo no estaba lista para esto, mi marido dice que me apoya, pero él no está pasando por mi situación. Claro, como él no está gordo y va al gimnasio todos los días. Ahora está feliz, probablemente en un avión, viajando de una ciudad a otra con sus jefes. ¡Sus jefes! Lo adoran, es el empleado favorito. Lo llevan de un lado a otro cada vez que pueden, con ese estilo de vida es imposible engordar. En cambio yo, tengo que

pasarme el día entero sentada en una silla después de cada comida. ¿Cómo no quiere que suba de peso así?

Por eso estoy intentando caminar más. Me han dicho que es bueno, también hago bicicleta estática por la noche. Me la compró Santiago por mi cumpleaños y luego le pedí por nuestro aniversario un juego de pesas y una pelota para hacer abdominales. Nos divertimos mucho con nuestros ejercicios diarios, pero como no está aquí me da pereza hacerlo sola. Por eso compenso la falta de actividad con caminatas diarias.

Las cosas van a cambiar entre nosotros de ahora en adelante, toda nuestra rutina va a ser diferente. ¿Me va a encontrar atractiva? ¿Se va a fijar en mí si mi cuerpo cambia de esta manera? Esos pensamientos hacen que me atreva a mirar una de las vitrinas en la calle, veo la peor versión de mí. Estoy horrible, estoy hinchada y fea... soy un desastre andante. Mi cabello no tiene brillo y se abre en las puntas, mis manos se ven espantosas sin importar cuánta crema me ponga. Tengo que usar mucho maquillaje para disimular la horrenda forma de mi cara, me veo terrible.

Me gustaría usar ropa ajustada como antes y lucirla, pero con este cuerpo de ovillo es imposible, así que uso ropa grande para disimular. Incluso estoy usando la ropa de Santiago algunas veces, aprovechando que no está aquí, porque me queda enorme y así puedo ocultar un poco lo mal que me veo. Es espantoso, mis uñas se rompen y mi piel está seca. Tal vez debería tomar más agua y remplazar la leche con té o con agua mineral. De todas formas los lácteos no me ayudan mucho, me provocan reflujo, estoy quitando tantas cosas y siento que aun así debería cambiar mi dieta drásticamente. Creo que las sopas sin mucho condimento o papillas de pocos ingredientes son mejores para mi salud.

—¿Quieres hacer una crema de vegetales?— ¿Por qué de repente mi madre suena admirada al otro lado de la línea?

—Sí, estoy probando nuevas recetas, parece que hay comida que no me está cayendo muy bien.

—Pero si tú odias las cremas, hija.

—Mamá, por favor. No hago esto por que quiera, lo necesito.

—Está bien. ¿Quieres que te las prepare? Puedes venir y haré una comida especialmente para ti.

—¿Eh? No, mamá. No tengo tiempo por el trabajo; realmente solo quiero pedirte las recetas.

—¿Estás bien?

—Sí, mamá. Estoy bien.

Sigo detestando las cremas, pero me las tomo de todas maneras, cuando no tengo náusea. Pero descubrí algo maravilloso, masticar hielo me ayuda mucho con mi ansiedad. Cada vez que tengo un ataque de hambre voy a cualquier congelador y tomo un par cubitos de hielo. Al principio fue un poco desagradable, pero le he tomado gusto. Eso calma también mis antojos, porque tengo demasiados ahora mismo. Las horas de la comida se han convertido en una tortura para mí.

–¡Patricia! Me alegra tanto verte con ese apetito. Así es como deberías alimentarte todos los días.

Una de mis jefes me interrumpe en medio del almuerzo, en la pequeña habitación que funciona como cafetería improvisada, al lado de la bodega de artículos de oficina, justo en nuestro piso del edificio. Tiene un microondas y un lugar para lavar platos, casi nadie va ahí, porque la mayoría come fuera a esa hora. Por eso, fue el escondite perfecto en los últimos días, para poder comer en paz, pero he sido descubierta. Normalmente como en casa, con Santiago, pero ahora que está de viaje no me da tiempo de regresar caminando, así que me tengo que esconder de los demás. No me siento cómoda saliendo con ellos a la hora del almuerzo.

–¿Estoy comiendo mucho?– pregunto un tanto apenada.

–No, para nada. Me parece muy bien que te sirvas como se debe. Todos deberíamos aprender a disfrutar de la comida. Es el combustible para nuestro cuerpo, mientras mejor comas más energía tendrás durante el día.

–Gracias, ingeniera.

–¡Buen provecho! Yo solo vine para lavar mi taza y poder llenarla de mucho café. Tengo esa horrible reunión con los representantes de la empresa farmacéutica. Adiós, Patricia, nos vemos pronto.

–Hasta luego.

Mi conversación con la jefa de personal me deja sin apetito. Miro los envases en los que traje mi comida. Uno de ellos está prácticamente vacío, estaba tan concentrada que ni siquiera me di el trabajo de cuidar cuánto comía. Miro todo por un momento y tomo una decisión inteligente: me deshago de lo que queda, botándolo todo a la basura. Lavo los plásticos y los guardo en mi bolso de colores, donde siempre llevo mi comida y salgo del lugar.

Tomo con ansias un par de vasos de agua, últimamente he estado muy sedienta y, en vez de jugos, gaseosas o cualquier refresco con azúcar, prefiero saciar mi sed con bastantes líquidos naturales. Enseguida, un tanto alterada, me dirijo al baño cerca de la improvisada cafetería y no al de mi oficina. Lo hago porque quería lavarme la cara y los dientes sin ser vista por nadie, pero un par de compañeras salen en el instante en que yo entraba.

–¿Patricia? ¿Estás aquí?– escucho una voz. Estoy un poco mareada, así que no puedo distinguir bien de quién se trata. No respondo la primera vez, pero siguen insistiendo, tocando las puertas del retrete.

–Estoy aquí– contesto finalmente, para que me dejen en paz.

–¿Estás bien?– pregunta alguien en voz alta, es una mujer, creo que se trata de Diana, la secretaria de información. Seguro es ella, porque me vio entrar y sabía que estaba aquí.

–Estoy bien, gracias. Me duele un poco el estómago, pero nada grave.

–¿Quieres alguna pastilla o algo?– insiste. Lo mejor que podría hacer por mí es irse.

–No creo que deba tomar nada sin preguntarle a un médico.

–Tienes razón. ¿Quieres que llame a Santiago?

–Está de viaje, no te molestes. Estoy bien, gracias.

Claro, debí imaginarlo, ella es la reina de las metiches. Al ser la persona de información, tiene los datos de todo el personal, porque debe llamar a los familiares en caso de emergencia. De todos los empleados con los que me podía topar, tenía que ser la más chismosa.

–Llevas un buen rato ahí y estábamos preocupadas. ¿Segura no quieres algo? ¿Un vaso de agua? ¿Llamo un médico?

Qué mujer tan insistente. Me limpio la boca con papel higiénico, dejo ir el agua y salgo del cubículo. Ella sigue afuera e intento sonreír, asegurando que todo está bien. Ella no deja de mirarme y la situación deja de ser simplemente incómoda, para convertirse en molesta.

–¡Tus manos! ¿Qué te pasó?– exclama alarmada, yo tomo una toalla de papel e intento ocultarlas de su vista.

–Una alergia, terrible. No me he estado sintiendo bien.

–¿Seguro que no quieres que llame a un médico?– la escucho preguntar nuevamente, y se me viene una idea a la cabeza.

–Creo que voy a ir a casa y pedirle que me atienda ahí. Te parece si... tal vez si le dices al ingeniero Veracruz que tuve que irme, por razones de salud.

–Pero claro, Patricia– acepta Diana de inmediato –Deberías ir a casa y cuidar mucho de tu salud. Tú sabes...

–Gracias por tu preocupación.

Regreso a mi escritorio, tomo todas mis cosas y me dispongo a regresar a casa. Lo haré a pie, después de todo no he cumplido mi meta diaria de ejercicio. No digo nada a nadie, estoy segura de que la secretaria de información se dará el trabajo de informar a todos lo que hago. Ya no me importa, estoy segura que con este episodio podré faltar un par de días y estar tranquila, sin todas las personas observándome y criticándome por mi aspecto físico.

Una hora más tarde, llego finalmente a mi casa y dejo todo tirado a un lado, después de descansar me encargaré de arreglar. Un par de días serán suficientes para regresar a la normalidad. No sé en qué momento empecé a quedarme dormida, pero me desperté cuando escuché el timbre de mi casa. Me costó un rato ponerme de pie, estaba exhausta.

–¿Mamá? ¿Qué haces aquí?

–Me llamaron de la oficina, dijeron que estabas enferma– cierro los ojos con furia. ¿Acaso Diana no tiene una vida propia de la que ocuparse?

–Estoy bien.

–Patricia solo mírate, estás tan delgada. Esto no es saludable– exclama mi madre, ni bien entra a mi casa. –No puede ser. ¿Has estado vomitando de nuevo?

–Mamá, por favor. ¿Para esto viniste?

–¿Cuánto estás pesando?– reitera con sus incómodas preguntas.

–Mamá, he subido mucho de peso, ¿acaso no lo ves? No seas dramática– digo con fastidio
–A las madres les encanta criticar ¡Qué horror!

–Patricia, eres hueso y pellejo. ¿Acaso no te das cuenta de cómo te ves?

–¡Basta de querer consolarme! Sé que estoy gorda ¡Mira esta barriga!– chilló –¿Acaso no ves lo enorme que está?

–Estás embarazada, Patricia, por favor. ¿Cómo no vas a tener el vientre abultado? Pero tú... ¿Acaso no te miras? Tenemos que ir al médico de inmediato. Tienes la cara hinchada y la encías rojas. ¡Mírate! ¿Por eso no querías visitarme? ¿Por eso no querías que viniera? ¿Por eso te has estado ocultando?

–No mamá, estoy bien. Es el estrés, he estado ocupada.

–Patricia, tenemos que ir al médico. Yo... yo realmente pensé que con tu matrimonio, con el bebé y el tiempo mejorarías, pero al parecer no. ¿Santiago está al tanto de esto? ¿Dónde está?

–En un viaje de negocios– respondo de mala gana. –Regresa en un par de semanas.

–¿Por qué no me lo dijiste?– quiere saber mi mamá.

–Porque sabía que te ibas a poner como una loca, es igual que cuando yo era joven. ¿Por qué estás obsesionada con mi peso?

–Porque estás muy, muy enferma.

Levantarse con el pie izquierdo

El alcalde metió dos de sus dedos en la pila de agua bendita y se persignó, luego se dirigió a la salida, no sin antes hacer un gesto de devoción a la imagen de la Virgen de los Vientos, patrona del pueblo. Ya en la puerta, saludó con cortesía a un grupo de jovencitas, que se retiraron entre risitas nerviosas para que él pudiera pasar y cuchichearon mientras lo veían alejarse con paso firme.

El alcalde era un hombre alto, delgado y distinguido con la frente amplia, cabello negro engominado y peinado hacia atrás. La ausencia de vello en el rostro le impedía tener la barba abundante que le hubiera gustado, pero nunca se rindió. Con terquedad y exquisita pulcritud, mantuvo siempre un fino bigotito que apenas le llega hasta la comisura de los labios. El resto de su rostro estaba siempre cuidadosamente afeitado, un trabajo que no le toma mucho tiempo.

Pero los pequeños detalles no importaban, él era el viudo más cotizado del pueblo. Don Bernardo de León y Saavedra es un hombre culto, caballeroso, encantador, seguro de sí mismo y poderoso. Su influencia en el pequeño poblado era gigantesca y casi ilimitada. A él se le consultaba todo, desde los asuntos políticos más importantes, hasta el nombre que se le debería poner a la quinta hija de los Urriaga, dueños de la panadería.

A pesar de estar en los últimos años de sus treinta, su aspecto juvenil todavía era una tentación para las adolescentes enamoradizas en la plenitud de sus inexperiencias. Pero, a pesar de ser el interés amoroso de las mujeres solteras del lugar, el reservado y digno servidor público se limitaba exclusivamente a ser un caballero amable.

Todos sabían que se casó a la edad de veinte años, con la muchacha que había cortejado siguiendo todas las normas sociales que se le podía solicitar a un muchacho de su edad y posición social. El matrimonio fue una fiesta general, porque los padres de la novia botaron la casa por la ventana al entregarle su hija menor al hombre más prometedor que aquel pequeño pueblito podía ofrecer. La flamante pareja parecía estar siempre de luna de miel, caminando felices de la mano, después de misa cada domingo. Eran el ejemplo y la envidia de todos.

Durante su primer año de matrimonio, el padre de Bernardo se postuló como candidato a alcalde. De inmediato, don Ignacio de León se convirtió en el favorito y recibió un apoyo abrumador. Para nadie fue sorpresa su aplastante victoria. Eso influyó mucho en la vida de los recién casados; porque, a pesar de que todo el protagonismo social debía ir dirigido a don Ignacio, su único sucesor y su encantadora esposa se convirtieron en los protagonistas y celebridades del poblado, coronándose como la pareja más importante de los chismes locales. Cualquier cosa que hicieran estaba en boca de toda la gente. Es por eso que la llegada de su primer hijo causó un furor general.

Pero fue entonces cuando la tragedia empezó, nadie podía saber que lo que pasaría se convertiría en la pesadilla más grande del joven Bernardo. Durante el primer trimestre de su embara-

zo, la esposa favorita de todo el pueblo se sintió muy débil y el médico le recomendó total reposo. A pesar de todos los cuidados, la muchacha perdió al bebé con un terrible sangrado que casi la mata, asustando a toda su familia, pero principalmente a su marido, que se veía verdaderamente golpeado por la desdicha.

Don Bernardo se entregó por completo a su amada después de la tragedia. Se encargó personalmente de casi todos sus cuidados y le dedicó casi todo su tiempo a servirle en lo que necesitara. Limitó sus actividades en el ayuntamiento con su padre, donde también trabajaba. Todos estaban al tanto de lo que pasaba, la pareja no perdió popularidad después del fatal suceso, la ganó. Todos los habitantes estaban enternecidos y apenados de la angustia y la preocupación que mostraba aquel virtuoso marido por su mujer.

La recuperación de doña Fernandina fue lenta, pero después de un año, de los mejores cuidados por el médico del pueblo y su esposo, se le permitió hacer vida normal. No mucho tiempo pasó hasta que la noticia de su segundo embarazo llegó a cada casa del pequeño municipio. Todos los vecinos se encargaron de felicitarlos, les llevaron frutas, flores o medicinas naturales para mantenerla sana.

El carnicero mandó la mejor carne de res y las mejores gallinas para los caldos. El carpintero construyó una pequeña cuna con tallas hechas a mano. El panadero preparó los más deliciosos bizcochos. El herrero forjó un hermoso cochecito con ayuda de su esposa, que hizo la canasta y la forró con suaves telas. El vendedor de fruta escogió las manzanas, peras y bayas más coquetas para enviárselas en una preciosa cesta de colores. Y así, desfilaron por la casa del hijo del alcalde todos los regalos y buenos deseos de un pueblo agradecido.

Fue un embarazo difícil, riesgoso y que causó más de un sufrimiento a los futuros padres y abuelos. Noches eternas en vela, rogando a la virgen y a los santos que esta vez no se llevaran al pequeño hijo que tanto deseaban. Sus súplicas parecieron rendir frutos, porque la fecha del parto estaba cerca. El médico fue muy cuidadoso y mantuvo a Fernandina en reposo absoluto la mayor parte del tiempo, dándole especiales cuidados para que no se diera una nueva tragedia.

Todo en vano, porque una despiadada fiebre se llevó a madre e hija, antes de que pudieran cumplir un mes los tres juntos en el mundo. Fue un golpe duro, durísimo para don Bernardo, quien se desmoronó al perder a su esposa e hija el mismo día, con horas de diferencia. Los rumores dicen que lloró, sin levantar cabeza por cuarenta y ocho horas seguidas, un día por cada pérdida.

Desde entonces, el viudo guardó luto absoluto en sus ropajes. Solo para los matrimonios o eventos más especiales, sus vestimentas cambiaban de negro a azul oscuro. Catorce años pasaron desde la terrible tragedia y el actual alcalde, digno hijo de su antecesor, se dedicaba enteramente a su trabajo y a su pueblo. Nunca aceptó ninguna nueva propuesta de matrimonio, ni siquiera de las mejores familias. Había jurado para sí mismo guardar eterno desconsuelo por su irreparable pérdida.

Poco se sabía de su vida, a pesar de su inmejorable desempeño en su puesto, apenas si tenía vida social. Lo único que se sabía, es que el primer domingo de cada mes, después de misa, don Bernardo hacía un recorrido hasta otro pueblo a lomo de caballo. Siempre iba solo y regresaba con una caja y un ramo de las más hermosas flores. Las mujeres lo veían entrar a su casa y salir

poco después con las flores recortadas y deliciosas galletas que dejaba en la tumba que compartían su esposa y su hija Margarita. Los pájaros cantores siempre le daban un hermoso fondo musical al mausoleo, atraídos por las golosinas. Luego, regresaba a su casa y no se le veía salir hasta el día lunes. Es un ritual que nadie menciona, del que nadie se atreve a hablar frente a él, ya que todos respetan el dolor de su tan querido magistrado. Pero los chismes se dejaban escuchar por todas partes y las teorías de a dónde iba se convirtieron casi en leyendas.

La segunda pesadilla del atormentado don Bernardo no comenzó por aquellas habladurías, sino al cumplirse el décimo aniversario de la muerte de su padre don Ignacio. Todo fue culpa del cronista del poblado y dueño de la imprenta, quien le solicitó una entrevista personal a Bernardo de León y Saavedra para hacerle unas cuantas preguntas con respecto a su familia y dedicarle un artículo al fallecido gobernante. Casimiro Camorra era un hombrecito bajo y calvo, totalmente desengañado y amargado. Su infame periodicucho era más un caldera de chismes malintencionados con una influencia terrible en el poblado. Una de las más grandes frustraciones del detestable hombrecillo fue el jamás encontrarle defectos al respetado alcalde. Sus innumerables intentos de desprestigiarlo le habían conseguido más enemigos que aliados pero, al parecer, nunca se rindió.

La solicitud para el encuentro fue hecha en voz alta, justo después de la misa, cuando cada uno de los habitantes pudiera escuchar la petición y así no obtener una negativa. Como esperaba, don Bernardo aceptó la envenenada cortesía del reportero sin dudar, pero una segunda solicitud fue lanzada como ataque. Camorra no aceptaba ser recibido en el despacho del municipio o en un lugar público, quería ir a la casa familiar. Un lugar, que muy pocas personas habían tenido la fortuna de visitar en muchísimo tiempo. Al inicio, el cronista recibió una contundente negativa, pero con una sonrisita malvada sacó su as bajo la manga.

–¿Qué pasa señor alcalde? ¿Acaso tiene algo que esconder?– preguntó con palpable malicia Casimiro Camorra.

–Por supuesto que no– respondió con calma don Bernardo. –Pero considero que el mejor lugar para una entrevista es el lugar de trabajo.

–Esta no es una entrevista con fines políticos, señor alcalde. Le he rogado una entrevista personal, íntima, sobre la grandísima vida y obra de su padre: don Ignacio de León Cortés, y usted la ha aceptado públicamente. Así que dígame ¿no le parece el mejor lugar para estos fines el hogar donde él vivió y donde usted fue criado por tan honorable hombre?

–Tiene usted razón, don Casimiro. Le invito entonces el día lunes sin falta, después del atardecer cuando regreso a casa y usted cierra la imprenta, a que cene en mi casa y podamos hacer la entrevista– propone el alcalde con indudable dignidad, frente a los ojos curiosos de todos los presentes.

–¿Y por qué no el día domingo?– consultó con vileza el insufrible individuo.

–Los domingos me encuentro indispuerto– explicó don Bernardo, mostrando por primera vez en su vida un gesto de fastidio en público.

–Los domingos son días de descanso, no se trabaja. Está escrito en la sagrada Biblia.

La voz del padre Miguel conmocionó a más de uno y, con un gesto inequívoco de despedida, el religioso se deshace de las masas que rodean entrometidamente a los protagonistas de uno de los sucesos más interesantes que habían ocurrido en los últimos tiempos.

–Tenga mucho cuidado, don Bernardo– dijo el religioso, al encontrarse a solas con el alcalde. Sus palabras se escuchaban con sincera preocupación. –El demonio tiene muchas maneras de manifestarse.

–Gracias, padre, por su preocupación. Tendré cuidado de no caer en ninguna tentación, recibiré al dueño de la imprenta, aguantaré como nuestro señor Jesús lo hizo en el desierto.

–Dios te acompañe, hijo mío.

Aquel lunes parecía estar lleno de malos augurios para el alcalde: era un día frío con oscuras nubes que anunciaban una tormenta. Desde la primera hora que estuvo despierto, las cosas empezaron a salir mal para don Bernardo. En la mañana, tuvo que cambiar sus ropas porque se regó café encima. De camino a su despacho, pisó una piedra que lo dejó con un terrible dolor en el tobillo izquierdo, incluso cojeó ligeramente hasta llegar a su despacho. Por primera vez en toda su carrera firmó documentos que no debía y casi rompe unos papeles importantes. Su secretaria estaba asombradísima, don Bernardo siempre había sido el más eficaz trabajador.

Los errores se repitieron a lo largo de su jornada. Parecía entorpecido y despistado por la preocupación. ¿Cuáles eran las verdaderas intenciones de Casimiro Camorra? ¿Por qué esa insistencia en entrar a su casa? ¿Era acaso su venganza? Casimiro Camorra le tenía un especial resentimiento a don Bernardo. Por mucho tiempo, había rogado al padre de Fernandina que le dejara desposar a su hermosa hija menor, pero fue rechazado innumerables veces. En el reportaje que salió en el periódico del 23 de junio de 1883, el día de su matrimonio, don Bernardo casi no fue mencionado. ¿Conservaría Casimiro Camorra su rencor? ¿Podía, catorce años después seguir buscando venganza?

El invitado llegó a la hora fijada con su nueva adquisición de coleccionista: una cámara Brownie. Era una pequeña cajita que había causado toda una revuelta meses antes y que el adinerado dueño de la imprenta había comprado en la gran ciudad hacía no mucho, con excusa de que le sería útil para su trabajo. Pequeña, negra, con lente en frente, la Brownie Junior se encargó de capturar los objetos que habían pertenecido a don Ignacio y que adornaban la casa del actual alcalde como un museo. La familia había tenido tanta popularidad en el pueblo, que el alcalde que gobernó por algunos años entre los periodos de padre e hijo, don Francisco Navarro, apenas si era recordado y su lamentable muerte fue opacada por la victoria en las urnas de don Bernardo.

–¿Todavía se conserva la famosa espada que siempre llevaba su padre en los eventos de gala importantes?– pregunta Camorra en su afán de obtener la mayor cantidad de información posible.

–Sí, pero eso está en mi despacho. Tengo muchas cosas de mi padre en mi oficina, por eso prefería que nuestra entrevista tuviera lugar ahí.– explicó con voz serena don Bernardo –¿No va

a tomar su licor, don Casimiro? Después del brindis no ha tocado su copa– comentó el dueño de casa.

–Sí, sí– el hombre acercó su mano a la copa y esta empezó a temblar.

–¿Pasa algo?– preguntó preocupado don Bernardo.

–No... me siento... muy bien– la copa y todo su líquido cayeron al suelo con un estruendo que llamó la atención de la única empleada de la casa, una mujer de mediana edad que se encargaba de la cocina en ese momento.

–¿Don Casimiro? ¿Está bien?

–Mi estómago... mi estómago, me duele muchísimo... no puedo...– el dueño de la imprenta se dejó caer en el suelo, con una horrible expresión de dolor.

–¡Iré por el médico! ¡Ana! ¡Ana! Ven pronto, cuida a don Casimiro mientras voy a llamar al médico.

–Sí, señor– enseguida, la criada se acercó al doliente para cuidarlo hasta la llegada de su patrón con el médico.

–Ana– le llamó Casimiro.

–¿Qué necesita, don Camorra?

–Llama al padre Miguel, no pasaré de esta noche.

–¡No diga eso!– exclamó la mujer aterrada.

–Corre, no le niegues la última confesión a este moribundo.

Solo en la casa y dueño de pocos instantes para cumplir con su objetivo, Casimiro Camorra buscó por todo el lugar algo que pudiera enterrar para siempre el buen nombre de don Bernardo de León Saavedra. La casa, en general, parecía no esconder nada de malo. Era más bien elegante y decorada con exquisito gusto. Pero había un lugar donde nadie había estado jamás: la habitación. Los rumores decían que ni Ana, la ama de llaves, había entrado jamás. Debía haber una razón de peso para que ocultara con tanto celo sus aposentos.

Cuando el cronista abrió la puerta de la habitación principal del segundo piso de la casa, se llevó la sorpresa más grande de su vida y probablemente el secreto más vergonzoso del tan adorado alcalde. Con ayuda de su box camera, capturó para siempre el pecado escondido de don Bernardo.

ALCALDE POSEÍDO POR EL DIABLO

El titular hablaba por sí mismo. Don Bernardo Alfonso de León y Saavedra fue acusado de hacer un pacto con el mismísimo diablo. Los rumores se esparcieron como incendio en un pajar. ¿Por qué el alcalde de la ciudad tendría su alcoba repleta de todo tipo de zapatos de dama? Era un misterio para todos. Las teorías saltaron de inmediato en todas las conversaciones, muchas eran bastante creativas. Se volvió loco, era la que sostenía el médico, necesitaba ayuda divina, proclamaba el padre Miguel. Pero el pueblo tenía mejor imaginación. Los zapatos eran parte de una misa negra para invocar al demonio, en realidad no eran zapatos sino algún tipo de objeto infernal

escondido tras la normal apariencia de calzado. El chisme más popular sostenía que era algún tipo de ofrenda para revivir a su mujer y a su hija.

¿Qué hacía don Bernardo con todos esos zapatos de mujer acumulados en su cuarto? Nunca se pudo saber, porque el desdichado se colgó dos días después de que saliera la noticia, dejando como único deseo ser enterrado con su esposa y su hija. Aquel terrible suceso mantuvo por muchos años al pueblo dividido entre el luto y el odio.

Pequeños detalles

Amo mi trabajo. Es interesante, me mantengo activo, me pagan bien, conozco gente nueva, aprendo cosas todos los días y mi horario me deja mucho tiempo libre. Además, no son exigentes con tu currículum. Nunca fui muy bueno en la escuela, pero afortunadamente la empresa no toma en cuenta los méritos académicos, sino las habilidades que tengas con las herramientas y las personas, es el lugar perfecto para mí.

Trabajo en una prestigiosa compañía privada que proporciona servicios de internet, planes de teléfono y televisión por cable. Hago un promedio de tres a siete trabajos por día, entre instalaciones y mantenimiento, dependiendo de la dificultad en cada casa u oficina. Cada situación es diferente, puedo demorarme tres minutos o tres horas dependiendo de si se trata de antenas, módems, cables de fibra óptica o coaxial.

Conseguí el empleo cuando tenía veinte años nada más. Era estudiante de la carrera de ingeniería, pero durante el primer año me retiré de los estudios para dedicarme enteramente a mi nuevo oficio. Fue una buena decisión, no me gustaban la presión y mis compañeros no eran precisamente agradables conmigo. Han pasado cinco años y no me arrepiento de absolutamente nada, es más, estoy muy satisfecho con los resultados que he conseguido: vivo solo en un departamento propio que acabaré de pagar pronto, tengo mi propio auto y siempre llevo regalos a mis padres cuando voy de visita.

Pero lo que más amo de lo que hago es poder pasearme por la ciudad. Siempre visito los hogares de todo tipo de personas. He tenido una gran variedad de experiencias con la gente, como los amables dueños de casa que invitan a un refresco después de mi tarea, o cuando tuve que cambiar todos los cables porque las ratas los mordían. Cada día acumulo nuevas anécdotas que puedo contar en las reuniones con mis amigos.

Y es que cada casa es un mundo nuevo e increíble. He tenido esa idea desde que era niño, debido a mi abuela. Ella siempre me comentaba que, mientras nosotros caminábamos por las calles; en cada casa, en cada edificio, en cada habitación, había alguien que estaba haciendo algo. Gente que cocina, gente que lee, gente que escribe, gente que ve televisión, gente que cose, gente que juega, gente que duerme. El mundo nunca se detiene, siempre hay alguien haciendo algo. Aquí y al otro lado del mundo.

Esa debe ser la razón por la que he mantenido esa grandísima curiosidad de conocer un poquito de las personas a través de sus casas. Gracias a mi trabajo, soy capaz de saciar ese capricho de manera saludable, entrando con permiso de los dueños y, además, ayudándoles a obtener un servicio que les va a resultar increíblemente útil. Soy la persona que lleva la diversión y la comunicación a los hogares. Soy como el papá Noel de la tecnología.

Y como dije, cada día es nuevo. He estado en cinco casas diferentes hoy, todos los trabajos fueron un éxito y me siento muy satisfecho por eso. En general, mis días son así, tranquilos y productivos. Cuando termino mis casas de la mañana, tengo mi tiempo para el almuerzo, luego termino mis recorridos, regreso los equipos a la empresa y soy libre. ¿Se puede pedir algo mejor?

Mi primera casa de la jornada fue más bien común. Me dijeron que estaban cambiando de servidor de internet, porque el anterior no daba cobertura hasta el segundo piso. Mi intervención fue muy sencilla, porque ya casi todo el trabajo estaba listo e instalado para la anterior conexión. Cuando entré, me fijé que en la decoración predominaban los colores pastel, con cuadros abstractos por todas partes y se notaba que quería que todo estuviera a juego, desde los tapetes hasta los pequeños adornos. Coloqué el módem en el lugar más estratégico posible, usando como punto de referencia las habitaciones que iban a necesitar el servicio con mayor frecuencia.

El salón principal fue la solución perfecta, en mi opinión profesional, y no solo por su utilidad, sino porque el módem no desentonaba. El lugar me gustó porque tenía dos sillones grandes, llenos de almohadones de colores: unos, rosas y otros, mostazas, con sillas de madera oscura y cojines a juego. Pensé que las cortinas desentonaban un poco con la decoración, pero se notaba que debían haber pagado una fuerte cantidad de dinero por ellas, sin duda era tela de muy buena calidad. En la mesa colocada justo a la mitad de la estancia, se encontraba una mini acuario. Estaba lleno de peces de cristal pintados que parecían nadar, porque estaban atados a unas bombillas decoradas que flotaban al lado de pequeñas velitas con forma de flores que parecían bailar en el agua.

La dueña, quien solicitó el servicio, no estaba en casa. Sus hijos me recibieron y me indicaron con exactitud lo que esperaban de la nueva instalación y cuáles eran sus expectativas. Me agradan los adolescentes. Hablan si tienen que hacerlo y, si se aburren, se van. La empleada doméstica firmó los papeles, al ser la única mayor de edad, y yo pude completar mi trabajo en paz y terminar mucho antes de lo esperado. Eso me dio tiempo para llegar sin prisas a mi siguiente destino.

Fue un contraste completo entrar a la segunda casa. Se notaba que todo era nuevo, es más, se podía percibir un tufo a pintura mezclada con un incienso, seguramente para disimular el olor a producto sintético, pero este intento solo empeoraba las cosas. La casa me pareció una cabaña abruptamente modernizada, pero me encantó. La piedra color arena era el fondo perfecto para los muebles negros y las luces de colores cálidos. Había un cómodo sofá, de esos que se pueden convertir en cama, junto a una lámpara de por lo menos un metro. Era muy grande y se robaba por completo la atención de quien entrara. Había libros por todas partes, esperando pacientemente ser colocados en los estantes vacíos, que se mantenían aún desnudos por la mudanza. Pero, entre tanto desorden, lo que más me llamó la atención fue la colección de separadores de libros. No pude evitarlo y me acerqué a curiosear, porque había cientos de ellos, sin exagerar. Tenían colores brillantes, había unos nuevos, otros gastados y otros estaban rotos. Algunos parecían haber sido usados por muchos años, mientras que los más nuevos todavía no salían de protector su plástico.

El dueño de casa se me acercó y me preguntó sobre el uso del control remoto. Resultó ser un viejo muy agradable y de conversación fácil, muy gracioso al aceptar su ineptitud con los aparatos que había conseguido para dar gusto a su joven esposa. Tenía un chromecast, pero no sabía cómo conectarlo. Me di el trabajo de mostrárselo todo, de explicarle las conexiones, cómo configurarlo para que tuviera acceso a los portales que le interesaban y para proyectar la pantalla de su computadora en su televisión inteligente de pantalla plana. Quedó muy satisfecho con todo y terminé el trabajo más largo de todo mi día, para poder dirigirme al tercer hogar antes de tomarme mi tiempo para comer.

Fue un error, porque la siguiente vivienda fue una locura. A pesar de que soy aficionado a los muebles forrados de cuero y disfrutar de sobremanera de la decoración que proporcionan las plantas en las casas, tengo que admitir que pasé un mal rato. El lugar era una selva, había grandes hojas por todas partes, especialmente helechos. Era un espacio muy reducido para los tres sillones que habían acomodado en el estudio. El primero tenía para tres asientos y los otros dos eran individuales. Apenas si disponía de espacio para moverme y tuve que preparar todo mi material en el pasillo, porque la habitación estaba alfombrada y llena de pelo de los tres gatos que se paseaban por todas partes, mientras yo trabajaba. Me sentí asfixiado por el ambiente.

Los gatos se cruzaban en mi camino, varias veces interrumpí mi trabajo para retirarlos para que no se metieran a curiosear en mi caja de herramientas. También tuve que retirar algunos de los adornos, porque me resultaba imposible conectar cables con todos esos cacharros esparcidos por todo el lugar. Transpiré muchísimo. En la parte de arriba del estante, que tuve que empujar para poder conectar mi taladro, estaba un pequeño vaso de plástico con banderas. Eran pegatinas de papel impresas con banderas de diferentes países sostenidas por palillos de dientes a modo de mástiles. Reconocí algunas. Me resultó muy curioso que alguien pudiera tener algo así en un estante. Resaltaba porque era distinto al resto de la decoración. Sin distraerme más, terminé después de muchas complicaciones, pero por suerte me tomó más tiempo organizarme que resolver el problema. En diez minutos mi trabajo estaba hecho y el resto del tiempo tuve que acomodar todo lo que había movido en aquel pequeño espacio, solo para poder conectar los cables adecuados.

La pobre dueña de la casa caminaba con dificultad y estaba bastante entrada en años, entonces me sentí muy mal y la ayudé a limpiar. Estaba muy agradecida por mi gesto y me regaló un chocolate. Lo guardé para comerlo de postre después de mi almuerzo. Con dificultad, salí de ahí y corrí al auto de la empresa para dirigirme al restaurante de siempre. Hay un local de comida casera cerca de la oficina y todos los que usamos los vehículos de la oficina nos reunimos en el mismo lugar todos los días. Si llego temprano, puedo sentarme donde yo quiera y ordenar primero.

-¡Pequeño Toni! Es bueno verte, gordito– me saludó mi archienemigo, Marco Núñez, justo cuando acababa de sentarme. Al verlo ahí, casi pierdo mi apetito. Es un tipo muy antipático, me lleva unos cuatro años y le encanta burlarse de mí. Disimula un poco cuando otras personas nos acompañan, pero cuando estamos solos, suele ser bastante hiriente.

–Hola– saludé, no sin antes agradecerle a la joven que trajo mi plato. Empecé a remover la salsa de mi pasta, pero no me atrevía a comer hasta que él lo hiciera también.

–¿Qué tal tu día, eh? Te veo sudado ¿tuviste que subir escalones para llegar al primer piso de alguna casa?

–Hace calor– respondí con simpleza y continué con mi almuerzo. No puedo dejar que alguien como él me arruine el día, no esta vez.

–Sí, hace calor, pero no todos estamos así... como un puerquito en una sauna, tú sabes.

No le respondí. Decidí que lo mejor era terminar mi primer plato y llegando a mi casa podría regalarme un bocadillo. También tenía el chocolate. Pensé que mientras más pronto saliera de ese lugar, menos tonterías tendría que escuchar. Marco no tenía el menor sentido del humor y, peor aún, del respeto por los demás.

–¡Calma, oso gruñón! Mira a la velocidad a la que comes, te vas a atragantar y cuando mueras, la gente del local va a tener un feo momento sacando tu cuerpo de aquí. Ten un poco de consideración con los demás– una fuerte carcajada acompañó las impertinentes palabras de mi compañero de trabajo.

–Yo no te molesto– susurré, pero no fue lo suficientemente alto para que me escuchara.

–¿Crees que es bonito ver como aspiras la comida? Nadie te la va a quitar, pagaste por ella. Así no le vas a gustar a los... ¿chicos? ¿chicas? ¿puerquitas? ¿Qué te gusta a ti?

–Déjalo en paz, Marco, no seas pesado– interrumpió Gonzalo, un buen amigo mío a quien admiro y quiero mucho.

–El buen amigo Toni y yo nos estábamos divirtiendo, no seas aguafiestas

–Yo no soy tu amigo– me hubiera gustado decirlo más alto, pero no pude hacerlo. Gonzalo le hizo un gesto de que se callara y lo miró con fastidio, luego se sentó a mi lado. Siempre me defendía, era muy inteligente y todos, incluyendo Marco Núñez, dejaban de fastidiarme si él intervenía. Tenemos la misma edad, solo que yo cumplo dos meses después, en agosto. Es un muy buen amigo, es muy agradable y generoso. Lo que más me gusta de él, además de ser una excelente persona, es su estilo. Gonzalo se viste bien y tiene una colección de relojes que me encanta. Los usa de acuerdo con lo que lleva puesto, y con frecuencia usa uno que yo le regalé. Me siento muy feliz cuando lo hace.

–Gracias, Gonzalo– dije en voz baja. –No le hagas caso, él es así.

–No deberías dejar que te trate así, Hernán. Siempre está burlándose de ti.

A pesar de que estaba molesto con Marco, siento que el regaño es contra mí y eso me hace sentir mal. No me gusta que Gonzalo se moleste conmigo.

–No es para tanto– susurré nuevamente.

–Te dice “Toni” por tonelada, Hernán, y lo sabes. Debes parar esto de una vez por todas, no es saludable. Eres una persona muy valiosa y no mereces que un idiota piense que puede tratarte mal para compensar un poco sus propios complejos y su estupidez.

–¡Te escuché!– exclamó Marco al otro lado de la mesa, mientras otros compañeros que estaban en el local se reían de él.

–Bien, entonces cuida mucho lo que dices y con quién te metes. Ya somos adultos, no deberías andar por ahí actuando como una niña de colegio.

Se escucharon más risas entre los presentes, Marco se levantó y se cambió a una mesa más lejana. No sé por qué lo sentí como un triunfo, mi estado de ánimo mejoró y pude comer en paz con Gonzalo a mi lado. Después de eso tuve buen ánimo para terminar con las dos casas que me faltaban para completar mi jornada. Tal vez debería darle un regalo por ser tan bueno conmigo.

Me comí las uñas mientras manejaba; estaba un poco ansioso por lo que había pasado. Guiado por la voz de la aplicación que me mostraba el mapa para llegar a mi cuarta casa del día, empecé a ir un poco más lento al notar que me acercaba a mi destino. Cuando llegué, tuve que caminar unas pocas calles, porque estaba en una zona exclusiva para peatones. Se trata de un edificio antiguo de varios pisos, sin ascensor. Las palabras de Marco regresaron a mi mente. No quería parecer un puerquito recién salido de una sauna. Rogué, mientras buscaba la dirección exacta en mi teléfono, que fuera el primero o el segundo piso, máximo el tercero, pero no más.

¡Bingo! El piso quedaba en el Subterráneo 1. No tendría que subir, sino bajar gradas y eso no me costaba mucho. Entrando al bloque, dos de los departamentos estaban ubicados escaleras abajo desde la altura de la calle. Toqué el timbre varias veces, pero nadie contestó. Lo intenté de nuevo, parecía no haber nadie ahí. Cuando estaba por irme después de mi tercer intento, escuché una voz que me pedía que esperara un momento. Se demoró unos cuantos minutos más y me abrió una muchacha con su cabello envuelto en una toalla y con una bata. Entendí entonces que la pobre se estaba bañando cuando llegué. Siempre me aseguro de informar a los clientes con anterioridad que voy a estar en sus casas dentro de horas establecidas. La confirmación me ayuda a no perder mi tiempo. En este caso, la chica estaba en casa, pero calculó mal su hora de baño. No me molestaba mucho esperar un poco esta vez, porque podría cumplir con todos mis encargos sin contratiempos.

–Lo lamento tanto– dijo agitada –Regresaré enseguida, le dejo trabajar.

–Muchas gracias.

Lo único que tenía que hacer era colocar un módem nuevo, porque el anterior estaba fallando. Hice unas cuantas pruebas con el anterior y me di cuenta que algo andaba mal, probablemente se había caído varias veces. Revisé los papeles, el aparato tenía garantía, así que mi trabajo era poner uno nuevo si el anterior no tenía solución. No podía averiguar en ese momento qué era lo que había fallado, pues para eso debía abrirlo y estudiarlo. Lo más rápido era colocar uno nuevo y, si el que tenía falla, podía ser reparado, simplemente lo resetearía y lo usaría en otra casa. Esa era la solución perfecta. Además, no quería quedarme mucho tiempo porque el lugar mostraba una desorganización terrible, algo frecuente si se trataba de dos universitarias viviendo juntas. No era

mi primera vez en un lugar así, con una diversidad de elementos decorativos casi cómica. Por un lado estaban los típicos adornos de los arrendadores, que dejaban los restos de sus propias casas en los departamentos que ponían en alquiler. Luego, estaban los detalles que habían ido acumulando las arrendatarias como banderas pintadas con las manos, luces de navidad mal colocadas en las paredes, mensajes de ánimo, platos de comida a medio comer, velas aromáticas derretidas y animales de peluche por todas partes. Un desastre.

Mientras la chica se cambiaba y se secaba el cabello, a juzgar por los diez minutos del característico sonido del aparato de belleza en su habitación, yo me aproveché para revisar si el módem anterior tenía algún arreglo. Durante mi labor encontré casualmente, detrás de un estante, una pequeña vaca de juguete, suave y llena de polvo por el abandono. Tenía esos característicos ojos enormes que provocaban esa especial sensación de ternura en la gente, razón por la cual se vendían por miles en las tiendas de regalos, eran muy populares.

–¿Está roto?– preguntó la muchacha cuando salió.

Me dio un susto muy grande, por eso aclaré mi garganta y me dirigí a ella. –¿El módem? Parece que sí. ¿Se cayó en algún momento? Tengo que abrirlo para ver si funciona, es un tanto complicado, pero según mis papeles está todavía en su periodo de garantía, así que colocaré uno nuevo y veré que hacer– le expliqué.

–No sé lo que pasa, que yo sepa nunca se ha caído. Pero le voy a preguntar a mi compañera, ella no está aquí ahora. Lo único que me interesa es que arregle el internet. No funciona y tenemos muchas tareas. Ayer tuve que ir a la universidad como una hora antes para poder terminar unas cosas que tenía que entregar y como el wifi de la universidad tampoco es muy bueno me demoré mucho y llegué un poco tarde a clase. Entonces llamé a los señores del internet y me dijeron que mandarían a alguien para que revise el módem. La verdad es que necesitamos mucho, el internet...hasta para ver cualquier cosa en Netflix.

Después de su exagerada argumentación, me di cuenta que mentía y lo más probable es que supiera perfectamente qué había pasado con el aparato. No la confronté, sabía que era un caso perdido, así que solo le expliqué que los módems debían tratarse con mucho cuidado y que intentarían, en la medida de lo posible, no manipularlo y llamar enseguida a servicio al cliente o mantenimiento si algo sucedía. Aceptó mis consejos de buena gana, pero en el fondo de mi alma sabía que no los iba a cumplir.

Por fin llegué a la última vivienda. Mi primera impresión me dejó un poco mareado. La gran mezcla de estilos le daba al ambiente una sensación de desorden, a pesar de que todo estaba cuidadosamente organizado. Los adornos no armonizaban unos con otros y la gran cantidad de objetos en un espacio tan pequeño, golpeaba la vista al entrar. Me pareció de muy mal gusto que las cortinas marrón oscuro, los muebles de un tono blanco hueso, la alfombra verde limón y cojines de varios colores y diseños estuvieran todos juntos en un mismo lugar. Sin hablar del candelabro blanco con largas velas del mismo color que se elevaba en el centro de la mesa de vidrio

azulado. Todo esto, con el detalle final de una estrafalaria lámpara con forma de cornamenta de algún animal, como un alce o un ciervo. Un espanto.

Todos los objetos parecían realmente costosos, como unos cuadros enormes en los que aparecían retratados los dos perros de la familia que me escoltaron cuando ingresé por la puerta principal. No fue difícil reconocerlos. Me llamaron mucho la atención unas piedras con pequeñas pinturas llenas de colores. Había un barco, una casita, una ballena, un globo y muchos tipos de flores. Todas ellas habían sido hechas con delicadas pinceladas y permanecían sobre una bandeja de un plateado brillante. Nada parecía combinar en ese lugar.

Para empeorar las cosas, los dueños de esa casa no resultaron muy amigables que se diga. No dejaron de quejarse ni un instante del pésimo servicio, de la lentitud del internet, de la señal de la televisión y los cortes constantes. Anoté todos sus reclamos con mucha paciencia, pero el tono de voz que utilizaban, especialmente la mujer, resultaba incluso irrespetuoso. No dije nada al principio, porque prefería descubrir el origen del problema y de esa forma solucionarlo, con la esperanza de que así mejorara su actitud.

Descubrí que parte de sus problemas se debía a una manipulación en la instalación previa, probablemente habían intentado conectar algo más o habían cometido algún error al cambiar los dispositivos, porque los cables estaba movidos, otros pelados y maltratados. Sugerí con calma que iba a hablar con la compañía para evitar que ese tipo de malas experiencias se repitieran, pero que el cliente debía asumir la responsabilidad del mal funcionamiento, si intervenían las instalaciones y las modificaban sin supervisión de un técnico. Entendieron la indirecta y me dejaron terminar mi trabajo en paz, sin más contratiempos o malas caras.

En cuanto terminé, experimenté una sensación de libertad maravillosa. Podía ir rápidamente a la oficina, dejar mis herramientas y regresar a casa. Mi cuerpo me lo pedía a gritos, olvidarme de las responsabilidades y entregarme por completo al ocio. Mi jefe recibió todos los papeles firmados de los clientes que habían sido atendidos, la secretaria marcó mi salida. Me cambié de ropa en un abrir y cerrar de ojos y cuando me di cuenta, estaba camino a mi casa, escuchando mi selección de música favorita en mi propio auto.

Cuando llegué, dejé las llaves en el estante de la entrada, en un cenicero de vidrio grueso que usaba más como recipiente, porque no fumo. Luego, me senté en el pequeño sofá y vacié mis bolsillos. Primero saqué la piedra con el dibujito del barco, que fue el que más me llamó la atención de todos los objetos del día. Luego, la velita con forma de flor, que afortunadamente no se había aplastado como temía. Después, la pequeña vaca de juguete que se merecía un baño y la bandera de Francia, escogí esa porque algún día me gustaría ir ahí. Finalmente, saqué el separador de libros que más me gustó, porque tenía escrito “Este libro te lo presto, no es un regalo”. Muy gracioso, me gustó mucho porque tiene unos colores muy llamativos para las letras y el fondo.

Con todo perfectamente organizado, como me encanta que quede cada objeto luego de que vuelvo a casa y guardo lo que obtengo en un día de ardua labor, llegó la hora de bañarme. Mientras el agua caliente cae con mucha presión sobre mi cansado cuerpo, lavo la pequeña vaca

conmigo y considero qué nombre debería ponerle. Tal vez debería llamarla “Gonzala”, en honor a mi amigo. Una vez tomé uno de sus relojes, porque yo le regalé uno y también quería un presente de su parte. No hay nada de malo en tener un pequeño recuerdo, un pedacito de la casa de los demás en la mía. De esa forma, nunca voy a estar solo.

Donde hubo fuego, cenizas quedan

La madre del chico atrapado en la casa de madera que se incendiaba, no dejaba de gritar con desesperación, mientras su marido la retenía para que no interfiriera en la labor de los bomberos. La construcción, levantada por él mismo en un fin de semana, ardía en llamas y se consumía con rapidez. Era una estructura grande, que ocupaba una parte considerable del jardín posterior de la casa.

Gracias a la exageración de la madre en sus temores, el muchacho pudo sobrevivir al siniestro. A penas vio una delgada humareda saliendo por un pequeño orificio de la casucha, la aprensiva mujer llamó de inmediato a los bomberos. Lo que no se imaginaba es que el chico estuviera dentro y, cuando lo descubrió, casi se vuelve loca porque las llamas eran cada vez mayores.

Cuando los voluntarios del cuerpo de bomberos lo sacaron, el chico tosía por la falta de oxígeno y estaba sucio por culpa de los residuos calcinados a su alrededor. Ya en brazos de sus padres, inmensamente agradecidos por la excelente labor de los rescatistas, el pequeño muchacho no pudo evitar dejar caer unas gordas lágrimas al darse cuenta que estaban apagando los restos de fuego que todavía consumían la adorada casita que había construido con su padre.

El heroico caso salió en el periódico y la foto del niño abrazando a sus salvadores fue motivo de orgullo para la institución, mientras el suceso fue el principal tema de conversación de la ciudad durante algunos días.

–Pasaste los dos exámenes más difíciles con honores. Estoy seguro que, después de ser distinguido, vas a llegar de un salto a cabo segundo y cabo primero.

Marco sonrió al escuchar los eternos halagos de Walter, su mejor amigo, mientras comían en la pequeña cafetería cercana a la estación, donde siempre almorzaban juntos.

–Debo entrenar más, si recuerdas bien, mis pruebas físicas no tuvieron la mejor puntuación al inicio, por eso me esfuerzo tanto. Además, a mí lo que me interesa es ejercer, no quiero convertirme en el gran general de los bomberos, sobre todo si eso significa hacer trámites burocráticos el día entero, en vez de salir a trabajar– dijo Marco, pinchando los espárragos de su plato.

–Estoy impresionado, no solo eres el mejor estudiante y el más hábil en las pruebas, también estás totalmente entregado a la comunidad, a ayudar a los demás. Eres algo así como el bombero perfecto.

–No es así, Walter. Prefiero ser un bombero anónimo, que un condecorado famoso. La gente famosa no tiene vida, le debe todo lo que hace y piensa a su público. Yo no podría vivir así.

–Pero el sueño de todo bombero es ser condecorado por la valentía de arriesgar tu vida por la de los demás. ¿No es eso lo que quieres?– preguntó su amigo con desconcierto.

–No, no quiero eso. Quiero despertarme todos los días, venir a la estación y que cuando suene la sirena de la alerta, estar listo para la acción.

–Pero... ¿y las medallas, las noticias? Somos héroes, deberíamos actuar como héroes, que los niños quieran ser como nosotros– añadió Walter, intentado pinchar un poquito su vanidad, para ver la reacción que esperaba, pero no consiguió nada.

–¿Sabes a quién admiro, Walter? A Diego Parra– Marco separó el plato vacío junto con los cubiertos y abrió, con una suave presión contra el filo de la mesa, una gaseosa.

–¿Al primer teniente?

–Sí, al primer teniente Parra. Ese hombre anda por la vida mostrando la cicatriz de su cara, sin miedo al qué dirán. ¿Sabes que hizo para quedar así? Se metió dentro de una casa que se estaba cayendo. Las estructuras no iban a soportar la acción del fuego por más tiempo, pero él entró de todas formas. Yo estuve ahí, hubieras visto esas llamas, parecía el mismísimo infierno... y él entró. Fue un espectáculo increíble.

–Me han contado esa historia tantas veces. Si no estoy mal, fue el llanto de alguien que parecía estar dentro lo que lo confundió. Parra entró para asegurarse que no quedaba nadie. Al momento de salir, se retiró el casco con tanta mala suerte que fue víctima de una viga que cayó repentinamente con mucha fuerza, hiriendo a muchos de los presentes, incluyendo bomberos, con fragmentos de madera ardiendo. Fue un accidente feísimo– Walter movió la cabeza preocupado, no le gustaría vivir algo parecido a eso. Prefiere ser un bombero condecorado sin cicatrices. –No entiendo cómo hablas de eso como si fuera maravilloso.

–Porque el primer teniente Parra no tuvo miedo de entrar en un lugar rodeado por las llamas– aseveró totalmente emocionado el mejor estudiante. –Con todo el fuego alrededor.

–Yo creo que a ti solo te atrae la descarga de adrenalina, nada más– comentó su amigo pensativo. –Es como si disfrutaras del fuego, a veces me preocupas.

Marco estaba apoyado contra una de las paredes de la estación de bomberos de su ciudad, jugando con un pequeño papel y un encendedor. Estaba dejando los bordes quemados, porque siempre que tenía un detalle con su novia, incineraba los bordes de un rectángulo de papel, donde escribía una pequeña nota romántica. Ella las tenía todas en una cajita de zapatos decorada debajo de su cama, guardándolas como un gran tesoro de su relación.

–¡Vamos a tener práctica hoy!– anunció uno de sus compañeros, alertando a todos los voluntarios.

–¿Hoy tenemos que sofocar un incendio o clase de primeros auxilios?– quiso saber Marco desde la parte de abajo.

–¡Primeros auxilios!– le respondieron de inmediato.

–¡Traeré entonces la gasolina!

Con entusiasmo, Marco fue en busca del galón de plástico donde estaba el combustible. Recordó que esa tarde, los recién llegados tenían que aprender cuáles eran todos los tipos de fuego a los que podían enfrentarse y cómo actuar de acuerdo a las circunstancias. Su fascinación sobre el tema le ayudó al entusiasta bombero a ser uno de los más activos participantes de las clases teóricas de los novatos. Su conocimiento sobre el tema asombraba tanto a los alumnos, como a los compañeros y, más aún, a los maestros.

Las explicaciones fueron claras. Los superiores de Marco descubrieron que el joven era un buen maestro, exponía sin irse por las ramas, sin trabarse y jamás se mostró incómodo con el inmenso público. Era la estrella de la estación, un muchacho muy prometedor que llegaría muy lejos. El humo blanco se produce por los vegetales, plantas normalmente con mucha agua. El humo amarillo normalmente tiene químicos como azufre o ácidos. El humo gris está normalmente relacionado con fibras artificiales. Mientras el humo negro se debe a la quema de caucho, el humo negro oscuro es producido por los plásticos o los materiales acrílicos. Otro factor importantísimo tiene que ver con la cantidad de oxígeno en el ambiente. Cuanto más claro hay más oxígeno, cuanto más oscuro menos oxígeno.

Sentía verdadera pasión por el tema, y siempre contaba la historia de cómo él mismo fue salvado por los bomberos y cómo era un orgullo ser parte de la institución y aprender de supervisores. Sus maestros lo elogiaban con frecuencia, no solo era el integrante con mejor rendimiento académico, incluso antes de unirse al cuerpo de bomberos, sino también el más audaz, el más intrépido y el más obediente. Su valentía a veces preocupaba a la superioridad, ya que no le importaba ponerse en verdadero riesgo, especialmente cuando se trataba de enfrentar las llamas, como si no tuviera miedo.

–Excelente trabajo como siempre, vas a llegar lejos muchacho–. Uno de los capitanes golpeó el hombro de Marco y se retiró. El muchacho se dispuso a arreglar el desastre que las prácticas habían dejado. Estaba trabajando, cuando fue interrumpido por uno de sus superiores.

–¿Qué estás haciendo?– preguntó Sánchez, un cabo primero que odiaba a Marco quien, al principio no comprendía su actitud, pero luego entendió que le había quitado el puesto de favorito cuando llegó.

–Estoy deshaciéndome de trapos con gasolina que se usaron en el ensayo, cabo Sánchez– respondió Marco mientras, efectivamente, limpiaba restos calcinados y otros apenas quemados en un recipiente.

–¿Todos tus compañeros están en el gimnasio y tú estás aquí, solo, limpiando todo? ¿Se puede saber por qué?

–Porque el sargento mayor Perales me dio la indicación de hacerlo, señor– respondió en voz alta y firme, como se lo habían enseñado.

–No me gusta, para nada, cómo haces las cosas. Me das mala impresión, Marco Vesta, no me gusta.

El cabo primero caminó alrededor del joven, con las manos entrelazadas y apoyadas en su espalda baja, con su uniforme impecable y el pelo al ras, como un militar. –Hay algo que no me gusta en tus motivaciones. ¿Por qué eres bombero, Vesta?

–Un bombero salvó mi vida, yo haré lo mismo con la vida de alguien– respondió Marco, de manera indiferente, casi como si se tratara de un robot.

–No quiero la versión de tu respuesta al examen de ingreso, quiero que me digas la verdad. ¿Es por la adrenalina? ¿Es porque te expones al peligro? ¿Es porque quieres reconocimiento, quieres impresionar a alguien? ¿Es por la imagen social que vas a tener? ¿Es porque quieres ser un héroe? Gente es salvada por bomberos todos los días en todo el mundo. Quiero que me digas el porcentaje de personas que se convierten en voluntarios después de ser salvados. No, Vesta, yo sé que hay una razón más fuerte. Hay algo en tus ojos cuando haces tus actividades que me preocupa... y las coincidencias.

–¿Las coincidencias, señor?– preguntó Marco, sin moverse para otra cosa que no fuera responder o preguntar.

–Van dos veces que eres tú el que alerta incendios. ¿No es eso demasiada coincidencia?

–No lo creo, señor.

–Espero que no estés haciendo cosas estúpidas para poder ser una estrella ¿entendiste?

Marco se quedó callado, sin poder responder a la sutil amenaza que le había hecho el cabo primero. La incómoda tensión en su cuello le obligó a estirarse un poco antes de seguir con la tarea que le habían encargado.

–No le hagas caso– intervino Walter, acercándose a él para ayudarlo a limpiar. –Solo está celoso porque eres mejor bombero que él.

Marco no respondió, le dedicó una pequeña sonrisa y continuó con sus labores. Cuando estaba casi todo listo, la mayoría de sus compañeros entraron a la estación. Él se quedó afuera, solo. Sacó el encendedor de su bolsillo y lo encendió una, dos, tres veces, luego lo guardó otra vez. Seguramente Sánchez seguía cerca.

La tarde aparentemente tranquila, se convirtió en un completo desastre. Fue Walter quien dio el grito de alarma y buscó el extintor más cercano posible cuando alcanzó a ver el humo. Pero cuando intentó actuar, ya era tarde. Las llamas se esparcían rápidamente por la estructura, diseñada especialmente para que los aspirantes a bomberos pudieran practicar con fuego real, bajo situaciones controladas. Sin embargo aquella no era una situación controlada y, si llegaba a extenderse, podría causar una tragedia de mayor magnitud. El día estaba especialmente ventoso y eso podría crear otros incendios dentro y fuera de la estación.

–¡Rápido! No podemos permitir que se expanda.

–¡Hay otro extintor en la puerta!

–¡Por atrás, por atrás!

–¡No se acerquen sin cascos!

–¡Es peligroso! No es un simulacro ni un ejercicio ¡Usen sus protecciones!

–Es un incendio de verdad. Repito, ¡es un incendio de verdad!

La estación de bomberos era un caos de gritos, instrucciones, confusión, gente huyendo, otra intentando apagar el incendio y muchos civiles curiosos que ponían sus vidas en riesgo. Al ser tomados por sorpresa y en su propio espacio, la cuadrilla actuó de manera desordenada y un tanto torpe. Los novatos entraron en pánico, dificultando el trabajo de sus superiores. Walter ayudaba con una de las mangueras cuando vio a Marco correr.

Se dirigió hasta la estructura que se incendiaba y se quedó parado frente al fuego que ardía sin parar. Al principio, sintió muchísima pena por su compañero, supuso que debía estar devastado por ver cómo su querida estación ardía, irónicamente, frente a sus ojos. Él también estaba preocupado y apabullado por la situación.

–¡Marco! Ayúdanos por aquí– le gritó su amigo con todas sus fuerzas, mientras dirigía el agua que salía con potencia hasta el origen mismo del incendio. –¡Marco!

Mientras la estructura empezaba a destruirse y se convertía en un peligro para todos los presentes, el voluntario no se movió. Se quedó ahí, mirando como el fuego se expandía frente a sus ojos. Muchos de los aspirantes estaban encargados de mantener a la gente lejos del temible espectáculo. Suficientes víctimas tenían ya, sin contar con los medios de comunicación haciendo todo lo posible para filmar la noticia que sería un titular impactante: se quema la propia estación de bomberos.

–¡Marco! ¡Reacciona! Tienes que ayudarnos a apagarlo.

–¿Acaso no escuchas?– gritó Sánchez furioso. –¡Necesitan tu ayuda!

Cuando se acercó, ahí estaban, aquellos ojos que él conocía tan bien. Esos ojos que disfrutaban sin rastro alguno de arrepentimiento, observando en primera fila las consecuencias de su impulso. Sánchez, en su larga experiencia, había conocido a muchos como él. Sabía que había algo con ese bombero tan entregado exclusivamente a las labores tormentosas.

No estaba parado ahí observando con preocupación y tristeza cómo el fuego consumía la estructura donde aprendían y entrenaban sus compañeros, estaba ahí porque era para él un inmenso e inigualable placer presenciar los atroces resultados de las enormes flamas.

Los colores encendidos de rojo, amarillo y naranja que se mantenían a pesar de los ataques eran tan encantadores y maravillosos como los de cualquier fuego. Al igual que los buzones que ardían con un pequeño explosivo, o la casa del perro del vecino con una caja de cerillos, o la casa de madera del patio de atrás de su casa con petardos.

A Sánchez no le costó nada saber por qué le fastidiaba tanto la actitud y mirada de Vesta. Le recordaba a la de esos delincuentes juveniles causantes de los desastres que él tenía que solucionar todo el tiempo, pequeños monstruos que eran un peligro para la sociedad. Y tenía a uno en su brigada, ni más ni menos.

–¡Fuiste tú!– gritó el cabo primero, totalmente convencido de la acusación que hacía.

Les tomó alrededor de una hora controlar y apagar el siniestro. Los periodistas estaban afuera haciendo preguntas. Mientras los hombres de más alto rango se hacían cargo de ellos. Marco fue interrogado por sus superiores, atónitos por la inconcebible acusación del cabo primero Sánchez.

–¿Por qué te metiste ahí cuando había humo? Debiste llamarme enseguida, mi amor, mi Marquito. ¿No sabes lo peligroso que es el fuego? Tienes que tener mucho cuidado ¿acaso no te das cuenta de lo que podría pasarte?

El niño no estaba escuchando, estaba demasiado concentrado en ver cómo el agua iba extinguiendo lentamente el fuego que se había formado. El pequeño muchacho no pudo evitar dejar caer unas gordas lágrimas al darse cuenta que estaban apagando los restos de fuego que todavía consumían la casita. ¡Qué espectáculo tan hermoso! Cuando fuera grande, debía ser como esos hombres, podría estar cerca de las llamas siempre que quisiera y ver cómo estas eran capaces de destruir grandes construcciones, bosques, basurales o cualquier otro material. Porque en ese placer consistía la verdadera belleza de la vida.

Alguien me llama

Todos los miércoles mi madre me lleva a la pequeña capilla que queda detrás de la gran catedral de la ciudad. Se entra por una callejuela escondida, se cruza un jardín y se pasa cerca de una fuente de piedra antigua que queda al lado de un naranjo. Nos reunimos ahí con otras personas para una sesión de meditación y búsqueda de la paz interior; lo hacemos desde que tengo catorce años.

Mis padres dicen que esto puede ayudarme porque, al parecer, tengo problemas. Yo no lo creo. Siempre han sido muy sobreprotectores conmigo. Mi madre tuvo una pequeña infección mientras estaba embarazada de mí y, por esa razón, me convertí en el hijo más vigilado de los tres, a pesar de ser el del medio. Todos saben que los hijos del medio son los que menos atención reciben de la familia, o al menos eso dicen. Es tan extraño, por esa razón, que estén tan pendientes de mí todo el tiempo.

Normalmente odio ir a la iglesia, me obligan a ir, no lo disfruto. No me gusta cuando se concentra demasiada gente en un espacio tan reducido. Así esté mi madre, no me siento protegido. No me gustan los ruidos excesivos dentro del lugar, los cuchicheos insistentes, las hipócritas caras de devoción, pero lo que menos me gusta es la mirada del padre Germán. Es un hombre grande, gordo, calvo, sudoroso que, yo creo que sin darse cuenta, hace una mueca extraña cuando coloca la hostia en mi lengua. No me gustan los susurros, los cantos, los rezos y, sobre todo, tener que mentir cuando me confieso.

Pero me gustan los miércoles. Los miércoles no vamos a misa. Los miércoles vamos a la bonita capilla de la que hablaba. Mi parte favorita es cuando apagan las luces, encienden las velas y cierran las puertas. Los miércoles, el incienso llena el pequeño templo con el delicioso olor del encierro personal. Los miércoles, un hombre sin cara, vestido de pingüino, se sienta frente a un monstruo de tubos. Durante todo el encierro, el hombre mueve sus manos y pies como un loco, nos lleva directo a las tinieblas con su música. Nosotros estamos rodeados de rostros de yeso que te miran sin poder parpadear, eso me incomoda un poco, pero lo disfruto muchísimo de todos modos. Siempre me siento en la tabla de madera brillante con una persona a cada lado: mi madre y cualquier desconocido que consiga ese lugar. Al final, todos aplaudimos y hablamos de cualquier tema.

Los miércoles, ella está ahí. La persona que me busca aparece esos días, justo cuando los sonidos empiezan a retumbar por todas partes, hasta que te vibran los oídos. Su rostro es melancólico, me perturba y en ocasiones incluso me aterra, pero resulta extrañamente fascinante. Nunca lleva maquillaje en el rostro. No parece feliz. No es hermosa. Es una mujer extraña, lleva un vestido exageradamente largo que le cubre hasta los pies y una vez que me mira, nunca deja de

hacerlo. Luego, espera a que mi madre esté ocupada, leyendo o meditando junto a los demás, para hablarme. Habla muchísimo, pero yo finjo no escuchar.

Cuando salimos, va detrás de nosotros, muy atrás. Lentamente. Yo sé que me sigue a mí, porque necesita desesperadamente comunicarse con alguien, y solo yo soy amable con ella. Cuando me separo un poco de los demás, se acerca lo suficiente como para que la oiga y me cuenta cosas, se queja, llora, ríe. A veces me pide ayuda. Me pide que la escuche. Me ruega que regrese. Me cuenta que se enoja cuando la música de la capilla se termina, y la entiendo, porque a mí también me ocurre lo mismo.

Sin embargo, a pesar de mis invitaciones, nunca ha llegado hasta mi casa; siempre se detiene antes y yo me alejo sin mirar atrás, incluso si ella me llama. Me pregunto por qué lo hace. Nunca ha escuchado mis palabras. Mis opiniones o mis miedos no son importantes para ella, solo le gusta hablar, pero no le gusta escuchar. No sé por qué todos la adoran y hablan bien de ella.

Es extraño, porque a pesar de que en un inicio me gustaba mucho, me da un poco de miedo... porque insiste en buscarme, porque no me deja en paz, porque trae con ella una música que solo es hermosa cuando puedes evitarla, pero no cuando aparece en todas partes. Es agobiante cuando la música te persigue y tú ya no quieres escucharla. No sé por qué se comporta así conmigo.

Dejamos de ir los miércoles a la capilla porque mi madre estaba preocupada de que esa mujer estuviera siempre tras de mí. Ella la respeta mucho, pero no le gusta que me hable; le asusta. Ahora va sola y cuando regresa, me cuenta que ya no está ahí. Desde que yo no voy, ha desaparecido y eso me entristeció mucho.

Un día, sin embargo, sus amigos vinieron a buscarme. Querían que volviera a asistir, como siempre, a las reuniones en la capilla, que fuera a verla, porque se siente sola. Es que la pobre tiene que estar todo el día ahí, con los brazos extendidos, esperando que yo vaya a escucharla. Les he dicho que no puedo, que mi madre no me deja... y se han enojado mucho. Intenté ir por mi cuenta una vez, pero, a medio camino, mi padre me encontró y se puso furioso al enterarse que yo había salido sin permiso y me llevó de vuelta a casa.

Fue entonces, a partir de ese día, que mis padres empezaron a llevarme donde un hombre de bata blanca que decora su cuarto con papeles escritos que están colgados por toda la pared y que sí responde a mis preguntas con respecto a la mujer que me llama, pero que está en contra de ella, de esa tal María. Ese hombre hace demasiadas preguntas. Insiste en hablar, hablar y hablar. Eso no me gusta. Especialmente porque le muestra cosas a mi madre y luego me las muestra a mí, me obliga a decir cosas que no quiero. Me pregunta sobre ella y quiere respuestas que no puedo dar.

Me molesté un poco al principio con él, pero me di cuenta que todo es culpa de mi madre. Yo compartí un secreto con ella, ¿cómo pudo traicionarme? ¿Cómo fue capaz de hacerme algo así? Y con un desconocido. Le dije desde un principio, se lo advertí, que si ella se daba cuenta de que conté nuestro secreto se molestaría conmigo. Porque es un secreto, eso significa no decírselo a nadie. ¿Cómo puede pensar que alguien que se jacta de los papeles enmarcados en la pared puede ser alguien confiable?

Pero fue precisamente a ese hombre a quien acudió mi madre para contar mi gran secreto. Ahora ella se molestará conmigo y tal vez quiera hacerme daño. Tal vez ahora estoy en un gran peligro y todo porque no pude cerrar la boca.

–Emilio, escúchame por favor. Yo quiero ayudarte, es mi trabajo ayudarte. Nadie te va a hacer daño. Esas voces que escuchas solo están en tu cabeza. Esa mujer que crees que te sigue... no es más que una estatua.

Umbral

–No me gusta que me toquen.

La doctora retrae su mano con cierta aprensión al escuchar las firmes palabras de su nuevo paciente. La madre de Felipe Andrés lo regaña por su descortesía, pero él insiste en demostrar su disgusto y se niega rotundamente. La especialista acepta la situación y le hace saber que no le molesta, sino todo lo contrario, respeta esa decisión. Enseguida, les invita a pasar al consultorio.

El muchacho cumple todo un ritual para tomar asiento. Limpia la silla con un paño que lleva para el efecto que extrajo de su mochila; alisa suavemente la tela de su pantalón y coloca ambas manos en los soportes mientras desciende suavemente hasta sentirse cómodo.

–Hemos visto varios doctores– explica Alicia, la madre, con una penosa expresión de angustia mientras retira, sin mirar siquiera, la mano que su hijo quiere acercar a su boca. –No te muerdas los dedos, te lo he dicho mil veces.– El joven parpadea compulsivamente por un rato y luego se calma. La Dra. Zambrano no deja de sonreír, intentando transmitirle un poco de calma y confianza a la alterada mujer.

–¿Te gustan los cómics, Felipe?– pregunta la especialista con dulzura.

–Las novelas gráficas son aburridas, tienen poco contenido– replica el muchacho. Entonces mueve los dedos de sus manos con ansiedad, intentando acercarlas a su boca nuevamente, pero su madre es más rápida y lo impide.

–Se muerde los dedos, a veces incluso sangra si no lo detengo– comenta la madre del chico. –¿Debería ponerle algo picante para que deje de hacerlo?

–No creo que sea necesario– responde la doctora –¿Qué te gusta leer entonces, Felipe? ¿Te gusta leer?

–Me gustan los libros de historia. Tienen muchos datos: nombres, años, acontecimientos importantes, antecedentes y consecuencias de los momentos históricos importantes.

–Muy bien, eso suena muy interesante. ¿Hay hecho histórico que te llame la atención?

–Me interesa leer sobre acontecimientos como el de Chernóbil. El sábado 26 de abril de 1986, la central nuclear de Bladimir illich Lenin en Pripiat, de la actual Ucrania, treinta y un personas murieron por la explosión del reactor número cuatro de la central nuclear, a causa de todo el hidrógeno acumulado durante una prueba de corte eléctrico, querían comprobar si las turbinas tendrían suficiente energía para mantener activas las bombas de refrigeración en caso de un fallo. Pero en realidad provocaron la expulsión de materiales radioactivos como el dióxido de uranio, el carburo de boro, el óxido de europio, el erbio y el grafito que fueron quinientas veces mayores que las liberadas por la bomba de Hiroshima. Se evacuaron un aproximado de ciento dieciséis mil personas en...

–Es suficiente– lo detiene su madre y mira a la especialista que parece no molestarse con nada. –La doctora no necesita saber todo eso.

–Chernóbil, interesante selección. Puedes encontrar mucha información en el internet, ¿verdad? ¿Te gusta leer en tu iPad?. ¿Te gustaría investigar un poco mientras yo hablo con tu mamá?

–Sí quiero– responde Felipe y, sin poder evitarlo, se muerde ligeramente los dedos de la otra mano. –Podría revisar el número de personas que sufrieron exposición a la radiación, para poder calcular...

–¡Felipe Andrés, las manos!– exclama la madre en una explosión de impaciencia. Pero luego se refiere de manera orgullosa a la capacidad de su hijo: –Tiene una memoria increíble, recuerda todo lo que lee.

La médica asiente con la cabeza y saca de su cajón lo prometido y se lleva al muchacho a la sala de espera y le da la clave del aparato, en caso de que se bloquee.

–No vamos a demorar mucho, puedes quedarte aquí y no vayas a ningún lado sin avisarnos antes. ¿Está bien?

–¿Van a hablar de mí mientras no estoy presente?– quiere saber el joven.

–¿Cuántos años tienes, Felipe?– le pregunta la doctora.

–Tengo trece años. ¿Van a hablar de mí mientras no estoy presente?

–Bien, hay algunas cosas que tengo que decirle a tu mamá. Te lo comentaremos después, pero no hablaremos de ti mucho, sino de ella. ¿Te parece? Para mejorar su relación.

–¿Usted puede mejorar la relación que tengo con mi madre?

–Haré el intento, Felipe.

–Me llamo Felipe Andrés– sentencia el paciente –Cuando me dicen “Felipe” nunca sé si me llaman a mí, porque hay otros Felipes. Yo me llamo Felipe Andrés. –¿Puedo buscar cosas en internet?

–Está bien, Felipe Andrés. Puedes leer cosas en internet mientras yo hablo con tu mamá. ¿Está bien?

–Está bien.

La doctora vio la transformación inmediata del joven al concentrarse en la lectura, pero notó que no podía dejar de mover sus piernas mientras mordisqueaba las esquinas de sus dedos, clara señal de ansiedad.

–¿Te sientes incómodo por algo?– le pregunta la doctora Zambrano, sentándose justo al lado del joven muchacho.

–En esta parte del edificio se pueden escuchar todos los autos pasando. No me puedo concentrar si hay demasiados autos pasando. Hacen demasiado ruido y no puedo leer si hay demasiado ruido. El ruido evita que me concentre.

–¿Quieres unos audífonos? Tengo unos que cubren tus oídos, con los que no puedes escuchar lo que hay afuera.

La especialista se toma su tiempo para ir a su consultorio, busca en uno de sus estantes los audífonos prometidos y se los entrega a Felipe. El chico los examina con cuidado y se muestra muy sorprendido.

–Son nuevos– comenta.

–Sí, son nuevos– confirma la doctora.

–¿Está bien que los abra si los voy a devolver?– pregunta con cierta preocupación el chico.

–No pasa nada: te los regalo.

–¿Me los regala? Estos son unos audífonos EDZ ajustables para reducir el ruido. Pesan aproximadamente 190 gramos, son fáciles de llevar y resistentes al uso frecuente. Están disponibles en varios colores. Sería un regalo con un costo aproximado de...

–Felipe Andrés– le interrumpe la mujer, conteniendo una posible reacción de impaciencia

–¿Has estado buscando esto en internet?

–Sí.

–¿Cuántas veces has visto esa información?

–Una sola vez. La leí hace tres días, después del almuerzo. Comimos vegetales salteados ese día y té.

–Está bien. Me has dado suficiente información. Puedes quedártelos. No importa cuánto hayan costado, ¿sí? Eso es lo bueno de los regalos. ¿Está mejor así?

–Mejor, muchas gracias.

Con un sentimiento de victoria, la Dra. Zambrano regresa y cierra con cuidado la puerta. Pudo notar enseguida que Alicia Nowak se sentaba nuevamente. Sin la menor duda los había estado escuchando, observando y, por qué no, juzgando.

–¿Está segura que es una buena idea dejarlo solo afuera?

La doctora advierte que la madre de Felipe Andrés nunca deja de acosar a los demás con sus preguntas y exigencias. De modo repentino la señora se levanta como deseando ir en busca de su hijo.

–Cuando está concentrado es incapaz de darse cuenta de que los demás están a su alrededor. Yo preferiría que estuviera aquí, con nosotras. Igual no nos va a escuchar. ¿Alguien lo está cuidando? No sabe cómo regresar a casa solo.

–Señora... ¿Nowak? ¿Lo pronuncié bien?

–La w suena como v. Es un apellido extranjero: mis abuelos eran polacos– aclara Alicia a quien la pronunciación de su apellido es lo que menos le preocupa en este momento. –Pero dejemos eso de lado. Solo quiero saber qué puedo hacer con Felipe Andrés. Ya no puedo seguir soportando esta situación doctora, yo...

La mujer saca un pañuelo de su cartera e intenta controlar sus sollozos.

–Señora Nowak, su hijo tiene autismo. No es una enfermedad mortal ni nada parecido. Es más, ni siquiera es una enfermedad: es una condición. Él...

–Él es raro, doctora. Me vuelve loca. No tiene amigos, porque... ¿qué adolescente va a soportar a un rarito que les dice cómo hacer las cosas o que están equivocados todo el tiempo? En

el colegio dicen que necesita ayuda profesional. Le he llevado a todos los médicos y me han dicho que no hay cura, doctora. Una amiga dijo que usted es la mejor, que tal vez me puede ayudar.

–Señora Nowak, su hijo es diferente. No es una persona común y corriente, pero no creo que sea bueno para usted llamarlo “rarito”. Sus necesidades son diferentes, podemos trabajar para ver si pueden llegar a acuerdos razonables...

–Mire, doctora– la interrumpe Alicia limpiándose una lágrima. –Yo le voy a contar mi situación. Soy una madre soltera, el padre de Felipe Andrés desapareció cuando se enteró que yo estaba embarazada. He pasado por todo esto sola y he trabajado muy duro para llegar donde estoy. Mi trabajo ahora es estable y gano buen dinero, pero no puedo trabajar y salirme de la oficina cada vez que les grita a sus compañeros o se encierra en el baño.

–Las crisis de ansiedad pueden ser frecuentes si no se le da un trato adecuado. Me dice que la institución está consciente de que Felipe tiene autismo. Eso sería de gran ayuda si tienen un especialista que le apoye. El que simplemente conozcan su condición no representa ninguna ayuda para él. Sus compañeros de clase también tienen que entender que no pueden tratarlo como a cualquier otro, pero eso no impide que pueda tener vida social.

–¿Será mejor mandarlo a una escuela especial? Tengo una amiga que tiene un sobrino con retraso, le ayudan mucho en esa escuela y lo cuidan de maravilla.

–Señora Nowak–. Esta vez, la doctora no se escucha para nada amable. –Su hijo no se puede comparar con un paciente que tenga retraso mental; ha demostrado mucho sus capacidades intelectuales. Hay muchísimos chicos con su condición que son increíblemente inteligentes, lo más importante es que entienda que el autismo se manifiesta de manera distinta en cada persona. Arrepentida de su arranque de impaciencia, la especialista hace una pausa corta y continúa su explicación con un tono mucho más amable –Me gustaría hacer algunas pruebas, porque el espectro del autismo es muy amplio. Felipe Andrés podría tener algún síndrome y sería bueno identificarlo.

–¿Un síndrome? Eso suena terrible– manifiesta la madre, más preocupada todavía que al principio.

–No hay que preocuparse: estaba pensando en Savant, se manifiesta en una de cada diez personas con autismo. Estas personas tienen una memoria prodigiosa, lo cual les permite ser muy competentes en los estudios, por ejemplo. Pero es solo una suposición. Tendríamos que hacer muchas pruebas.

–Pero... es tan raro. ¿Podrá entrar así a la universidad?

–Creo que parte del problema de Felipe es que usted no está preparada para lidiar con su condición– explica la especialista con un matiz de reproche –Primero, le voy a pedir que mantenga la calma. Usted está muy preocupada por su hijo, yo lo entiendo, pero no se está enfrentando a una terrible enfermedad. Eso es algo que usted tiene que entender.

–Si no es una enfermedad ¿por qué necesita tanta ayuda médica?

–Porque es una condición. Se lo explicaré de esta manera: su hijo nació con una forma diferente de adaptarse al mundo, para que me entienda. En general, los pacientes con autismo no son sociables, tienen dificultades con el lenguaje y suelen tener unos patrones de conducta fijos. Pero eso no hace imposible su vida, naturalmente, si usted sabe comunicarse con él. Gritar, pro-

hibirle cosas, enojarse o llorar, solo van a conseguir que sus crisis sean más frecuentes y si usted realmente tiene un problema con la condición de Felipe, no voy a poder ayudarle. Su hijo podría convertirse en su más grande orgullo si lo apoyara un poco.

–¿Apoyarlo? ¿Cómo podría apoyarlo en su situación?

–Pregunte cosas, hable con él. Demuestre interés sobre las cosas que le gustan. Llévelo a museos o a exposiciones. Puede inscribirlo en clases extras, busque la forma de motivarlo.

–No puedo hacerlo.

Alicia empieza a llorar de nuevo y saca otro pañuelo desechable –No puedo hacerlo sola. ¿Podría ser que esta situación la provocó el abandono de su papá? Es decir, mi hijo siempre fue extraño, tal vez porque nunca tuvo papá.

–El autismo no está relacionado con el abandono. Tiene que entender...

–Por favor, deje de decirme que tengo que entender. Creo que usted está sobrepasando el límite de lo que una doctora puede aconsejar. Como médica, debe decirme la terapia que necesita o los medicamentos que debe tomar, pero no puede decirme cómo criar a mi hijo, especialmente si usted no tiene idea de lo que significa vivir con una persona así.

–Mi intención no es meterme en su vida privada– responde la Gabriela Zambrano con firmeza. –Pero usted ha venido a mí para que yo le ayude con su hijo. Como especialista en personas con la condición de Felipe, le estoy aconsejando que tenga cuidado con el modo en que se refiere a su propio hijo, ya que eso influye directamente en su convivencia. Si él no se siente apoyado por su propia madre, créame que no tendrá confianza en sus propias cualidades y capacidades jamás.

–¡Suficiente! Sepa, doctora, que la terapia era para él, no para mí. No tengo por qué escuchar estas cosas.

Alicia toma su bolso y se pone de pie. Al advertir que la mujer tiene la indudable intención de marcharse, la doctora hace un último intento por razonar con ella.

–Sra. Nowak, su hijo podría tener un síndrome que le da una memoria prodigiosa. Podría estudiar y ser una persona productiva para la sociedad. Diferente, pero no sería el primero ni el último, hay muchas empresas interesadas en contratar personas preparadas y con capacidades diferentes como las de su hijo.

–No quiera convencerme ahora intentando venderme la idea de que nos quiere ayudar. Yo no busco que mi hijo gane dinero, sino que se cure.

–El autismo no tiene cura, Sra. Nowak.

Mascullando con indignación reclamos contra aquella, a su juicio, insolente y poco profesional facultativa, Alicia abre la puerta del consultorio abruptamente y se acerca a su hijo. Lo toma del brazo y lo jalona para que vaya detrás de ella. Felipe Andrés apenas si es capaz de dejar el iPad sobre la mesa y hacer un gesto de agradecimiento. La doctora Zambrano estaba segura de que, después de esa escena, el pobre chico tendría una fuerte crisis de ansiedad. La forma en la que acercaba su mano hasta su rostro, indicaba que pronto empezaría a golpearse, si no encontraba una forma de calmarse. Lo único que le quedaba, era esperar a que los audífonos ayudasen en algo.

Alicia Nowak se pasea aburrida por una exposición sobre objetos arqueológicos que Felipe Andrés le había pedido. Últimamente, sacarlo de la casa con los benditos audífonos había sido suficiente para mejorar su ánimo. Sus calificaciones siempre habían sido buenas, pero ahora parecía estar más tranquilo y no la llamaban del colegio cada día. Se sentía un poco frustrada, porque los consejos de la doctora Zambrano habían sido muy útiles, pero su orgullo le impedía regresar por más.

–Debo informarles que no se puede identificar la fecha de creación de un objeto como este, debido a que el lugar donde fue encontrado no coincide con sus características.– Una de las guías, habla lentamente con voz aguda y aniñada. Alicia se asombra al ver que su hijo se acerca a ella, sin los audífonos puestos.

–Ese tipo de esculturas tenían una utilidad muy grande para la cocina de la época. Por su forma y por el animal grabado a un lado, debe pertenecer a los pueblos de la zona montañosa. Los estudios realizados en 1967 por el Dr. Arthur McAdams, en la página 72 de su tercer libro de arqueología de la editorial Multigama, indican que el trueque entre las culturas de varias zonas del país era muy frecuente. Esa pieza parece de la época anterior a la conquista, probablemente unos cincuenta o setenta años antes de Cristo. Por lo tanto, está equivocada.

–¡Felipe Andrés!– le reprende desde lejos, totalmente avergonzada.

Alicia Nowak se acerca con paso firme para llevarse a Felipe de lugar, probablemente para no regresar jamás. Un hombre de barba blanca y escaso cabello se le acerca antes de que ella pueda alcanzar el brazo de su hijo.

–No lo reprenda, lo que ha dicho es muy acertado. La guía se ha equivocado con la información.

–¿Disculpe?– la mujer está furiosa, porque ha sido detenida por un completo desconocido.

–No lo regañe, me refiero a que su hijo hizo bien en corregir un error que cometió la guía. Pocos son los niños que hoy en día prestan atención a este tipo de cosas, debería estar orgullosa de su conocimiento sobre información que no tenga que ver con videojuegos o porno. Llámeme anticuado, pero en mis tiempos los jóvenes sabían sobre este tipo de cosas, no como ahora que tienen que buscarlo en sus monstruosos aparatos.

–Lamento los inconvenientes, señor. No dudo que tenga razón, mi hijo... es autista, tiene una memoria prodigiosa, pero es un tanto... difícil de tratar. Creo que es mejor si nos vamos.

–Yo no lo creo. Su hijo parece estar disfrutando al advertir todos los errores que mis empleadas cometen, ya quisiera yo contratar unos cuantos como él, para que digan las cosas sin equivocarse. Su hijo no es un inútil señora, podría ser un guía de museo o un científico si quisiera.

–Disculpe, pero ¿quién es usted?– quiere saber Alicia con fastidio.

–El director de este museo– responde el viejo con un tonito de pretenciosa superioridad moral. –Traiga a su hijo cuando quiera, puedo darle unos pases gratuitos para las exhibiciones si usted quiere.

–No necesitamos su caridad, gracias, podemos pagar perfectamente las entradas.

La mujer, exasperada, asió del brazo a su hijo y empezó a arrastrarlo, para llevárselo de una vez por todas lejos de allí.

–No es por caridad– declara el viejo director con firmeza. –Es un reconocimiento por su entusiasmo e interés en temas que de verdad importan.

Algo en el interior de Alicia se quebró de manera imprevista al escuchar las alentadoras palabras y tuvo el valor de reconocer que tal vez no le estaba dando a su hijo las oportunidades que necesitaba. Poco después, Alicia y Felipe Andrés salieron del museo con unas entradas de cortesía y un llavero que llamó la atención del joven. La madre estaba perturbada y afligida, tenía una extraña sensación en la que se mezclaba el fastidio, la vergüenza y el orgullo. El director del museo parecía no bromear cuando dijo que podían hacer la prueba y ver si el jovencito podía trabajar en la institución. Quería llorar, pero no podía hacerlo en público. Estaba abrumada, tal vez estaba equivocada y los demás tenían razón. Tal vez su hijo no iba a ser una carga después de todo.

–Felipe Andrés, ¿quisieras... ¿quisieras regresar donde la doctora Zambrano?

–Sí, sí quiero.

–Bien, entonces voy a llamarla y pedirle una cita.

Los tormentos del tío Pedro

Mi tío Pedro tuvo un accidente de auto hace unos años, uno terrible, apenas si le pudieron salvar la vida. Sangró muchísimo en el camino al hospital, los paramédicos aseguraron que hicieron todo lo posible para que no muriera. Sus dos piernas se rompieron y tuvo complicaciones graves. Cuando, después de muchos tratamientos y rehabilitaciones, su pierna derecha empezó a mostrar una notable mejoría, la izquierda empeoró por una infección, tan grave, que casi se la tuvieron que amputar.

Estuvo hospitalizado por mucho tiempo y tuvo que entrar y salir de los quirófanos con frecuencia por varios motivos, incluyendo los estéticos, ya que le hicieron algunos injertos de piel. Al final, los resultados fueron bastante decentes, pero muy traumáticos. El pobre tío Pedro nunca fue el mismo después de toda esa situación tan dura. No solo sufrió físicamente sino que una segunda tragedia vino a golpear poco después al pobre hombre: su novia lo dejó. Mi impresión es que, entre la desdicha por el abandono y el ser tratado como un desahuciado por su familia, su mente también quedó severamente afectada.

Lo noté cuando íbamos a verlo. Mi madre siempre me arrastraba cuando iba de visita a cualquier parte, porque yo estaba en los últimos años de colegio y no podía huir de ella como mis hermanos. Al principio no era tan malo tener que verlo, pero sus conversaciones empezaron a ser cada vez más extrañas. Sospechaba que todo era dañino para la salud, o que le iba a hacer daño de alguna forma. Decía cosas de este estilo: las gripes que padecía iban a convertirse en bronquitis; su tos era un clarísimo signo de una tuberculosis mortal o que moriría envenenado por tanto medicamento. También empezó a quejarse de cosas como sus lunares. Siempre los tuvo, pero él los veía como potenciales cánceres de piel inoperables. Sus dolores de cabeza, por otra parte, eran el síntoma de un derrame cerebral en proceso. Al principio pensé que eran bromas de un humor negro, macabro, pero con el tiempo me di cuenta que estaba hablando en serio.

El cambio fue de lo más drástico: ese hombre que se pasó toda la vida trabajando y reuniendo dinero, al punto de tener fama de tacaño, empezó a usar sus ahorros para consultar a todos los médicos que había en la ciudad. Y eran muchos. Ni cuando logró conseguir una novia, a finales de sus treinta, había gastado tanto dinero. Debo confesar que el pobre tío Pedro nunca fue hábil con las mujeres, por eso me dio tanta pena que lo abandonaran, era especialmente generoso con la chica con la que salía hasta antes del fatal accidente.

Mis frecuentes visitas me convirtieron en el sobrino con el que llegó a tener una relación más estrecha. Es por eso que fue a mí a quien ofreció un pequeño sueldo por ayudarlo. Necesitaba a alguien que lo atendiera, según él, ya que había despedido a tres enfermeras en dos meses porque le habían dado la contra.

“¿Cómo que esto no es necrosis? Fíjate bien, por eso las enfermeras no son médicos.”

“Mira que no me alcanza la orina para tantos exámenes y tú la desperdicias desechándola en el baño.”

“¿En qué estabas pensando cuando me trajiste agua mineral? Esta porquería provoca cálculos renales y con la suerte que tengo, me dará un cólico que tú misma tendrás que atender.”

Acepté su oferta, entre otras cosas, porque quería el dinero y disponía de tiempo, pues, en mis primeros años de universidad apenas si tenía clases y eso era mejor que ser cajero de supermercado, como mi mamá había planeado –y amenazado– en convertirme. Tuve la excusa ideal para negarme, alegando que tenía un compromiso con el tío Pedro. No fue fácil, lo reconozco, pero era mejor que estar medio día parado, cobrando el papel higiénico de la gente. No niego que había cosas desagradables de ver, como cuando se limaba las uñas de los pies en exceso para evitar que se le formaran uñeros. También lo ayudaba a escoger los protectores de rodillas para evitar las lesiones en los ligamentos por subir y bajar gradas, una actividad que no practicaba desde hace años por culpa de sus piernas. Debía, además, ayudarlo a conseguir vacunas para enfermedades extrañas, pero no sin antes llevarlo a que se hiciera los exámenes para confirmar que no era alérgico a ningún medicamento. Creo que lo más vergonzoso era ir a la Cruz Roja todos los meses para sus pruebas de VIH. Siempre hacía el mismo comentario, le pinchaban tantas veces, que estaba seguro que en algún momento le tocaría una aguja contaminada y moriría. Qué ironía, parecía pensar, que un hombre que jamás había tocado a una prostituta muriera con SIDA.

Y no hablemos de los constantes autodiagnósticos que se hacía después de leer los docientos blogs médicos a los que seguía en internet. Recuerdo la vez que estaba seguro que su pierna izquierda, la que tuvo la infección, estaba cambiando a un color de piel que no le gustaba nada, porque seguro era gangrena. O la vez que tuvo un pequeño dolor al levantarse de la cama después de dormir diez horas. Se pasó la mañana entera intentando convencerme de que tenía esclerosis múltiple y que lo mejor era ir al hospital y llamar a un médico que sí supiera hacer un maldito análisis. Y los tumores... Creía tener todos los tumores benignos y malignos habidos y por haber: siempre había una bolita extraña detrás de su oreja o en su ingle. Justificó su incapacidad de tolerar a las enfermeras a causa de su autismo, una de las razones por las que las personas no comprendían sus síntomas. La carencia de hierro, por otra parte, explicaba su falta de vitalidad. Una vez le gritó al dentista que una mancha oscura en una de sus muelas no era un trozo de comida, sino caries. Y su dieta: no sal, no azúcar, no grasas, agua purificada, pan integral de masa madre sin gluten, leche sin lactosa y pollo hervido a toda hora. Yo siempre comía en la universidad.

Cada vez se ponía peor, cada día hacía una inspección más rigurosa de todo su cuerpo en búsqueda de cualquier signo que indicase que necesitaba un médico. Aprendí que, a diferencia de las enfermeras, como yo no le daba la contra, el tío Pedro no se molestaría conmigo y se pasaría gran parte del día buscando los síntomas de sus enfermedades inexistentes. A veces, cuando solo le hacía compañía, le escuchaba decir “¡Oh! Qué terrible: esto seguro me va a matar!” O llegaba a una conclusión con patente fatalismo: “Sí, definitivamente tengo esto”.

Yo iba por las tardes y por alguna extraña razón, muy extraña razón, disfrutaba estar con él. Creo que fui durante mucho tiempo la única persona de la familia que simplemente lo escuchaba, sin criticarlo por sus exageraciones o persuadirlo tratando de que cambiara de opinión. De alguna forma me convertí en su paño de lágrimas y me tomó un cariño especial. Conmigo dejaba de alterarse, hacía sus planes ilusorios para que su jubilación anticipada por enfermedad y sus ahorros fueran suficientes para los gastos médicos en el caso de que necesitara un trasplante de corazón. Por lo menos era increíblemente organizado y cumplido con sus cuentas: un hombre muy responsable.

Con el tiempo entendí algo muy importante: el tío Pedro sí estaba enfermo, pero de la cabeza. Efectivamente necesitaba un médico con urgencia, pero un psiquiatra. Ese, era el único médico al que no quería visitar y se enojaba muchísimo cuando la gente asumía que estaba loco. No estaba chiflado, estaba enfermo, insistía con frecuencia, y los demás no lo podían entender. Lo escuché decir eso tantas veces que su voz todavía resuena en mi cabeza.

Luego de una fuerte pelea con mis padres, empecé a refugiarme en la casa del tío Pedro, porque él siempre me recibía de buena manera. El enfrentamiento con mis padres se originó cuando se enteraron que yo faltaba con frecuencia a las clases de la carrera que me habían obligado a seguir. Al final, abandoné los estudios y me matriculé en la facultad de artes. Mi papá me gritó tanto que se le saltó una vena en el cuello y casi se desmaya de la rabia. Mi madre no me habló durante tres días.

La situación en mi casa era muy tensa, todos mis familiares estaban en desacuerdo con mi decisión y me sentí incomprendido. Todos, menos el tío Pedro, que me dijo que si no me intoxicaba con las pinturas, él no veía la carrera de artes como un desperdicio. De manera imprevista se convirtió en mi apoyo incondicional. Tanto, que un día comenté no querer regresar más a casa, se ofreció a recibirme en su hogar. Solo tenía una condición, debía comprometerme a ayudarlo con sus exámenes de nivel de azúcar en la sangre todos los días. Dudé mucho antes de decidirme, debo admitirlo. A pesar de que nos llevábamos razonablemente bien, no podía estar seguro de cómo sería convivir con él. Pero la presión de mis padres fue tan grande que finalmente acepté el trato y me mudé a su vivienda con unas pocas cosas.

Yo lo conocía, lo visitaba todos los días y, ni con toda esa experiencia acumulada, podía tolerar con buen ánimo sus quejas constantes. Una vez incluso me acusó de agravar sus enfermedades ficticias porque estaba demasiado tiempo fuera de casa, en vez de cuidarlo y evitar que pudiera morir. Luego de mucho pensarlo, le hice la salomónica propuesta de establecer un horario que calmó sus ánimos y lo volvió menos exigente, al final pudimos vivir sin que yo tuviera una razón para matarlo de una vez por todas.

Mi madre lo llamaba todo el tiempo y preguntaba por mí llamándome “el intruso”. Al tío Pedro le causaba gracia la broma y empezó a llamarme así como apodo. Era un intruso, pero las locuras de mi tío eran mucho más manejables que la irracionalidad de mi padre. Me iba muy bien en mi nueva carrera, trabajaba medio tiempo en una tienda para mascotas y, como no tenía muchos amigos aún, pasaba gran parte de mi tiempo libre intentando que el tío Pedro no se automedicara.

Empecé a cambiar varias de sus pastillas por unas homeopáticas totalmente inoperantes para impedir que su salud se resintiera. Incluso llegué a inventar revolucionarios métodos terapéuticos que había “leído” en internet, todos caseros, faltaba más, y totalmente inocuos. Pero eso no evitaba que mis padres siguieran furiosos conmigo, incluso sabiendo que me había convertido en una persona mucho más responsable y cuidadosa de lo que era antes.

El tío Pedro insistía en pagar mi ayuda; algo que hubiera sido impensable antes del accidente, y yo tenía un sueldo decente para lo poco que hacía en la tienda. Fue una época de mi vida en la que aprendí muchas cosas. Y justo entonces Lucía apareció. Como le encantaban los animales, empezó a visitar con frecuencia a las mascotas que teníamos en el local y se hizo voluntaria para promocionar la adopción de los cachorros en una fundación que tenía convenio con nosotros.

La invité a salir después de dos semanas y aceptó sin pensarlo. Se mostró tal vez demasiado ansiosa para mi gusto, pero se lo perdoné porque era linda. Ella intentaba hablar de lo hermosos que eran los animales y de lo interesante que era mi trabajo; supongo que no sabía que yo estaba ahí porque me quedaba cerca de la facultad y no tenía nada que ver con mis pasiones. En serio, era muy linda.

Un día tuvimos que pasar por la casa del tío Pedro, yo tenía que dejar algunos de mis materiales en casa antes de ir a comer con Lucía. Me preguntó si la invitaría a entrar. Le dije, con un poco de incomodidad, que vivía con mi tío, que seguramente estaba durmiendo y que no quería despertarlo.

Lucía se lo tomó muy mal y apenas si me habló esa noche. Estaba muy resentida y no encontré la forma de hacerla entrar en razón. Entonces le conté la historia, todo, desde el accidente hasta que me mudé con él porque mis padres no aceptaban mi nueva carrera. Pasó de estar completamente indignada a completamente emocionada en un dos por tres. Casi sin querer, empecé a plantearme la posibilidad de tener solo una persona inestable en mi vida, o terminaría enloqueciendo yo mismo.

Mi estrategia no funcionó. En vez de lograr que Lucía entendiera mi situación y se pusiera de mi parte, conseguí que intentara consolarme. Y la mejor cosa que se le ocurrió fue regalarme un pequeño cachorro. Pensó que sería encantador que una mascota me ayudara a superar mis penas. La muy ladina dejó al pobre animalito en la entrada, no podía simplemente dejarlo afuera.

En mi casa eso no hubiera sido un problema para mí: hay suficiente espacio y mis padres aman los animales, pero yo no estaba en mi casa, estaba en la del tío Pedro. Con el pequeño amigo peludo en mis brazos, me lo imaginé haciendo una lista de todas las enfermedades que iba a tener por culpa del pobre perro. Decidí esconderlo en mi cuarto hasta el día siguiente, que lo llevaría a la tienda de mascotas y luego a la fundación. Después de dos horas intentando esconder al perrito que se escapaba, no sé cómo, fue descubierto y tuve que admitir la verdad.

Me sorprendió muchísimo que, a pesar de sus quejas, no me exigiera que el perrito fuera expulsado de inmediato. Claro que durante la comida disertó ampliamente sobre las pulgas, las alergias que podía producir, los riesgos de que contrajera rabia, las mordidas y las infecciones. También mencionó enfermedades que estoy casi seguro que no existen. Prometí deshacerme del intruso lo más rápido posible, el tío Pedro lo acarició con inusitado afecto y dijo que no fuera

inhumano; que el perrito necesitaba encontrar un buen hogar, porque también podía sufrir enfermedades y abusos si lo entregábamos a la persona equivocada.

Los días pasaron y siempre había nuevas excusas para no dejarlo ir. Necesitaba un baño, había que llevarlo al médico primero para ver que estuviera saludable, no podía ir por la vida sin un collar y una placa porque se podía perder y un auto podía aplastarlo si no tenía una correa. Las personas no parecían lo suficientemente responsables y la fundación no cuidaría bien del animalito si había tantos otros de los cuales hacerse cargo.

Cuando me di cuenta, el perrito tenía más beneficios que yo en la casa. Tenía una cama grande y cómoda, su comida era de mejor calidad que la mía y todos sus juguetes eran nuevos y hervidos para evitar que se infectara con cualquier posible bacteria. Las enfermedades de su cuerpo pasaron cada vez más a un segundo plano y las necesidades de Puqui eran cada vez más importantes. Se entregó por completo al cuidado de un ser vivo que lo necesitaba todo de él.

Lucía terminó conmigo muy poco tiempo después, luego de una discusión que tuvimos sobre la importancia de la confianza y el respeto a sus sentimientos. Le fastidió que el perrito no fuera mío sino que le perteneciera de facto al tío Pedro, quien, por alguna misteriosa razón, le había agarrado ojeriza y no la quería en la casa. Le expliqué que nada de eso dependía de mí, pero no volvió a hablarme. No sé si esto ha sido bueno o malo.

Lo más impresionante fue la mejora en la calidad de vida de mi tío. Empezó a inscribirse en clubs de dueños de mascotas. Empezó a dar caminatas con su pequeño compañero canino; se encargaba de su alimentación, de su limpieza, de su cuidado y de su entrenamiento. Se encariñó perdidamente del cachorrito, el cual, a su vez, adoraba a mi tío. Jugaban, veían televisión juntos, y, lo que más me sorprendió, era la paciencia que le tenía. El hombre que hace unos meses no quería estrechar las manos de las personas con las que tenía que tratar por miedo a contagiarse de algo, recogía los desperdicios de su perro y los introducía en una bolsa con total normalidad.

También yo me encariñé con Puqui, pero no como para intentar ponerlo en mi testamento. El tío Pedro todavía le tenía miedo a la muerte y a las enfermedades, pero su obsesión disminuyó muchísimo gracias a que encontró una interesante terapia: preocuparse sinceramente por otro ser vivo. Mi madre fue a visitarlo y descubrió que no era una exageración decir que realmente estaba mejorando. Aprovechó para ayudarme a empacar y llevarme a casa, dijo que había entendido que no iba a cambiar de opinión y que me ayudaría a hacerle entender a mi padre que hay ciertas decisiones que deben respetar en mi vida.

Seguí trabajando en la tienda por un tiempo mientras estudiaba y al final, a pesar de que mi relación con mis padres mejoró, terminé encontrando una novia y mudándome con ella. No eran pocos los fines de semana en los que mi chica y yo íbamos a visitarles al tío Pedro y a Puqui, quienes seguían, después de tanto tiempo, siendo los mejores amigos.

Partidaria

–Un alcalde no solo debe estar pendiente de las obras materiales que se hacen, debe estar pendiente también del bienestar de la ciudadanía en general. Pero ¿quién representa a la ciudadanía para el resto de candidatos? Los adultos con capacidad de voto. Estamos dejando de lado el pilar fundamental de nuestra sociedad: la juventud. Son nuestros hijos, nuestros niños, nuestros adolescentes. Nadie presta atención cuando se trata de sus necesidades o sus problemas. Yo tengo una verdadera preocupación por ellos porque se han convertido en las más grandes víctimas de las terribles garras de los vendedores de drogas. Tal vez esto no parezca importante para muchos, pero lo es. Estos *dealers* están por todas partes en donde los más vulnerables se encuentren: escuelas, colegios, universidades, parques. Nuestro futuro nos está siendo arrebatado por ese cáncer de la sociedad. Una de mis propuestas más firmes, si asumo la alcaldía de la ciudad, es administrar los bienes públicos de tal manera que también existan obras con compromiso social y no solamente lúdico. Escuchen, estimados padres de familia, ¿son ustedes conscientes de que los últimos estudios sobre el tema arrojan resultados aterradores? El ochenta y cinco, repito, ochenta y cinco por ciento de los drogadictos que están en el correccional de menores adquirieron el horrible hábito durante sus años de colegio? ¿Qué nos dicen estas cifras alarmantes? Que nuestros niños, el futuro de la patria, lo más importante que tenemos, están en riesgo. Entonces, el dinero público debe ser redireccionado a programas que nos salven de una sociedad en la que nuestros hijos se conviertan en delincuentes. Ese dinero, que es para ellos, no significa un gasto, sino una inversión para el país. Si ellos están bien alimentados, bien educados, bien cuidados y limpios de cualquier vicio, tendremos toda una generación de buenos ciudadanos que criarán a sus hijos igual. Estaremos asegurando un futuro mejor, una ciudad mejor, un país mejor. Porque eso son los niños para nosotros, la semilla que sembramos para el futuro. Pero, ¿qué pasa cuando esa pequeña y maravillosa semilla es atacada por un mal en medio de su crecimiento? Se estropea, se daña, se pudre y se muere. Eso está por pasarle a nuestros niños. Hay un terrible monstruo ahí afuera que está amenazando a nuestra niñez y juventud y ese monstruo son las drogas. Los corruptos buscan nuevas víctimas y es así como tientan a los más pequeños. Nuestro gobierno, en el caso de ganar, tendrá un verdadero programa de cuidado, erradicación y, sobre todo, de prevención del consumo de drogas en nuestros niños y adolescentes. Yo... ¡Yo soy partidaria de la juventud! ¡Partidaria de la lucha contra las drogas!

El discurso de María Caridad Vega Donoso terminó con aplausos y aclamaciones. La candidata se hizo tomar fotografías, regaló camisetas, anunció los sitios web donde se podía encontrar más información sobre toda su campaña electoral y proyectos, insistió en el poco papel que había usado para su propaganda y sonrió hasta llegar a la camioneta que la sacaría del espacio público

donde había reunido a sus seguidores. Ya dentro, se tomó unas pastillas para la tos que tenía en su bolso y anunció que estaba lista para regresar.

Después de veinte minutos, en medio de un tráfico muy pesado, llegó a las oficinas de su partido y subió al despacho que le habían asignado mientras fuera candidata a la alcaldía. Debía esperar a su jefe de campaña, un hombre increíblemente astuto y competente, que la mantenía desde un inicio en la cumbre de las encuestas.

Roberto Cáceres entró a la oficina vistiendo su traje azul oscuro de gala, seguramente estuvo en algún evento de otro candidato. En cuanto cerró la puerta, se desacomodó la corbata, dejó el maletín de su computadora en el escritorio y se acercó a la candidata para darle un beso en la mejilla como saludo. Todos los días, se reunían a solas para hablar sobre los resultados de su arduo trabajo. La mujer no le dio mucho tiempo para acomodarse, enseguida le preguntó:—¿Qué dicen los medios?

—En un inicio me encargué de que un par de noticieros y radios estén todo el tiempo pendientes de tus declaraciones, pero hoy descubrí que hay un par que genuinamente te apoyan y creen en tus palabras. Hoy te sacaron como noticia principal en sus redes sociales. No son aliados del partido y no tienen nada que ver con nosotros. Créeme que voy a hacer que eso se sepa— aseguró el jefe de campaña.

—Eso no me sorprende— respondió María Caridad con un perceptible dejo de arrogancia. —Las palabras que digo siempre van en serio. Todo es parte del proyecto. Yo sé que has trabajado en este negocio por algunos años y también sé que es imposible meterse en el mundo de la política sin ensuciarse un poco, pero yo tengo un plan de trabajo para esta ciudad, algo que los demás candidatos no tienen.

—Apoyo tu idealismo y convicción. Supongo que debes estar muy orgullosa porque probablemente vas a ser la primera alcaldesa de esta ciudad; tenemos el apoyo de muchísimas mujeres solo por eso. Pero hay algo que quiero que entiendas, incluso si ganas, hay muchísimas cosas que no vas a poder controlar y donde no te vas a poder meter.

—Ese sermón otra vez— se quejó la candidata. —Entiendo que los pactos son necesarios. ¿De dónde íbamos a sacar tanto dinero y apoyo para la campaña? No soy una ingenua, sé que hay que hacer sacrificios para el bien mayor. Sí, puede que algunos de nuestros partidarios y contratistas vayan a llevarse una buena tajada del presupuesto de las obras, pero las obras se van a cumplir y, sobre todo, se van a ver. ¿No es eso lo que importa?

—¡Diablos, mujer! Si pudieras decir eso sin perder votos, te juro que lo incluiría en tu discurso. Hay gente que prefiere una verdad como ésa que las promesas evidentemente vacías de algunos discursos.

—Entonces no tengas miedo. Busca la manera de decir exactamente lo mismo, pero con esas palabras exageradas y altisonantes que a ti te encantan. Tú sabes, al buen entendedor...

—No, no— la detiene el jefe de campaña. —Al buen entendedor hay que tenerle muchísimo cuidado, porque puede darse cuenta de lo que está detrás; de lo que realmente queremos y de lo que estamos haciendo mal. Mira, María Caridad, eres una mujer fuerte, decidida y preparada. Estoy encantado de trabajar contigo, sinceramente te digo que mereces ganar. Pero, por mi trabajo,

sé que este puesto no se gana con méritos, así los tengas. Este es un concurso de popularidad, y tú eres ahora la más popular, así que no debes arriesgarte a perder eso. La gente en este país vota con el hígado. Así son las cosas. Si gustas y los convences desde tu pedestal que, así ellos estén abajo, los comprendes y los apoyas, se identificarán contigo y estarán de tu lado. Si les caes mal, eres presumida e insistes en demostrar tu superioridad, te odiarán y estarán en tu contra. Sé que te he dicho esto muchas veces, si no aceptas esta enorme verdad, tendré que seguir insistiendo.

La mujer se quedó callada por un momento y luego dejó salir una tos forzada, fingida con muy poca habilidad. Rebuscó algo en un cajón y maldijo después de un momento. Roberto la miró sin decir nada.

–¿Qué? Busco mis pastillas para la tos, pero ya no hay.

–¿Pastillas para la tos?– preguntó él mientras la veía escribir velozmente en su celular.

–Sí, las necesito. Ése es el problema de tener que dar tantos discursos. A este paso me voy a quedar sin voz. Voy a pedirle a Fanny que me las compre, porque no se necesita receta.

La candidata hizo una breve pausa para llamar y solicitar a su ayudante lo que necesitaba. Reanudó entonces su charla: –Sigue, por favor, estoy aprendiendo mucho de tus trucos para que todos me amen. Sigue por favor.

–Bueno...– el hombre carraspeó. –¿Qué puedo decirte que no sepas ya? Cuando no tengas un guión, debes usar los términos que estén de moda, a la gente le gusta repetir, en las reuniones de las oficinas, lo que dicen las personas a las que admiran. En pocas palabras, debes convertirte en la persona que cumpla al cien por ciento con las expectativas que tienen de alguien como tú, pero al mismo tiempo tienes que halagarlos, que hacerles sentir importantes. Debes prometer cosas buenas, pero nada que puedan recriminarte si no se hace. Pero no solo con proyectos serios. Debes hacerles promesas de llevar a cabo tonterías frívolas y llamativas que los dejen encantados. Dales algo para hablar por días: así los tendrás comiendo de tu mano.

–Vaya discurso el tuyo. Me recuerdas el porqué te pedí que vengas conmigo para esta campaña. Tú sí que sabes cómo manejar a las personas.

»¡No te desanimes!– exclamó María Caridad al ver la expresión disgustada de su asesor. –Hay cosas excelentes que ofrecemos y que en realidad vamos a cumplir.

–Vamos, yo no me desanimo. En realidad me gusta mi trabajo. Soy bueno en esto. Es solo que a veces es un poco cansado, no sé, ver que se prometen cosas tan obviamente contradictorias y luego tener que buscar argumentos para convencer a las personas de las mentiras que están frente a sus caras.

–Miren: al Roberto le pesa la conciencia. Aunque me sorprende que tengas una. Vamos, calma, puedes desahogarte conmigo. ¿Quieres un trago?

–Sí.

María Caridad se puso de pie y fue hasta el estante que quedaba al lado de una ventana en el improvisado despacho. Sacó una botella de un whisky bastante costoso y dos vasos. Anunció que no tenía hielo. Esto no pareció ser un problema para Roberto.

–¿Bebes mientras tomas pastillas?– preguntó de improviso el asesor con una pizca de preocupación.

–No pasa nada. Además, Fanny todavía no me las trae. Démosle un descanso a esta conversación de trabajo. Por favor, siéntete libre de decir lo que quieras, yo te escucharé como amiga. ¡Saca lo que tengas dentro!

La mujer sirvió el licor y volvió a sentarse. Luego de brindar, bebieron un bocado y lo saborearon en silencio. Ninguno de ellos se decidía a decir nada, hasta que el jefe de campaña se animó a soltar sus penas.

–A veces siento que insulto mi propia inteligencia haciendo algunos discursos. Son tan populistas, tan baratos. No sé cómo explicar... son mentiras tan evidentes y la gente no se da cuenta.

–Lo sé, lo sé. Has tenido que hacer ciertas cosas que seguramente te disgustan para las personas con las que estás trabajando y apoyarlas: es tu trabajo. No debe ser nada fácil para ti, porque eres muy inteligente. Por suerte esas cosas no te pasan conmigo.

Roberto se quedó callado y le dio un sorbo final a su whisky. María Caridad lo notó y quiso servirle más. Pensó que su silencio se debía a que esperaba más licor, pero la expresión del hombre frente a ella decía mucho. Le costó un rato darse cuenta, pero finalmente lo hizo.

–A ver, a ver, Roberto. Pongamos las cosas claras aquí. Tal vez debemos esconder ciertos detalles para no arruinar nuestra imagen y la de nuestros sponsors ante los votantes, pero con respecto a mí, no hay nada contradictorio entre lo que yo hago y lo que yo digo. No hay nada malo conmigo y lo sabes.

–Sí.

Su tono no fue sincero. Mentía y María Caridad supo que estaba pensando algo malo con respecto a ella. ¿Qué era? ¿Qué cosa podía juzgar ese imbécil en su contra? Y Fanny que no traía las pastillas. La candidata lo miró con resentimiento y tomó nuevamente su celular: –¡Fanny! ¡Las pastillas eran para hoy!– le reclamó a la chica con furia y colgó bruscamente el teléfono. Se volvió y miró de manera desafiante a Roberto. –Dilo, quiero que lo digas de una vez. Veo que encuentras algo malo en mí y quiero saber qué es.

–Vamos, María Caridad. Tú y yo sabemos que así diga algo bueno, va a ser tomado en el peor de los términos ahora que estás alterada y molesta. Es mejor dejarlo así y continuar con el trabajo.

–No, no. Tú dijiste que insultaba tu inteligencia y que era contradictorio lo que escribías. ¿Qué puede ser contradictorio con respecto a mí? Solo quiero saber eso. ¿Es tan difícil? Ah, y no te atrevas a decir que no era nada y que soy una loca alterada y paranoica. Porque tu cara lo dijo todo, yo no soy estúpida, sé que pensaste algo.

Un golpe en la puerta interrumpió el ataque de indignación de la candidata. Era su secretaria con un jarabe para la tos. La mujer se puso furiosa, insistiendo en que ella había pedido los comprimidos, porque odiaba el sabor del estúpido jarabe. Decidió tomarlo de todas formas: abrió la caja y la tiró a un lado. La pequeña botella de color marrón oscuro tenía una tapa difícil de abrir, pero la molesta mujer se las ingenió para hacerlo y se tomó un sorbo del jarabe sin siquiera medir la cantidad especificada.

–¿No es eso demasiado?

–Estas porquerías ya no me hacen efecto. Pero ¿por qué me molesto en explicártelo? Tal vez estoy loca y paranoica con la tos también.

–No cambies mis palabras por favor. En ningún momento dije que estabas loca o eras una paranoica.

–No te hagas el tonto, no quiero que me cambies de tema,

–María Caridad, estábamos hablando de la campaña. ¿No estábamos haciéndonos cargo de eso? El otro día me dijiste que no me metiera en cosas que no tengan que ver con el trabajo y eso es exactamente lo que voy a hacer.

–No te hagas el vivo conmigo, que no te funciona. Mi imagen personal es parte de tu trabajo, Roberto. Pero, ¿cómo puedo confiar en alguien que me ve con desprecio? ¿Contradictoria? ¿Por qué soy contradictoria?

–María Caridad, estás alterada.

–Cállate y responde.

–Yo no dije eso. Estábamos hablando en general, de mis otros trabajos, de la gente que dice ser algo y que al final es todo lo contrario. Mira, me diste un whisky fuerte, estoy muy cansado y tengo mucho trabajo. Mis juicios no son infalibles. Yo, como todo el mundo, también me equivoco.

–No me mientas. Sabes a lo que me refiero y no voy a quedarme tranquila hasta que me digas lo que quiero escuchar.

–Me rindo, no puedo hablar contigo si te pones caprichosa. Si no vamos a hablar de trabajo, mejor me voy a hacer algo productivo. Tengo demasiado trabajo como para estar aquí peleando por tonterías.

–Ah no. No, no y no. Ni creas que te vas a salir con la tuya.

–María Caridad, creo que estás exagerando. Has estado actuando de un modo demasiado extraño últimamente. Has descuidado cosas del trabajo y eso me preocupa. Estás demasiado irritable y me inquieta mucho tu supuesta tos.

–¿Supuesta tos? ¿Qué intentas decir con eso?

–No voy a pelear contigo, hemos llegado muy lejos trabajando juntos y creo que deberíamos seguir así hasta que se acabe la campaña.

–¡Dilo! Quiero que lo digas– exigió la mujer con terquedad.

–¡Me vuelves loco! ¿Qué quieres que te diga? ¿Por qué actúas así?– soltó Roberto con impaciencia. –Lo mejor es que te calmes y que yo me vaya. No puedo con esta actitud que tienes.

–¿Mi discurso es contradictorio? No puedo dejar de pensar en eso. ¿Mi discurso es el que insulta tu inteligencia? ¡Dilo! ¡Quiero escucharlo!

La obstinada insistencia de la candidata colmó la paciencia del, hasta el momento, siempre caballeroso jefe de campaña. Estaba interesado en ella; se había ganado su confianza e incluso la había llevado a comer en varias ocasiones, solos los dos. Pero su actitud sobrepasó los límites de su tolerancia.

–¿Vas a seguir insistiendo, verdad? Solo mírate, ¿quieres que lo diga? Bueno, perfecto, te lo voy a decir. Hipócrita, eres una loca hipócrita. Me haces emprender una campaña contra el

abuso de las drogas y hablas mal de quienes las consumen, mientras tú sigues con tu propia adicción, dejando las cosas importantes a un lado y haciendo mi trabajo más difícil. ¡Ahí está! Ese es tu maldito doble discurso.

–Yo no me drogo, idiota.

–María Caridad, ¿puedes decirme desde cuándo te automedicas? ¿Puedes decirme cuántas pastillas te tomas para dormir, para el dolor de cabeza o para la tos cuando en realidad no las necesitas? Y cada vez son más, porque ya no te hacen efecto. Cuando tomas medicación que no necesitas a espaldas de los médicos se llama drogadicción.

–¿Me estás diciendo drogadicta por usar pastillas para dormir y para la tos? ¿Acaso eres un enfermo? ¡Son drogas legales!

–¡Pero te has vuelto dependiente de ellas! Revisé tus medicamentos y tienen codeína, que es una sustancia altamente adictiva. No importa lo legales que sean. Los necesitas para sentirte mejor y eso te hace una drogadicta. Así como tener botellas de whisky escondidas en tu despacho para beber cada día, te hacen alcohólica.

–¡Fuera!– le ordenó la candidata, temblando de furia.

–Maldición. Esto es exactamente lo que quería evitar. Soy un idiota, dije muchas cosas sin pensar. En este momento estás molesta, así que me iré. Podemos seguir trabajando después y arreglaremos este malentendido.

–¡Dije que te vayas!

Pese a que no subió el tono de voz, el odio que emanaba María Caridad era cada vez más intenso.

–Escúchame, estoy de tu lado. Yo trabajo contigo y, como tú misma dijiste, parte de mi trabajo es proteger tu imagen. Como tu jefe de campaña y asesor, tengo que saberlo todo. De esa forma puedo evitar que tu nombre se manche. Controlar la opinión pública es uno de los aspectos más importantes de tu candidatura.

–¿Quieres saber algo, Roberto? Puedes irte a la mierda con tu psicología inversa. Quiero que te largues ahora mismo. ¿Drogadicta? Te voy a poner una demanda por difamación, que te hará vomitar hasta el último centavo que tengas. No vas a volver a trabajar en tu vida, mal nacido.

–María Caridad, no digas tonterías. ¿No te das cuenta? Para que puedas poner esa demanda, yo debo decir algo en público en tu contra, de otra forma no tendría sentido. Te estarías entregando en bandeja a la prensa sensacionalista y arruinarías tu imagen por completo.

–¡Dije que te largues!

–Es mejor que te calmes; ésta es tu última oportunidad. Podemos olvidar esto y seguir con la campaña. Puedo regresar mañana, cuando te hayas relajado.

–A mí no me vienes con amenazas, trepador de porquería. Y ni pienses en regresar. Te prohíbo que regreses al partido. ¡Estás despedido! ¡Despedido!

–Esto no es una película, ¿en serio crees que es tan fácil?

–¡Lárgate!– el vaso de vidrio, todavía con un poco de whisky, se estrelló contra la pared, a escasos centímetros de Roberto. El choque del cristal hizo que el hombre se sobresaltara y miró con horror los vidrios desparramados por todas partes.

–Estás loca.

–Ni se te ocurra volver.

Diario Hermes

Titulares

María Caridad Vega Donoso, candidata a la alcaldía, envuelta en escándalo de drogas.

Candidatos a alcalde de la ciudad solicitan pruebas antidoping para la candidata María Caridad Vega.

Roberto Cáceres renuncia como jefe de campaña de María Caridad Vega y se une al partido de Antonio González por la lista cinco.

–Cari, estos rumores absurdos están en todos los periódicos... ¿Drogas? ¿Cómo pasó esto? ¿Roberto está detrás de semejante bestialidad? ¡Mira lo que dice! Que se va a apoyar a la lista cinco. ¿Sabías algo de esto? ¡María Caridad! – insiste en saber el máximo representante del partido.
–María Caridad... ¿estás ahí?

–¡Le voy a hacer matar a este hijo de puta!– amenaza al aire con voz oscura, mirada siniestra y respiración ansiosa la partidaria del bienestar por todos.

Si la lluvia cae

Una solitaria gota de lluvia cayó del cielo gris azulado al anochecer de un invierno muy frío. El viento y un poco de nieve acompañaron a la intensa lluvia que se formó y que empapó por completo a la joven que, sin moverse, se mantiene parada justo en el filo de la terraza del edificio del orfanato. A pesar de sus evidentes intenciones de lanzarse, no parece querer hacerlo de frente, porque le da la espalda a la vista de la ciudad ensombrecida por la noche y el temporal. Un fuerte viento toma desprevenido a su cabello, que se mueve con cierta dificultad, ya que al estar húmedo, pesa mucho más y se pega a la piel de su rostro en medio del camino.

Era una tarde fría mientras la muchacha avanzaba, jugando al caminar, evitando a toda costa las piedras de las veredas de la ciudad. Estaba forrada con ropas que la mantuvieran caliente: un abrigo viejo, unos guantes heredados y un gorro de lana que había comprado con sus ahorros. Escuchaba música a todo volumen, con los audífonos puestos, un regalo de su tutor del orfanato. Parecía perdida, pero en realidad era la expresión que tenía cuando estaba absorta en su propio mundo.

Había quedado en encontrarse con su compañero en uno de los parques cercanos a donde vivían, él ya estaba ahí, esperándola como siempre. Con graciosa coquetería, se acercó sin ser vista y le quitó el café, que supuso que le pertenecía, de las manos y se adelantó para sentarse en una banca cercana.

–¡Hace frío hoy! Te lo compré, sé que es tu sabor favorito.

La muchacha sonrió con agradecimiento y fingida inocencia, encogiéndose sus hombros mientras le daba un sorbo a su bebida caliente.

Todo en ella resultaba encantador para el pobre adolescente enamorado. Su mirada, sus gestos, su vestimenta infantil en ese cuerpo de mujer. El chico estaba enloquecido por la extraña belleza de la muchacha y esa extraña sensación de misterio que emanaba. Los ojos de su amiga eran grandes, de un color extraño que variaba dependiendo de la luz que los iluminara. Su estatura era más baja que la del promedio y eso le daba a él una satisfactoria sensación de ser su protector. Le encantaban sus labios finos y su naricita respingada, su tez blanca y su cabello castaño claro, largo, siempre recogido en peinados exagerados y llamativos con grandes decorados de colores que ella mismo confeccionaba para que combinaran con su ropa. Le encantaba vestirse como una muñeca. Parecía salida de una película extraña, sobre todo ahora que tenía el poco maquillaje que podía costearse, corrido por culpa de la lluvia. Se terminaron el café.

–¿Cómo hubiera sido mi vida si no te hubiera conocido?– preguntó la jovencita después de un largo suspiro.

–Seguro hubieras salido con alguien más. A ti no te gusta estar sola.

–¿Quieres saber algo extraño? No me acuerdo de haberte conocido. Siempre has estado ahí, desde que tengo memoria.

–¿Me estás diciendo que soy una constante en tu vida?– quiso saber el huérfano.

–Eres como una constante en mi vida, como un fantasma que ha estado conmigo siempre. ¿Cómo sé si eres real? ¿Cómo podría confirmar tu existencia?

–Qué graciosa– se quejó el joven. –Pensé que estábamos hablando en serio. Tú eres muy importante para mí, yo no juego con tus sentimientos.

–Eres tan crédulo y tan insoportable– la chica cruzó los brazos y se hizo a un lado. –Tú más que nadie debería saber que digo esas cosas por aburrimiento. Pero tú lo arruinas todo.

–Ya estás irritable otra vez.

–No me molestes– ordenó ella en mal tono –Me duele la cabeza, estoy cansada y no quería ver a nadie más, por eso quería salir contigo. Pero parece que tú no quieres, así que mejor me voy.

–¿Disfrutas haciéndome esto todo el tiempo? A mí me encanta estar contigo, te lo he dicho muchas veces. Pero eres tú quien me evita, eres tú quien me rechaza.

La chica se alejó, acomodando todo su cabello alborotado hacia atrás. Después de unos segundos de duda, su compañero fue tras ella. Quiso hablarle, pero parecía cautivada, casi hipnotizada por la lluvia que caía. El joven miró el cielo y se preocupó: la negrura de las nubes anunciaba un aguacero.

–¿Quieres regresar? Nos van a retar otra vez si llegamos mojados– le advirtió el chico con paciencia infinita. –Podemos criticar las series de televisión de la tarde. Te encanta hacer eso.

–No, no tengo ganas de eso.

–¿Qué quieres hacer entonces?– preguntó él, curioso.

–Tal vez, solo ver la lluvia caer. Si cae, déjala caer– citó la muchacha y se cubrió el rostro.

–¿De dónde has sacado eso?

–De internet– informa, limpiándose los restos de rímel. –Al parecer Henry Logfellow lo dijo. La madre Génova me deja usar su computadora portátil a veces. Le pido para hacer deberes, pero al final siempre termino haciendo otras cosas.

–Tus calificaciones han bajado últimamente. ¿Quieres que te ayude un poco con eso?– se ofreció el muchacho con un tono muy dulce de voz.

–Prefiero que veas la lluvia conmigo. “Amo caminar bajo la lluvia, porque así nadie nota que estoy llorando”. Hay muchas frases así en la web. Hablan de la soledad, de sentirse aislado, de la muerte. Es interesante, me siento identificada en algunos casos.

El tono melancólico de su compañera angustió y preocupó al muchacho. Ella se dio cuenta del cambio de su estado de ánimo y le hizo un gesto cariñoso en la mejilla, apretándola como si fuera la de un niño. ¿Había tal vez un poco de coquetería en esos gestos? El confundido adolescente no podía discernirlo.

–Has estado muy triste últimamente, ¿pasa algo? ¿Puedo ayudarte de alguna manera?

–Eres un tonto. Estoy bien, es solo que no he dormido muy bien últimamente– admitió la chica.

–¿Algo te preocupa?

–Lo de siempre. ¿Qué va a ser de nuestras vidas? El próximo año tendrás dieciocho, tendrás que irte del orfanato. Me pasará lo mismo en un par de años a mí. Nadie nos quiso, jamás nos escogieron y nos criamos en un orfanato. Tú eres alto, guapo y traes locas a todas las chicas de tu clase, incluso si eres pobre en un colegio estatal. Yo... yo soy yo.

–No digas esas cosas.

–Las digo. No me sigas por favor.

Habían sido criados en el mismo lugar. Las monjas y las profesoras hacían la broma de que estaban “predestinados a estar juntos”. Se conocían por la desgracia en común de haber sido abandonados. Desde muy temprano, él había mostrado total interés por su excéntrica amiguita y la seguía a todas partes. Le era muy difícil entenderla, intentaba conquistarla torpemente, consiguiendo solo burlas y provocaciones por parte de ella. Últimamente ni eso, la chica actuaba de modo demasiado extraño, siempre estaba retraída, indecisa, temerosa y hasta agresiva. Pero él estaba ahí, intentando ayudarla y acompañándola incondicionalmente.

Caminó detrás de ella por un par de calles, hasta que finalmente se acercó. Con excusa del frío la abrazó y ella se dejó conducir. Al ver que parecía estar cómoda, el impertinente joven intentó besarla. La chica lo apartó, asustada por el gesto, y al no saber cómo reaccionar, lo empujó.

–¿Qué haces?

–Perdón, yo...

–No– le interrumpió la adolescente. –No me digas nada, no me toques.

En los días siguientes, sus múltiples intentos de disculparse con ella no rindieron ningún fruto. Se sintió ya no solo rechazado, sino traicionado, así que se prometió a sí mismo olvidarla por completo. Había sufrido suficiente tiempo de ese amor no correspondido y estaba harto. Ella era difícil, extraña, esquiva y, a veces, hasta cruel. Estaba cansado de las humillaciones, de los chistes sarcásticos y de su falta de interés. Recordó su última conversación y efectivamente iba a cumplir dieciocho años, podría irse, conseguir un trabajo y olvidarse de todo. Del orfanato, del viejo edificio y de ella.

Un día, especialmente frío, el joven estaba sentado en el comedor, al otro lado de donde estaba ella. La muchacha apenas si tocaba su comida, había estado así desde su pelea y se sentía un poco mal. Pero no podía regresar al mismo círculo vicioso, así que terminó y se retiró. Se fue a la terraza y se rebuscó en los bolsillos, ya no le quedaban cigarrillos y menos, dinero. Suspiró fastidiado.

–¿Sabías que para explicar el invierno, los griegos decían que Hades secuestró a la hija de otra diosa... no me acuerdo su nombre ahora? Para solucionar el problema Zeus ordenó que Hades y la madre de la joven se turnaran para compartirla. Cuando ella no estaba, Hades hacía aparecer al terrible invierno para demostrar su dolor. Así era la historia, de lo que me acuerdo.

Siempre que uno de los dos tenía un mal momento, se escapaban por la escalera de emergencia e iban a la terraza. No fue difícil para ella encontrarle.

–¿De dónde sacaste esa información?

–Del internet– respondió, como siempre, la jovencita.

–¿Cómo haces para retener toda esa información, pero nunca estudias para tus exámenes?– preguntó él con genuina curiosidad.

–No lo sé.

Se quedaron callados por un rato. Él sintió la primera gota caer en su nariz. Iba a llover otra vez, había estado así toda la semana. Era un tanto deprimente.

–Ten– la chica le entregó una pequeña cadenita y él le miró extrañado.

–Es la única cosa que es mía desde siempre. La llevaba puesta cuando me abandonaron en este lugar. Antes me importaba mucho, pero ahora no me dice nada.

–¿Por qué me la das?– quiso saber el adolescente, notando como sus esperanzas volvían a renacer.

–Es, como una despedida. Yo, yo ni siquiera estoy segura de que me gustes. Pero estos días en los que no has querido estar conmigo, no sé, supongo que es extraño ya no tener a esa persona que nos interesa. Es frustrante. No creo que sea amor, pero no sé lo que es.

–¿Estás terminando algo que nunca empezó?

–Creo que sí– respondió ella y se fue.

La madre Génova fue donde el muchacho y le preguntó si sabía dónde estaba su mejor amiga. Había dejado una nota extraña en su computadora y no había asistido a clase. El joven supo enseguida que debía buscarla. Subió con prisa por la escalera de incendios y se asomó a la terraza. Efectivamente estaba ahí, parada al borde del edificio en medio de la lluvia, dándole la espalda a la vista, indecisa entre lanzarse o no.

Cuando lo vio, se sintió cobarde y llena de amargura. Deseaba que la encontraran muerta, no que la salvaran. Pero él se adelantó a sus agallas de dejarse caer.

–Yo te quiero, y muchísimo. Por favor, no hagas tonterías–. El muchacho se acercó lentamente, preocupado de asustarla y que la chica cometiera una tontería.

–Lo sé– lloriqueó ella. –Supongo que es alguna extraña forma en la que mi mente intenta llamar tu atención.

–Ven, vamos abajo y conversemos–. Con la mano extendida, el adolescente siguió avanzando para llegar hasta ella sin presionarla demasiado.

–¿Qué haces?– gritó la madre Génova y el muchacho le hizo un gesto para que no armara un escándalo.

–No pasa nada, va a bajar, ¿verdad que sí?

La chica dudó, pero al final se dejó convencer. El borde de la terraza en el que se encontraba tenía decoraciones de baldosa. Al momento de dar un paso para bajar y llegar donde el joven

la esperaba ansioso, sus zapatos resbalaron por culpa de la lluvia. Sin poder evitarlo, su mal paso la hizo caer hacia atrás, al vacío.

El joven no pudo reaccionar ni al grito de la monja, ni a todo el escándalo que se armó en la parte de abajo del edificio. No podía creerse lo ocurrido, le parecía un sueño que su compañera de toda la vida ya no estuviera ahí. Era tan irreal.

–¡Acércate!– le gritó, como si ella pudiera escucharlo aún. La lluvia empeoró y él estaba completamente mojado. Escuchó cómo algunas de las madres lo llamaban mientras sonaban las escandalosas sirenas de las ambulancias. La lluvia seguía cayendo con fuerza y él no podía moverse. Estaba empapado, afectado por una tristeza aguda, una profunda e intensa mezcla de culpa... y alivio.

Observa con cuidado

Julián y yo hemos sido compañeros de cuarto desde hace casi dos años. El propietario de la casa nos conoció individualmente y me alquiló una habitación poco después de alquilarle a Julián la suya. Siempre me consideré una persona normal. Soy más bien alto y hago mucho ejercicio. Me comporto como cualquier otro muchacho de mi edad, no como mi nuevo compañero. Desde el primer día me resultó un poco extraño.

Los ojos de Julián sobresalían un poco y sus dientes estaban torcidos. Al principio sufrí a causa de nuestra convivencia. No es que mi compañero fuera un cerdo inmundo, pero era un tanto descuidado con su aspecto personal. Su vida social era escasa; cuando recién nos conocimos apenas si salía de su habitación. La mayor parte del tiempo se la pasaba jugando videojuegos o durmiendo.

Una vez le pregunté qué hacía con su vida y descubrí que no trabajaba ni estudiaba. Sus padres le ayudaban económicamente para pagar sus estudios, pero hacía dos semestres que no se matriculaba en ninguna asignatura en la universidad. Me hizo saber, con un poco de aprensión, que no podían enterarse de eso. Accedí a guardar el secreto, porque en realidad no era mi problema y no tenía el más mínimo interés en meterme en los asuntos de los demás.

Lo único que me importaba era que Julián continuara siendo un compañero tímido, silencioso y apartado. Era una maravilla: nunca se metía ni se quejaba de nada. Pagaba el alquiler puntualmente, ya que los montos eran depositados por su madre. Además, era discreto y confiable. Yo podía invitar a mi novia con mucha frecuencia a dormir y nunca fue un problema para Julián. El hombre jamás opinó o se molestó con eso.

Más bien mi novia, a pesar de que Julián se limitaba a saludarla y despedirse de ella, insistía de modo cargante en que su mirada era extraña y no le gustaba. Yo siempre le dije a Paulina que era una exagerada y una prejuiciada. Es verdad que Julián era diferente, pero no existía una verdadera razón para que ella se comportara de esa manera, siempre tan arisca y nunca agradable.

Yo me acostumbré a Julián pronto. No hacía ruido y era muy bueno guardando secretos. Especialmente cuando esos secretos involucraban a chicas. Jamás me delató a Paulina a pesar de que yo recibía, con más frecuencia de lo prudente, ciertas visitas nocturnas. Los hombres no entendemos que ese tipo de cosas nos acaban por causar, inevitablemente, serios problemas. Especialmente si una persona tan conflictiva como Paulina es tu pareja.

Conocí a una muchacha, Martina, quien por un tiempo durmió en el departamento varias veces. Eso no hubiera sido un problema para mí, si no hubiese sido porque empezó a visitarme exclusivamente para comer y ver la televisión. Por muy agradable que fuera compartir con ella ciertos placeres, yo me empecé a preocupar de que la muchacha creyera que estábamos en algún

tipo de relación. Eso solo me traería problemas sin fin, porque si Paulina se enterase de mis andanzas, con el genio que tiene, no sé de lo que sería capaz.

Mi compañero de cuarto comenzó a llevarse demasiado bien con Martina. Tanto, que mi instinto me hizo dudar. ¿Y si Julián me traiciona y se pone de su lado? ¿Será más leal con ella que conmigo? Siempre me han resultado extrañas sus actitudes. Jamás ha llevado a chicas a casa y, lo más raro, no parece interesado en las mujeres para nada. ¿Sería gay? ¿Había alguna forma de saberlo? Temía que lo fuera. Los amigos gays siempre se ponen del lado de las chicas y no de sus compañeros de cuarto.

Entonces, para evitar que Julián se pusiera del lado de Martina, yo debía impedir cualquier relación que los uniese. Sabía que terminar con ella era la mejor opción. No podía permitir que Martina volviera a nuestro departamento compartido. Pero debía ser cuidadoso para que ninguno de los dos descubriera mis intenciones.

–¿Fausto? ¿Estás ahí?

Martina estaba sentada a mi lado en el sofá, estaba hablando cuando se dio cuenta de que yo no la escuchaba

–¿Qué? ¿Dijiste algo?

–Digo que deberíamos ser más cuidadosos cuando lo hacemos– me sugirió la chica y me sorprendí.

–Yo... yo siempre uso condón– respondí asustado.

–¡Si serás tonto! No, bobo, me refiero a otra cosa. Siempre que salimos de tu cuarto, Julián está afuera. Creo que, probablemente, se escucha todo desde su habitación. Deberíamos ser más cuidadosos para no ponerlo incómodo. Creo que es tímido–. Martina se apoyó sobre mi hombro.

–¿Él te dijo algo?– quise saber de inmediato.

–No. No ha dicho nada, es amable. Supongo que solo quiero que todos estemos cómodos.

Esa corta conversación fue suficiente. La intención de mejorar la situación, en realidad solo la empeoró. Su preocupación por mi compañero de cuarto y la familiaridad con la que empezó a frecuentarlo eran las señales claves. Debía deshacerme de ella.

Pensé que había encontrado el momento adecuado un día en el que tuvimos la oportunidad de quedarnos solos en el departamento, pero todo terminó en drama. Martina se puso a llorar y me dijo que no podía creer que la tratara como una niña tonta, cuando ella era lo suficientemente adulta para darse cuenta de lo que pasaba y aceptar una relación, incluso si era la única persona que salía perdiendo. Intenté justificar mi decisión, pero solo conseguí enterarme de que mi amante conocía la existencia de mi novia. Me acusó de pensar que ella era una tonta y me repitió varias veces que jamás esperó nada de mi parte y que nunca se comportó de manera exigente o armó un escándalo, incluso cuando tuvo la oportunidad. Me recriminó el no respetar nuestra buena amistad.

Era verdad, pero no encontré una mejor manera de hacerle entender que se estaba metiendo a la fuerza en mi vida. Cuando finalmente se lo dije, en esos términos, Martina tomó todas sus

cosas y me hizo saber que era el tipo más egoísta que había conocido, incluso si había salido con otros tantos idiotas.

En medio de la pelea, Julián regresó. Abrió la puerta cuando Martina hablaba y se nos quedó mirando. Tenía con él una gran caja de comida, seguramente para compartir. Al verlo, Martina decidió marcharse, no sin antes gritar “hasta nunca”. Mi compañero de cuarto estaba sorprendido. Tuve que explicarle mi versión de los hechos, no quería pasar como el villano de la historia, especialmente porque ellos eran amigos. Cuando terminé de hablar me miró por un instante, se veía un poco contrariado por la situación y luego me dijo: –Es una lástima: era mi favorita.

¿Los gays también pueden tener una chica favorita? Supongo que sí. No sería nada raro que fuera su amiga favorita, ya que no tenía muchas. Con Martina, Julián se abría y conversaba, dejaba que le aconsejara sobre su futuro y ella se prestaba para ser su compañera de videojuegos con frecuencia. Siempre lo pasábamos muy bien los tres juntos. Era tan diferente cuando Martina llegaba.

La idea se quedó atorada en mi mente y esa noche no pude dormir. Sin poder evitarlo, empecé a comparar a Martina con mi novia. ¿Era ella la mejor opción para mí? Me arrepentí de haber terminado todo sin pensarlo mucho. Debí analizar mejor la situación antes de escoger. Por mucho que Paulina haya sido, durante tanto tiempo, mi novia oficial... tal vez no era la mejor opción.

Si lo consideraba, Martina sabía cocinar, era inteligente, divertida y una maravillosa consejera, no por nada estudiaba psicología. Era además una buena estudiante. Yo disfrutaba mucho más mi tiempo con ella que con otras personas, tal vez por eso la seguí viendo, a diferencia de a mis conquistas de una sola noche. No estábamos juntos solo por el sexo, era también porque me sentía cómodo con ella cerca. Era tan diferente a Paulina. ¡Qué tontería! Hasta sus nombres rimaban y eran fáciles de confundir. Me gustaba más como sonaba “Martina”.

Lo había arruinado. La prueba definitiva de mi error era que no podía dormir. A mí nada me quitaba el sueño, ni las tareas pendientes ni cuando me faltaba dinero. Mi sueño siempre ha sido muy pesado, pero en ese momento no podía cerrar los ojos. ¿Tenía arreglo mi error? ¿Debía terminar mi noviazgo con Paulina? ¿Debía hablar con Martina primero? ¡Qué confusión! Tal vez, hablar antes con ambas. Podía ofrecerle a Martina una disculpa y prometer romper con mi novia. Si aceptaba, rompería con Paulina, si no...no. Pero la oferta sería hacerlo de todas formas, y así eso nos daría un camino para estar juntos. Podía contarle que me di cuenta que ella era la correcta. En todos los sentidos: físicamente, su personalidad, el sexo. ¡Dios, el sexo! Era maravillosa, casi podía escuchar sus gemidos.

Un momento.

¡Estaba escuchando sus gemidos!

Me levanté frenético, eran las tres de la mañana y ella no estaba aquí. ¿Cómo es que podía escucharla? La voz provenía del cuarto de al lado. ¿A eso se refería ese maldito infeliz de Julián al decir que era su favorita? ¿Esa zorra maldita se estaba vengando porque le pedí que no regresé? Los iba a matar, los iba a matar a ambos.

Abrí la puerta de la habitación, que no tenía llave, y me encontré con que estaba a oscuras. Apenas se podía distinguir el resplandor de la pantalla encendida de un celular y, con la cercanía, me di cuenta de que era el volumen del aparato lo que resonaba. Normalmente a esa hora yo estaba dormido y no era capaz de escuchar ni la alarma de mi propio teléfono.

Mi abrupta entrada al grito de “¡Qué demonios está pasando aquí!” sobresaltó a muerte a mi compañero, quien por el susto no pudo poner en pausa el video que estaba observando. Antes de que pudiera hacer algo al respecto, me abalancé sobre él y le quité el aparato. No fue difícil, lo tenía en su mano izquierda, porque la derecha estaba muy ocupada.

Solo quería asegurarme que no fuera Martina la del audio, pero lo que encontré fue mucho peor. Aquel espantoso tipo nos había grabado, ¡y se la estaba jalando mientras lo veía! ¡Qué asco!

–¿Nos usas como material pornográfico, maldito enfermo? ¿Cuál es tu problema? ¿De dónde demonios sacaste esto, cabrón? ¡Qué asco! ¡Enfermo hijo de puta!

–No me grites, por favor.

Julián se veía nervioso, un tanto cohibido. Por alguna razón, eso me molestó más aún.

–¿Que no te grite, pendejo? ¿Me dices que no te grite, tarado? No te voy a gritar, te voy a matar. ¡Imbécil!

–No... no me hagas daño...– suplicó y yo lancé su celular a la cama.

–Te voy a....

–Si me golpeas, lo publicaré– Soltó su amenaza y se cubrió con las mantas, alejándose lo más que pudo de mí.

–¿Qué dijiste? ¿Ahora me estás chantajeando? Marica, hijo de puta. A ver si puedes publicar algo si te arranco los dedos. También puedo destrozarte tu estúpido celular.

–Si me golpeas o rompes mis cosas, lo haré viral– amenazó el odioso tipo. –Y si me haces algo, les diré a todos que engañas a las chicas. Voy a decir que me pediste que lo grabara para ti.

–¡A ver quién te cree! ¡Este cabrón! No puedes hacer eso, idiota.

–¿A quién le van a creer las chicas? ¿Al infiel o a mí? Yo nunca hago nada malo, pero tú duermes con muchas chicas a la vez.

Hablaba en serio. Mi querido compañero estaba aterrado, pero sus amenazas eran reales. No me quiero imaginar lo que Paulina y su papá abogado harían si se enteraran que tenía un video sexual con otra mujer. Respiré un poco y caminé por la habitación. Tomé el celular que había dejado en la cama, y él se apegó más a la pared.

–Está bien, vamos a calmarnos. No voy a golpearte, lo prometo. Solo quiero...

–Tampoco puedes echarme– me interrumpió.

–De todas formas seré yo quien me vaya, maldito enfermo. ¡No puedo creer! ¡Qué hijo de...!

–No me insultes– su voz fue adquiriendo fuerza conforme vio que su amenaza me afectó. Debía conseguir que confiara en mí de nuevo.

–Bien, bien. No te voy a decir nada. El chantaje no es una buena arma, no puede durarte para siempre. Puedo borrar los vídeos. Lo haré y nos olvidaremos de esto. ¿Sí?

–Tengo respaldo en la nube... los vídeos están respaldados.

Escuchar su confesión me alteró. Lancé su celular y le cayó encima. Julián se sobresaltó, pero se recuperó enseguida y tomó su teléfono con ambas manos, como si lo quisiera proteger.

–¿Tienes más? ¡¿Cuál es tu maldito problema?!

–¡No me grites!

–¡Te grito si me da la gana! Y no me digas nada, que no sabes de lo que soy capaz en este momento.

–Yo solo quiero...

–¿Ahora tienes una exigencia?– solté una risa irónica, sin creérmelo. –¿Tienes idea que puedo denunciarte por grabar eso sin consentimiento? Es ilegal hacer porno con las personas sin su permiso. ¿Lo sabías? Puedo hacer que te pudras en la cárcel, mal nacido.

–Yo no hago porno– me explicó, sin demostrar el menor rastro de culpa. –Yo solo miro... esto es solo para mí. Tengo recuerdos de todo lo que veo. Tú traes a tantas chicas y te las llevas a tu cuarto... yo... yo solo quería ver.

–Eso es... asqueroso. ¡Qué asco! Eres un asco.

–No... me insultes por favor.

–No me digas que tú... grabaste a Paulina. ¿Lo hiciste también?– su mirada lo dijo todo

–Debes borrar eso, o se va a poner feo. Su padre nos va a matar. ¡Yo voy a matarte!

–Paulina no me interesa... quiero que traigas a Martina... ella me gusta... ella es mi... favorita.

Entonces lo recordé. Cada mirada extraña, cada vez que llegaba alguien y él deambulaba por ahí, encorvado y con los audífonos puestos. Y esos ojos... esos ojos aterradores que miraban siempre, que me están mirando ahora mismo.

Un buen final

Una persona está leyendo un libro de cuentos.
Cuando todos los relatos llegan a un desenlace,
hay algo que le produce curiosidad, hay algo que necesita comprender.

¿Qué tienen en común todos los textos?

Luego, llega al epílogo.

Piensa que ahí encontrará alguna explicación.
La nota final le cuenta que todas las historias, de alguna forma,
están relacionadas con una enfermedad mental.

Entonces la pregunta llega sola:

¿Ya las he identificado todas?

2. ¿Cómo llegué a esto?: Memoria Justificativa

Desde que comencé el máster, mi principal intención ha sido la de crear. Estaba muy entusiasmada con la idea de realizar estudios de cuarto nivel, y formarme en un ámbito cultural rico y diverso, haciendo algo que realmente disfruto. Fue muy gratificante para mí que la experiencia en Sevilla haya resultado tan enriquecedora, teniendo en cuenta lo duro que fue llegar desde Ecuador hasta España para estudiar. En realidad, podría hacer un relato muy entretenido sobre todos los altibajos de mi aventura desde la Cuenca ecuatoriana hasta la ciudad andaluza. Hubiese podido narrar el papeleo infinito que me vi obligada a enfrentar en mi burocrática tierra, seguir con el interesante viaje en primera clase (gracias al amor sincero del joven novio de mi vecina de vuelo) y, por último, la desagradable experiencia de ser estafada y tener que ir a juicio con el primer casero que tuve al intentar instalarme. Fue un episodio muy duro de vivir, pero supongo que entretenido para contar.

Justamente esta experiencia me motivó a aprovechar la oportunidad para convertir la escritura creativa en una profesión y dejar de lado a la escritora de portales web; volverme alguien que pueda crear un libro de relatos digno de un trabajo final de máster, de una publicación, de futuros estudios en la misma línea.

De Mente: cuentos desequilibrados es un proyecto que nació con un objetivo claro. Me senté a escribir cada relato con la firme intención de presentarlos en conjunto para el trabajo final. No fue un proyecto que estuviera esperando una oportunidad en mi carpeta de pendientes; fue un reto que me propuse y que completé. Afortunadamente, para mí, me fui encariñando con cada historia durante el proceso y los relatos me acompañaron durante todos los meses que me tomó completarlos. Estuvieron conmigo en mi casa, en mi día a día y también en mis viajes, porque me acompañaron en los trenes de una ciudad a otra y me obligaron a escribirlos en papel, algo que no acostumbro, solo por la necesidad de no perder las ideas que a veces llegaban repentinamente a mí. También las historias me acompañaron en mis conversaciones personales: hablé de ellas con mi familia, con mis amigos, con mis compañeros. Pregunté si resultaban interesantes o sorprendentes para los potenciales lectores, ya que tocan en conjunto un tema muy delicado: las enfermedades mentales.

Las razones por las que escogí un tema tan controvertido serán explicadas en detalle en varios apartados, pero puedo hacer un pequeño adelanto al dar a conocer que ciertos trastornos en el comportamiento humano siempre han sido de mucho interés para mí, especialmente los que involucran relaciones sociales. Justamente el primer proyecto, que originalmente iba a ser presentado como trabajo final, se enfocaba en un personaje con bipolaridad. La extensa bibliografía obtenida en ese primer intento y mi interés personal en ampliar ese conocimiento, fueron algunas

de las muchas causas por las que me incliné por una temática tan particular. Fue entonces, con la idea formándose en mi mente, que las historias comenzaron a perseguirme.

2.1 Las historias me persiguen: punto de partida de la creación

Cada escritor tiene sus maneras y sus manías al momento de crear. Existen autores a los que les resulta muy difícil encontrar una historia que les interese, mientras que a otros eso es lo primero que se les viene a la mente. Hay otros que pelean con su propia imaginación, con la forma de escribir o con la dificultad del manejo de la lengua; a veces incluso hay algunos que deben lidiar con la creatividad para crear las tramas.

En mi caso, puedo decir que tengo una relación de amor odio con mis ideas. Me resulta muy fácil concebir una historia; porque cada lugar, cada persona con la que hablo o que pasa caminando a mi lado puede convertirse en un relato, incluso si yo no deseo que pase. Las aventuras de mis personajes llegan a mi mente y se quedan ahí hasta que son escritas y olvidadas. Se podría decir que es muy beneficioso –si estoy dentro de un proceso creativo– pero emocionalmente es abrumador.

Los personajes, las situaciones, los hechos ficticios están conmigo hasta que soy capaz de transformarlos en palabras y luego en cuentos. Cada pequeño detalle cotidiano es capaz de encender algo en mi mente que me hace continuar con un relato, darle un final inesperado a otro o directamente me lleva a empezar el siguiente. Con el tiempo, la persecución pasó de ser un divertido hobby a una obligación, para poder quedarme tranquila; porque las historias que no son tomadas en cuenta amenazan con perderse para siempre y el solo hecho de dejar el rastro de lo que pudo ser y no fue es algo que me pone realmente ansiosa. Tal vez yo también soy víctima de algún padecimiento mental, aunque prefiero creer que es la mera costumbre.

Desde muy pequeña, mi papá me contaba y o me pedía que le contara historias originales, creadas en ese mismo momento. Ese juego se convirtió en una costumbre y la costumbre en un ejercicio mental con el que me enseñó a formar mi criterio con ayuda de pequeños juegos de situación que me daba de acuerdo al tema que estuviéramos tratando. Aprendí a fijarme, entender y analizar el lenguaje corporal de las personas al convertirlas en personajes.

Mis primeras historias eran muy precarias, escritas con un vocabulario no muy extenso, una sintaxis pobre y una gramática que dejaba mucho que desear, por no hablar de las tramas llenas de clichés y sin un argumento lógico. Debo decir que en realidad usaba la escritura como un desfogue para expulsar de mí ciertas frustraciones y proyectar los deseos de una niña que se estaba convirtiendo en una adolescente. No conservo esas historias, probablemente siguen guardadas en el disco duro de alguna computadora vieja. Pero las menciono porque son importantes, constituyen el inicio de lo que se convertiría en un gusto y posteriormente en una profesión.

Afortunadamente, mis siguientes intentos de creación literaria estuvieron mejor. A causa

de la presión, impulso y guía de un profesor de literatura del colegio, adquirí el gusto por la escritura académica. Se nos encargó muchos ensayos, proyectos, discursos y presentaciones con fines didácticos que me entrenaron en la redacción y estilo, pero seguía sin ser suficiente para cimentar una carrera literaria. Mi maestro quiso que me uniera al club de literatura, pero no lo hice porque el grupo se dedicaba a la poesía. Yo le tengo mucho respeto a mis incapacidades y escribir poesía es una de ellas. Nunca me sentí cómoda con el género, siempre me incliné muchísimo más por la narrativa: los relatos y las novelas, pero mis creaciones seguían siendo muy pobres.

Cuando entré en la carrera de filología inglesa, mis prioridades cambiaron, al igual que el idioma. La mayor parte de mis producciones estaban hechas en inglés y, durante cuatro años, le entregué mi interés principal a la escritura académica en otro idioma, dejando la creación a un lado. De todas formas, la persecución de las ideas no cesó y muchos de mis trabajos fueron creativos, al menos en las clases en las que se daba una cierta libertad de inventiva.

La razón por la que volví a escribir fue el resultado de muchas coincidencias. Después de leer en internet un blog sobre un tema de interés que compartía con mi prima, nos sentimos muy frustradas con una historia que habíamos estado siguiendo por varias semanas. Puedo decir que disfrutamos mucho del argumento, pero queríamos más. Entonces, motivada por resolver la decepción que nos había dado la autora, decidí hacer mi propia historia. Abrí, entonces, una cuenta en el portal web Wattpad y empecé a publicar capítulos semanales con ayuda de mi prima, cumpliendo con todas las expectativas que fueron cruelmente (o tal vez solo inadvertidamente) desechadas por la otra autora. Sin que yo me la hubiera podido imaginar, mi improvisada obra tuvo muchísima popularidad entre las lectoras y empezaron a pedirme que continuara. Cuando me di cuenta, habían pasado cuatro años, tenía miles de seguidoras en el portal y me había decidido a ser escritora profesional.

Pero debo decir que entrar al máster ha cambiando por completo mi perspectiva. Durante mucho tiempo estuve escribiendo exclusivamente para complacer a lectoras que no exigían mucho de mí, sino que cumpliera con las cosas que ellas esperaban. Empecé a encasillarme en tramas predecibles, exageradas y poco realistas. Me limité a darles a mis fanáticas lo que querían, en vez de establecerme retos que me hicieran mejorar como escritora. Jamás negaría lo agradecida que estoy con el apoyo incondicional y la seguridad que me transmitieron mis seguidores durante todo el proceso de publicación de mis obras; probablemente no me hubiera atrevido a buscar un futuro en la literatura si no hubiera sido por los constantes mensajes de mis lectoras, uso el femenino porque son en su inmensa mayoría mujeres, y es gracias a eso que me estoy formando en esta carrera, pero seguía sin ser suficiente.

He decidido que quiero dar el segundo paso, que no quiero mantenerme escribiendo historias para jovencitas con un vocabulario estereotipado, con argumentos repetidos hasta el cansancio y sin ningún tipo de técnica literaria. Es por eso que escogí realizar relatos que tengan un

hilo conductor y una complejidad superior en todos los sentidos y que representen un reto para mí y para mis nuevos lectores, personas con exigencias y expectativas mucho más amplias con respecto a mí misma y a mis obras.

En medio de todo ese aprendizaje, retomé una idea que tenía desde hace tiempo sobre un joven con bipolaridad que pasaba por varios momentos muy importantes en su vida. Trabajé durante mucho tiempo mientras cursaba mis clases, pero al momento de revisarlo con mi tutora, nos dimos cuenta que esa historia todavía tenía los rasgos de la escritora complaciente e inmadura que ya no quiero ser. Entonces, incluso si trabajaba contrarreloj, me propuse crear algo que significara un verdadero desafío. Pensé entonces en la novela histórica sobre un personaje llamado Dr. Barry y, aunque todavía está en mis planes, era un proyecto que, con la cantidad de tiempo del que disponía, no hubiese tenido buenos resultados porque exige demasiada investigación previa al tratarse de un personaje histórico real.

Revisando mi bibliografía, me encontré todo lo que había estado acumulando para el primer intento de TFM, especialmente mis libros de psicología y psiquiatría. Por puro gusto empecé a leerlos y se me ocurrió que podía utilizar temas relacionados con la mente de las personas. Una tras otra, aparecieron las enfermedades que me interesaba tratar en mis cuentos e hice una pequeña lista. Tenía varias, cuando una canción sobre las flores de cerezos empezó a sonar y yo comencé a escribir. Después, con mi lista, tomé en cuenta los síntomas de cada enfermedad y esas fueron las pautas para la formación de los protagonistas. Poco a poco se fueron formando las situaciones, los personajes y las anécdotas que se convirtieron en los catorce relatos que forman la obra *De Mente: cuentos desequilibrados*.

2.2 Objetivos

El principal objetivo de este proyecto es la creación de un libro de relatos que refleje la condición humana en sus diferentes manifestaciones, poniendo en práctica las experiencias personales, la investigación y todo lo aprendido durante el Máster de Escritura Creativa; haciendo, igualmente, un uso del lenguaje tanto de forma académica como artística.

Mi idea es cambiar la perspectiva que las personas tienen sobre las enfermedades mentales, asimilando y comprendiendo el punto de vista de las personas que las padecen, mostrando que no se debe condenar ni embellecer un padecimiento mental. Con condenar, me refiero a que muchas de estas afecciones son vistas como incompatibles con la vida normal, cuando en realidad con un tratamiento adecuado o la suficiente estabilidad emocional pueden ser perfectamente sobrellevadas; y con embellecerlas, me refiero a intentar normalizarlas de manera negativa, quitándoles su seriedad al usar términos como “depresión” o “bipolaridad” para tristeza o cambios de humor leves o, peor aún, considerar que tener uno de estos trastornos es algo bueno o interesante. Sin entrar en temas éticos o morales, los relatos tienen como objetivo ilustrar la convivencia de estas afecciones en nuestro día a día y cómo también pueden convertirse en protagonistas de una

historia.

En resumen, mis objetivos serán los siguientes:

–Crear un libro de relatos que muestren las experiencias personales, la investigación y lo aprendido durante el Máster de Escritura Creativa, haciendo igualmente un uso del lenguaje tanto de forma académica como artística.

–Investigar, estudiar y comprender diferentes estilos literarios, autores y corrientes que han influido en mi proceso creativo.

–Reflejar las diferentes perspectivas de la condición humana a través de historias que involucren enfermedades mentales.

–Dar una nueva imagen a las ideas negativas que tiene la sociedad con respecto a los trastornos como condiciones médicas.

2.3 ¿Cómo organicé este enredo?: Estructura de la composición

Mencioné previamente que mi primer intento fue el de escribir una novela, pero el estilo y el tema no encajaron bien con los propósitos de este máster, así que finalmente me decidí por los relatos y me inspiré en mi primer intento utilizando bibliografía de psicología y psiquiatría que ya había consultado y leído con anterioridad. También he dicho que el afán de los relatos no es el estudio de los casos psiquiátricos desde una perspectiva científica, sino intentar entender cómo esas personas se adaptan a la sociedad y viven situaciones extraordinarias debido a sus condiciones. Me interesa mucho entender su visión del mundo, desde una perspectiva condicionada por enfermedades y síndromes que los sacan de lo cotidiano. Y es justamente lo que quiero con este libro de relatos: enfocar el mundo desde diferentes puntos, contar historias realistas donde las personas que no viven en lo que se concibe como “la normalidad”, muestren lo que significa luchar cada día contra los demonios de su mente.

Después de encontrar ese hilo tan interesante que vinculara todos los relatos, sin tener la necesidad de crear una trama compleja en la que todos estuvieran relacionados de alguna manera, escogí las enfermedades mentales que más me han llamado la atención. No solo por un interés académico o la posible empatía que pueda sentir, sino por la complejidad de sus síntomas y cómo no somos capaces de identificar que hay personas con padecimientos que de muchas maneras se relacionan con nosotros.

He organizado el libro en catorce cuentos y un pequeño epílogo; el orden que les he dado no tiene una razón de ser más que la de respetar el orden de la creación. Con el afán de hacer a los textos lo más verosímiles posibles, los personajes tienen las características propias de los síntomas de su enfermedad y sus actos se adaptan a los ambientes y situaciones a los que están expuestos, tal como lo harían los pacientes reales.

Para ilustrar esa idea, daré algunos ejemplos relacionados con los relatos y los diferentes

trastornos que representan. “Donde hubo fuego, cenizas quedan” hace alusión a un bombero con piromanía. El lector se pregunta: ¿es eso posible? Según el psiquiatra Pedro Moreno Gea, los pirómanos pueden admirar o buscar profesiones que los acerquen al fuego o que les permitan contemplar sus consecuencias. En el estudio que hizo con más de mil personas, el 9% de los individuos eran bomberos voluntarios (Moreno, 1994:53). Por lo tanto, en “Donde hubo fuego, cenizas quedan” está perfectamente justificado que el protagonista haya optado por dicha carrera.

En el caso de las enfermedades relacionadas con los trastornos alimenticios en “Malestares matutinos”, me informé que estadísticamente es mucho más probable que lo sufra una mujer, como bien lo demuestra el Centro de Información y Referencia sobre Desórdenes Alimenticios de los Estados Unidos donde señala que de los casi diez millones de personas que padecen un trastorno de este tipo, el 90%, son mujeres (Guadarrama y Mendoza, 2011:127), lo que me hizo inclinarme por una protagonista en esa ocasión. Lo mismo sucedió con el autismo. “Umbral” tiene como protagonista a Felipe Andrés. Escogí a un muchacho porque los hombres tienen una tendencia entre cuatro y cinco veces mayor de nacer con esta condición que las mujeres. (López y Cajal, 2010: 27).

He intentado mantener mi propio estilo, tomando en cuenta que esa intención de originalidad no significa, en lo más mínimo, que no existan grandes influencias y estilos que me ayudaron a crear mi obra. Todo lo contrario, fue por medio del aprendizaje, de la guía y de la admiración a valiosos autores que logré encauzar mi trabajo.

2.4 Los grandes maestros: las técnicas y estilos ensayados

Retomando el tema, en este punto voy a hacer un pequeño análisis de cada uno de los relatos, cómo están unidos, y las influencias que he tenido para el estilo de escritura y las motivaciones para la creación individual de las obras.

2.4.1 La línea de unión

Ya he mencionado, para poder explicar cómo creé estos cuentos, que existe un hilo conductor que relaciona todos los relatos. Todos son independientes en su espacio, en su tiempo y en su trama, pero al mismo tiempo están unidos por el tema: representar una enfermedad mental. Son catorce enfermedades mentales: “La flor del cerezo”, toca el tema del Alzheimer; una demencia que provoca déficit cognoscitivo. “El cielo es azul”, ilustra el insomnio; un síntoma típico de otros trastornos que puede ser una enfermedad por sí misma en algunos casos como trastornos del sueño. “Quédate conmigo” caracteriza al síndrome de Lima; que lleva a la persona que lo padece a supuestamente enamorarse de la persona a la que ha secuestrado. “Mi casa es tu casa” simboliza el Trastorno Obsesivo Compulsivo o TOC; uno de los tantos tipos de ansiedad que lleva a la persona a actuar sin poder controlarse. “Malestares matutinos” figura la bulimia nerviosa; una de las enfer-

medades de mala conducta alimentaria negativa más frecuentes. “Levantarse con el pie izquierdo” encarna el fetichismo; como un representante de las enfermedades de carácter sexual. “Pequeños detalles” expone la cleptomanía; enfermedad que consiste en el fallo del control de los impulsos al igual que “Donde hubo fuego, cenizas quedan” donde se reproduce la piromanía. “Alguien me llama” personifica la esquizofrenia; un trastorno psicótico, en este caso con episodios paranoides. “Umbral” ejemplifica el autismo; entre las enfermedades que se originan y diagnostican en la infancia. “Las penurias del tío Pedro” representa a una persona con hipocondría. “Partidaria” escenifica la adicción y/o dependencia a las drogas; en el caso particular del personaje, a las sustancias legales. “Si la lluvia cae” alude a la depresión como trastorno por sí mismo y no como síntoma; y, finalmente, “Observa con cuidado” se refiere al voyeurismo, como una parafilia. Todas enfermedades fueron estudiadas y consultadas en varios textos, pero esencialmente en el *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* (Pinchot, López y Valdés. 1995).

2.4.2 Narradores

La narración de la historia, quién la cuenta y cómo la cuenta, es una de las características más importantes de los relatos, puesto que narrar es “una habilidad semiótica humana general que ha estado presente en todos los pueblos y en todas las culturas” (Reyes, 2003:96). La importancia de contar cosas, entonces, ha estado presente desde la invención del lenguaje por parte de nuestros más antiguos antepasados. Pero ejercer esa habilidad, que está en todos nosotros, de una manera artística, es completamente diferente. Es necesario que el escritor pueda crear una historia donde se presenten situaciones extraordinarias, interesantes, ficticias y artificiales, como algo completamente natural, fluido, casi cotidiano. Ahí está el secreto, en mi opinión, de un buen narrador.

Francisco Álamo Felices da una muy detallada y organizada explicación acerca de los conceptos básicos sobre narratología, que cualquier escritor debería tener. Primero, empieza con una diferenciación entre autor y narrador. En sus palabras, el autor es “una persona física, siempre en virtud de la actividad que desarrolla” (2013: 361) mientras que el narrador es “un hablante o locutor, siendo aquél, por tanto, el sujeto de la enunciación” (2013:361).

Eduardo Serrano Orejuela también aporta a esta visión, diciendo que “el narrador informa al narratario, a todo lo largo de los del relato, de principio a fin, sobre lo que los actores hacen y les sucede en el marco espacio-temporal de la diégesis, y sobre los pensamientos, emociones y valoraciones de dichos actos y sucesos” (2017:55).

Partiendo de estas ideas, varios autores clasifican los tipos de narradores según la diégesis, definiendo ésta como las “acciones y eventos en un contexto espacio-temporal” (Serrano, 2017: 54) o simplemente como el desarrollo narrativo de los hechos. Muchos autores utilizan estos conceptos para delimitar la narrativa de una obra, como es el caso de García Landa, que basa todo su análisis en la tipología creada por Genette. Este trabajo, sin embargo, seguirá la línea establecida por Álamo Felices, que distingue tres tipos de narrador y tres tipos de relato, los mismos que serán utilizados para el análisis de cada relato.

Tomaremos en cuenta al narrador autodiegético como aquel que “interviene en la historia que cuenta como personaje central, como sujeto protagonista” (Álamo, 2013:366) o en términos de García Landa, “protagonista de la acción en la cual aparece” (García, 1998:309). Por su parte, heterodiegético es “aquel que narra una historia a la que es actoralmente ajeno, dado que no interviene en la diégesis” (Álamo, 2013: 367). Y, finalmente, el narrador homodiegético es “aquel que interviene en la propia historia relatada, pero no como personaje principal, sino como actor secundario o mero testigo u observador” (Álamo, 2013: 368). También, como expresa García Landa, “en la narración homodiegética, la distancia entre narrador y personaje no desaparece, si bien su sentido se modifica al ser dos fases distintas de una identidad. Narrador y personaje son un mismo sujeto” (García, 1998: 311).

Es importante también ubicar los relatos en una focalización, entendida ésta como “un procedimiento de regulación de la información narrativa que un relato puede tener o no tener” (Serrano, 2017: 59).

Ya con estos conceptos entendidos, podemos usar la clasificación de Álamo Felices. Este autor habla de diferentes tipos de relato. El “no focalizado”, por ejemplo, es aquel “en el que el narrador no tenga restricción alguna en cuanto a la información o a su disposición” (Álamo, 2013: 370). García Landa sostiene que está justificado escoger este tipo de discurso si “la selección, ordenación o representación de acontecimientos no es relacionable con ningún proceso cognoscitivo interior de la misma acción, pero sí son asumidas explícitamente por el narrador” (García, 1998:131). En otras palabras, un narrador externo omnisciente que no sea un personaje, sino que conozca todo desde una perspectiva amplia y objetiva.

Le sigue el relato focalizado externamente, el cual tiene “objetividad autoral que marca unas determinadas narraciones construidas por la presentación directa de los acontecimientos y actores o, sin más, rehuyendo cualquier marca explícita del autor implícito” (Álamo, 2013: 372), algo parecido a una cámara, que simplemente es capaz de captar lo que ve, pero no va más allá. Y por último, un recurso que utilicé mucho en este libro, el relato focalizado internamente, o “relato autobiográfico que puede observarse en el monólogo interior o el estilo indirecto libre que refleja con gran fidelidad los conflictos internos de los personajes” (Álamo, 2013: 373).

Una vez establecidos estos conceptos podemos revisar los cuentos incluidos en este libro. Al ser todos independientes, utilizarán un relator que cubra las necesidades presentadas en cada situación, trama o personajes. Con pequeños ejemplos, daré a conocer el porqué de mi elección de narrador y tipo de relato.

Comenzaré con las historias cuyo narrador es el personaje principal. García Landa sugiere que, según la tipología establecida por Genette, toda narración que esté fuera del relato se considere como extradiegética, mientras toda la que esté dentro de éste sería intradiegética (García, 1998: 84). Todo esto si se toma en cuenta exclusivamente al narrador, aunque también insiste en la gran variedad de opciones que pueden representar a un narrador, los diferentes niveles narrativos, la relación entre el narrador y el autor textual, la ficción o realidad del narrador.

En el caso de mis relatos, uso muchísimo al narrador protagonista, autodiegético, desde un foco interno. Es decir, un protagonista que cuenta desde su interior todas las emociones, conflictos

e ideas que transcurren en su mente. Mi objetivo principal es dar a conocer la realidad a través de los ojos de una persona afectada por un trastorno mental, y qué mejor forma de hacerlo que relatar la historia con la voz de quien la experimenta.

Es así como empiezo con el primer relato del libro, “La flor de cerezo”. Aquí, una mujer habla sobre sus recuerdos, pero va perdiendo, a medida que avanza la historia, su capacidad de recordar, ordenar sus ideas y ubicarse temporalmente. Se puede ver claramente cuando dice: “¿Dónde están? Había alguien aquí, que yo buscaba. ¿Qué es esto? Me gusta, me gusta mucho. ¿Cómo se llama lo que viene después del invierno? No sé, pero es mi favorito, mi favorito de todos. ¿Dónde?” (pág. 9). Ya que un narrador externo omnisciente tendría que describir la confusión, en vez de recrearla, considero que eso provocaría que la situación pierda por completo su fuerza y capacidad de crear empatía con el personaje.

Otro ejemplo es “Quédate conmigo”. El personaje principal relata al principio su vida de manera subjetiva, con la intención de que el lector sienta empatía e incluso angustia por las trágicas situaciones que le ha tocado enfrentar. Todo esto tiene la intención de conmocionar al lector con el descubrimiento de la verdadera víctima de la historia: la muchacha secuestrada. Porque, incluso si el hombre está enfermo, no se justifican en modo alguno sus acciones.

Todos los relatos con este enfoque tienen la intención de que los lectores se pongan en los zapatos del protagonista para que el entendimiento del texto sea tal que exista un acercamiento emocional al lector. En “Malestares matutinos”, los pensamientos de la protagonista no nos permiten saber si el conflicto es por culpa de un trastorno de alimentación o un embarazo complicado. La trama continúa así durante todo el avance del relato hasta que, durante la conversación final con el personaje de la madre, el lector puede darse cuenta de que está experimentando ambas situaciones al mismo tiempo. Nunca se nombra el trastorno, solo se dan pistas como cuando la madre simplemente dice “Patricia, tenemos que ir al médico, pensé que el bebé y el tiempo te harían mejorar, pero al parecer no.” (pág. 40) y concluye con “Porque estás muy, muy enferma”. Esto confirma tanto el embarazo, como la bulimia. Sin un narrador protagonista, la información final debería ser dicha mucho antes, pero ya que el relato tiene como objetivo asombrar, es preferible optar por el monólogo interno.

Considero que, mientras el mensaje llegue y pueda ser comprendido, existe una flexibilidad un poco más amplia en el momento de contar las historias. “Mi casa es tu casa” da la impresión, en un inicio, de tratarse de un narrador omnisciente, pero tras los pequeños diálogos que aparecen y la conversación final, nos damos cuenta de que es el protagonista quien está contando la historia y todo cobra sentido. Todo lo narrado se presenta en forma de monólogo interno focalizado en un protagonista con una mente alterada por un trastorno obsesivo compulsivo. Toda esa visión del mundo expuesta, no es nada más que la necesidad del personaje de calmar la ansiedad que le causa un orden diferente al que él ha establecido como “correcto”. En la última línea, cuando el personaje da su opinión de “Tu corbata está torcida” (pág. 33) es fácil identificar la coda, o “cláusula que indica que la narración ha terminado” (Reyes, 2003:112).

La intervención de las emociones y vivencias del protagonista dentro de sí mismo, pueden ser muy significativas en el momento de narrar, por ejemplo Reyes indica que existe una descrip-

ción denominada “narración de experiencias personales pasadas” (Reyes, 2003:113). Aquí, el personaje cuenta una secuencia en el orden en el que sucedieron, como es el caso de “Pequeños detalles”, donde un muchacho que sufre de cleptomanía explica su día y todas las cosas que le han llamado la atención durante sus visitas a casas ajenas. El detalle de los objetos es importantísimo porque, cuando llega a casa, el protagonista recuerda al lector los lugares donde ha estado y un elemento sustraído de cada uno como la piedra, el separador de libros o la bandera.

Este tipo de narrador y de foco también se evidencia en “Alguien me llama”. El narrador parece la voz de un personaje que estuviera en un mundo aparte, totalmente desvinculado de la realidad, dando tal vez la idea de tratarse de un relato fantástico, en el que realmente existe algún tipo de ente sobrenatural. Pero el ambiente no tiene otra intención más que la de intentar recrear la mente de un joven con esquizofrenia. Describirlo desde una perspectiva externa haría que se perdiera el entendimiento de la mente del personaje.

Ahora que hemos terminado con los protagonistas, podemos pasar a los relatos narrados desde el punto de vista homodiegético, o del narrador que es personaje, pero no el principal. Serrano opina que mientras la focalización sea interna, también puede tratarse de “el rol de un observador intradiegético, cuando es asumido por uno o varios actores de la historia” (Serrano, 2017:60). Pero en estos casos se trata más bien de un testigo, totalmente subjetivo, de todas las acciones que forman la trama de la historia. Todos estos relatos, están enfocados sin embargo desde el interior, porque quien observa da a conocer sus ideas y pensamientos.

Pasa, en “Observa con cuidado”. El protagonista no sufre del trastorno sino que convive, sin saberlo, con una persona que lo padece. Aquí, el narrador nos muestra una de las tantas formas en las que una persona puede reaccionar al convertirse, repentinamente, en una víctima del voyeurismo y el chantaje. La verdadera acción es la del compañero de cuarto, quien sufre de la enfermedad y quien hace cosas consideradas “extrañas” “enfermas” o “fuera de lo normal”. El mismo enfoque, pero de manera un tanto distinta se puede observar en “Los tormentos del tío Pedro”. El personaje cuenta, como mero observador, toda su experiencia con el verdadero protagonista: su tío. Debe experimentar lo que se siente vivir con un hombre que sufre de hipocondría y cómo logra mostrar una verdadera mejora, cuando aprende a canalizar todo su interés y energía en un pequeño cachorro.

Finalmente, pero no menos importante o interesante, está el famoso narrador externo, omnisciente, heterodiegético, o focalización cero, donde “el narrador puede referirse a las acciones, percepciones, pensamientos, afectos, valoraciones, de un actor, incluso cuando éste no es consciente de ellos, y luego a los otros actores, presentes en el mismo espacio-tiempo, sin someterse al filtro cognitivo de ninguno de ellos” (Serrano, 2017: 61). Se trata del narrador ajeno y que no se relaciona de ninguna forma con los personajes porque se encuentra fuera de la historia.

Uso este estilo cuando quiero que se expliquen detalles importantes que un personaje, en su calidad de ser humano, no puede explicar o, en el peor de los casos, entender. El narrador omnisciente, como su nombre lo indica, lo sabe todo. Puede describir los escenarios, conoce lo que todos los personajes piensan y sienten y no participa en la historia. Puede llegar a ser un observador objetivo, pero muchas veces puede convertirse en subjetivo si el autor así lo desea. Es muy

útil para crear ciertos efectos en la historia.

En el caso de “El cielo es azul” utilizo un narrador externo, porque si el personaje narrara los sucesos, se perdería el efecto sorpresa, ya que no es sino con el avance de la trama y el final de la historia, que el lector se entera de lo que sucede. Las pistas, como las horas marcadas y el diálogo final con el compañero de trabajo del personaje principal, son lo que nos da las pautas finales para descubrir cuál es el padecimiento.

La misma intención de focalización externa es visible en “Levantarse con el pie izquierdo”. Se intenta dar un punto de vista completamente objetivo, simplemente como un observador de los hechos. Al final, y gracias a esa perspectiva global del narrador, se puede saber, sin mencionarlo nunca, que el alcalde es en realidad un feticlista.

Es importante que ningún personaje sea capaz de entender lo que sucede al alcalde, hasta el punto de tacharlo de “diabólico”; todo esto debido a que el cuento se ubica en una época anterior a las teorías de Freud u otros de sus colegas con respecto a enfermedades mentales relacionadas con la sexualidad. A pesar de cumplir con todas las características propias del trastorno, no se lo puede incluir en ninguno de los diálogos u opiniones de otros personajes.

Cada situación es diferente. Por ejemplo en “Donde hubo fuego, cenizas quedan” usé también un narrador objetivo, para que nunca se puedan conocer las verdaderas intenciones e ideas de los personajes, especialmente del protagonista. La historia trata de un bombero ejemplar que resulta ser todo lo contrario de lo que representa. A pesar de ser un excelente estudiante, alabado por profesores y compañeros, sus acciones contradicen su discurso. Ningún personaje cuenta aquí sus experiencias, todo está dicho desde la voz de un narrador que no participa en la historia, ya que “la visión panorámica ofrecida por el narrador es calificada de objetiva precisamente porque impide la manifestación directa de la subjetividad de los personajes” (García, 1998:167).

En el momento de escribir, se debe tener en cuenta que “puede haber infinitas variedades de ‘narrador omnisciente’, y que sobre este punto hay que presentar especial atención a la diferencia entre voz y perspectiva” (García, 1998:203). Hay ocasiones en las que un narrador, supuestamente objetivo, puede tomar en cuenta no solo lo que ve, como es el caso del narrador cámara, sino también interpretar sentimientos y pensamientos de los personajes, llegando a ser estos muy reveladores. Como es el caso del final de “Si la lluvia cae” cuando el narrador dice “Estaba empapado, afectado por una tristeza aguda, una profunda mezcla intensa entre culpa... y alivio.” (pág.110). El personaje no hubiera aceptado o, peor aún, comprendido que esos eran sus verdaderos pensamientos, por eso es tan importante que sea un narrador externo quien los mencione.

De mente: cuentos desequilibrados tiene varios relatos a los que quiero hacer referencia, debido a que son diferentes a los demás. Primero, está “Umbral” donde, por primera vez en todo el libro, se tiene pleno conocimiento de la condición del paciente. La doctora dice “–Señora Nowak, su hijo tiene autismo.” (pág.80). No hay efecto sorpresa, no se juega con el entendimiento del lector, es más bien una narración relativamente parecida a la de *camera mode*, es decir “un relato puramente neutral, denotativo y objetivo, un relato de simples exterioridades” (García, 1998: 208). Hay dos razones principales para eso. La primera, porque considero que sería muy difícil describir

lo que pasa en la mente de una persona con autismo, ya que cada caso es diferente; y, la segunda, que la verdadera intención de este relato es entender no a la persona que padece la enfermedad, sino a quien la acompaña. Es la madre del chico quien sufre por la situación de su hijo, es ella quien realmente experimenta el cambio, el giro dramático: darse cuenta que dicha situación no es un limitante o un castigo divino, sino una condición que debe ser tratada de manera profesional recurriendo a un tratamiento médico.

“Partidaria” también se distingue del resto, porque predomina el diálogo en la larga conversación entre los dos personajes principales donde, cada cierto tiempo, interviene un narrador omnisciente que no tiene otro trabajo que el de ayudar a establecer ciertos detalles necesarios para ubicar al lector. Pero, en realidad, son el intercambio de puntos de vista y la posterior discusión que enfrenta a los personajes, los que consiguen que la historia avance para finalmente dar a conocer, en medio de la polémica sobre temas políticos y psicológicos, la adicción a las drogas de la protagonista.

Después de los catorce relatos, aparece “Un buen final” una pequeña nota a modo de epílogo dirigida por la autora a los lectores. Tiene el propósito de, en caso de que el lector no lo hubiera descubierto todavía, dar a conocer el hilo que une toda la obra, intentando ser sutil y, por qué no, empujar a los interesados a regresar a los textos y encontrar las pistas escondidas.

2.4.3 Tiempos

En este apartado haré un breve análisis del tiempo narrativo como “la secuencia de los acontecimientos, al igual que el de la acción” (García, 1998:139) con la que se construyen los relatos. Estudié varios enfoques para analizar el tiempo narrativo, como el cronológico, el discurso o el orden, ya que “la definición aristotélica de principio, medio y final es el punto de partida para una definición de orden narrativo” (García, 1998:141). Pero, tomando en cuenta varios aspectos, decidí separar los relatos en las categorías de tiempo establecidas por Álamo Felices: el relato ulterior, el anterior y el simultáneo.

El relato ulterior es aquel que está “construido en el pasado y se caracteriza por situar la instancia narrativa en una posición temporal de posteridad a los hechos de la historia que cuenta” (Álamo, 2013: 374). Es decir, todos los cuentos cuyo narrador utiliza el tiempo verbal en pasado para relatar la historia. Ése es el caso de: “Quédate conmigo”, que narra todos los aspectos de su vida para justificar sus acciones; “Levantarse con el pie izquierdo”, que además es el relato que está ubicado en la época más lejana a la actualidad; “Los tormentos del tío Pedro”, donde el narrador cuenta la enfermedad y el avance de la hipocondría de su familiar; “Partidaria” donde se relata las malas experiencias de una candidata a la alcaldía; y finalmente “Observa con cuidado”, que se centra en la vida de dos compañeros de cuarto. La instancia narrativa que señala Álamo es el narrador, al que denomina con varios nombres como “enunciador” o “instancia narrativa”. El relato ulterior es aquel cuyo narrador cuenta la historia en pasado. Es decir, la historia ha ocurrido en un momento anterior al relato del narrador.

El segundo tipo es el del relato anterior, aquel que está “construido normalmente en el

futuro o incluso reconducido al presente, pero generando siempre como un relato predictivo” (Álamo, 2013:374), como es el único caso de “Si la lluvia cae”, la historia de amor frustrada entre dos huérfanos. Esta historia tiene la peculiaridad de “predecir” lo que va a suceder, ya que se expone primero el final. Al igual que en *Crónica de una muerte anunciada* de Gabriel García Márquez, “una obra absolutamente original en la presentación de su trama argumental” (Camacho, 2006:52), es algo que se ve venir, ya que “desde un principio conocemos el desenlace de la conspiración” (Camacho, 2006:52). Si bien la situación es completamente diferente, el juego de anunciar al lector lo que va a pasar y sorprenderlo de todas maneras al final, me resultó muy interesante, especialmente desde el punto de vista temporal.

En tercer lugar, está el relato simultáneo, que se realiza desde “el presente contemporáneo a la acción, igualando la acción narrada y el acto de narrar” (Álamo, 2013:374). Es decir, cuando la acción de la trama sucede simultáneamente al relato del narrador. Esto ocurre mientras el narrador está relatando la historia. Tal es el caso de “Mi casa es tu casa”, que se desarrolla en un pequeño espacio temporal; “Pequeños detalles”, donde el protagonista narra su rutina; “Alguien me llama”, donde el personaje relata su supuesta experiencia paranormal; y “Umbral”, donde se puede ver la acción de todos los personajes al momento de una sesión psicológica.

Finalmente está el llamado relato intercalado, que Álamo define como “el más complejo, puesto que el momento de narrar se intercala entre los momentos temporales de la acción” y pone como ejemplo la obra de Haruki Murakami: 1Q84. (2013: 374). Aquí el narrador puede jugar saltando entre tiempo y tiempo. Ése es el uso de las anacronías, “invariablemente presentes, por ejemplo, en las narraciones de anécdotas centradas en algún misterio o sorpresa” (García, 1998:142). La mayor parte de los relatos que se presentan en esta obra buscan asombrar o confundir a los lectores gracias a la ayuda de la organización temporal de la historia.

Muchos recursos pueden ayudar a la creación literaria. Es el caso de la prolepsis, una anticipación narrativa “mediante la cual el narrador informa al narratario sobre acciones posteriores a las que ocurren en la coyuntura actual de la historia” (Serrano, 2017: 65). O también la analepsis que se usa, por ejemplo, en “Donde hubo fuego, cenizas quedan”, porque la historia comienza evocando una escena del pasado, que ayudará a comprender no solo las razones por las que el protagonista decide convertirse en bombero, sino el descubrimiento de su enfermedad a temprana edad. Esa escena se repite al final, con un poco más de detalle. De esta forma, la historia tendría una estructura muy distinta a la cronológica, ya que empieza por el inicio, continúa con el desarrollo y el final, y regresa al inicio, como un ciclo.

Los juegos temporales requieren de mucho cuidado para obtener un efecto deseado, especialmente si se quiere conseguir un final inesperado. Un buen ejemplo es “La flor de cerezo” porque, gracias a la enfermedad que representa, los saltos temporales entre presente y pasado ayudan al lector a comprender que algo malo le está pasando al narrador y que sus recuerdos son cada vez menos precisos. “La primavera es mi estación favorita. En la primavera pasaron muchas cosas importantes, pero en la primavera también falleciste en ese accidente. Estabas recién llegado... tres semanas en tu nuevo trabajo” (pag.11). Es con ese avance desorganizado que se logra

representar la pérdida cognoscitiva de la protagonista.

En el caso de “Mi casa es tu casa” no hay una verdadera continuidad o avance temporal de la historia. Todo el relato transcurre en poco tiempo, ya que se trata de una conversación de pocos minutos. En ese tiempo, el protagonista tiene diferentes estímulos que le llevan a pensar diferentes cosas. Es por eso que en el caso de este cuento no podemos hablar de saltos temporales, de pasajes o de un orden cronológico.

2.4.4 Espacios

El principal trabajo del narrador es informar al lector “de principio a fin, sobre lo que los actores hacen y les sucede en el marco espacio temporal” (Serrano, 2017:55). Es necesario conocer el espacio físico, es decir, el escenario donde se desarrollan los hechos de cada relato. Su importancia radica en que permite al lector ubicarse en el lugar donde está ocurriendo la acción y le proporciona un panorama más amplio para que pueda comprender mejor el porqué de las cosas. Normalmente, se le da más importancia al concepto de tiempo en los relatos. Incluso si “los conceptos de espacio, personaje, estado y acontecimiento pueden ser analizados mediante el método de reducirlos a haces de rasgos distintivos (semánticos) que contrastan entre sí” (García, 1998: 78), no podemos separar el lugar donde transcurren los hechos de los otros aspectos de la narrativa, ya que es el conjunto de estas características lo que permite identificar el contexto global del relato. Luz Pimentel asegura que “no se concibe un relato que no esté inscrito, de alguna manera, en un espacio que nos dé información, no solo sobre los acontecimientos sino sobre los objetos que pueblan y amueblan el mundo ficcional” (2001:7). Aunque el concepto de tiempo sea más determinante en la estructura de un relato que el de espacio, la autora argumenta que “la narración (predominantemente temporal) está subordinada a la descripción (predominantemente espacial)” (2001:8) ya que, en realidad, no se puede hablar de un hecho “sin la concurrencia de un elemento descriptivo mínimo” (2001: 8).

Como ya se explicó, es el narrador el que ubica al lector en el espacio-tiempo. El tipo de relato, la focalización, el narrador y el tiempo van a influir mucho en el lugar donde se van a desarrollar los hechos, así como este también va a marcar una diferencia grande en la trama. Por ejemplo, no es lo mismo contar una historia en un pueblo como “Levantarse con el pie izquierdo”, que el desarrollo de la trama en una ciudad como la de “Si la lluvia cae”. Es, en realidad, en el lugar de la acción donde se da esa “primera impresión visual del espacio que constituye el nivel de pura existencia ficcional” (Pimentel, 2001:31). La descripción de los espacios nos ayuda a ubicarnos dentro de la historia.

Si bien el tiempo en el que transcurren los hechos es importante, García Landa dice que los personajes y el narrador no tienen un valor exclusivamente temporal, se “enfrenta también los espacios ligados a estos acontecimientos, pudiendo surgir de ello relaciones creadoras de significado” (1998:132).

En *De Mente: cuentos desequilibrados*, todos los relatos están ubicados en ciudades o pueblos, también se nombran lugares específicos como oficinas, casas o edificios, pero retomando

el análisis de cada relato se puede observar la importancia de los escenarios. “La flor de cerezo transcurre en el parque donde está la protagonista contando la historia, ya que en su frágil memoria ese espacio le ayuda a recordar. “Siempre he tenido la costumbre de parar en el parque que está a mitad de camino entre mi trabajo y mi casa” (pág.6).

“El cielo es azul” transcurre en la habitación del protagonista que padece de insomnio, pero el cuento pasa de un estado de irrealidad a materialidad cuando se traslada a su oficina. Muy parecido a lo que sucede en “Mi casa es tu casa” o “Alguien me llama”. Se nombran los espacios físicos como las casas, las iglesias o las calles, pero al inicio de los relatos da la impresión de estar en un no-lugar, hasta que al final se descubre lo que sucede.

En “Quédate conmigo” la variedad de escenarios es determinante en cada etapa de la vida del protagonista: la casa de su madre, la calle, la carnicería, el barrio. Lo mismo con “Malestares matutinos”, donde los restaurantes y los aseos juegan un papel fundamental para la trama. Así como en “Donde hubo fuego cenizas quedan”; sin la mención de la casa de madera al inicio y al final del relato, sería difícil entender que es el bombero el niño que ha sido salvado y quien ha provocado los incendios.

En “Levantarse con el pie izquierdo” la importancia del espacio es tal, que se puede decir que el pueblo es casi un personaje, porque representa a todos sus habitantes. También aparecen con detalle el despacho y la casa del alcalde, ya que las acciones principales se llevan a cabo en dichos lugares específicos.

“Umbral” se desarrolla principalmente en el consultorio de la doctora, pero el giro ocurre en el museo. En “Los tormentos del tío Pedro” los hechos se dan sobre todo en la casa del tío y en ocasiones se mencionan los hospitales. En “Partidaria” la acción ocurre en el despacho de la candidata a alcalde. En “Si la lluvia cae” los escenarios están en la calle, el orfanato y en el techo del edificio principal. En “Observa con cuidado” todo sucede en un departamento. Cada uno de estos lugares, acompañados de su tiempo, personajes y narrador, marcan una diferencia esencial entre cada relato, haciéndolo único y original.

2.4.5 Influencias

Todo autor tiene un proceso de aprendizaje para conseguir su propio estilo, su propio manejo del lenguaje, las ideas y creación de la historia. Y, como en todo estudio, siempre hay maestros que dejan marcas. En mi caso, puedo hablar de los escritores que más han influido en mi escritura. Principalmente son los grandes escritores latinoamericanos de cuentos y novelas, como Gabriel García Márquez, Jorge Luis Borges, Mario Vargas Llosa o Julio Cortázar.

Inicialmente mi objetivo era encontrar una tendencia en la que pudiera ubicar mi literatura y, sin necesidad, entré en una crisis de identidad literaria. Por alguna razón quería encajar. ¿Y qué buscaba yo? Verosimilitud. Como dice Susana Reisz “cada hecho fáctico es la realización de una posibilidad objetiva y que todo lo que se ha demostrado posible resulta verosímil” (Reisz, 1979:126). Pero eso no me etiquetaba en el realismo tradicional. Luego apareció en mi camino una corriente conocida como transrealismo “una expresión de lo real más allá de la realidad, para

transmitir una nueva experiencia social urbana que exige una revitalización del lenguaje poético para atravesar el impacto no-discursivo de la violencia, la miseria y la muerte” (Schollhammer, 2000: 246). Pero como mi tutora me explicó que esta etiqueta está más relacionada con un mundo caótico, apocalíptico, lleno de violencia y caos, entendí que no coincidía con mi trabajo. Si mi obra tenía alguna relación con esta tendencia era exclusivamente por la visión deformada de los personajes al sufrir una enfermedad mental, pero nada más, por lo tanto no me ubicaba dentro de ella. Pensé entonces en una novela poética, pero no del estilo lírico, sino más bien como textos “fuertemente subjetivos que tienen un descubrimiento de mundos interiores” (Navas, 2017: 102). Pero ningún relato se apega a esa definición.

Fue un alivio para mí comprender que no estaba forzada a encasillarme en algo; que la creatividad se trata de seguir tu propio camino y de presentar una obra propia. Por lo tanto, en este apartado, me limitaré a señalar las influencias de algunos grandes autores en mi escritura, dejando el trabajo de clasificar mi marco literario a personas con mucho más conocimiento en este ámbito.

Empecé a releer los libros de cuentos de los autores que he mencionado más arriba; a recordar cuáles son las obras que en algún momento me hicieron pensar que quería escribir. Encontré muchas más cosas de las que hubiera imaginado. ¿Cómo me marcaron los grandes maestros? Ésa era la respuesta que tenía que encontrar, porque si por algo me encantaron siempre, fue por su “afán renovador de literatos que supone un alejamiento respecto a la tradición novelística previa, abriendo nuevas sendas estéticas en la narrativa” (Díez, 2009:3). Los escritores del boom siempre buscaron la novedad, lo ingenioso, lo sorprendente. Por eso es que quedé tan encantada.

Dice Gracia Morales, hablando de Cortázar, que tiene una capacidad de esponja, que su literatura “ya no solo funciona en el ámbito escrito de la ficción, sino que se manifiesta como reclamo de una nueva experiencia vital” (Morales, 2011:27). Cortázar es conocido principalmente por su obra maestra, *Rayuela*, pero este autor me llamó más la atención con sus cuentos. “Cartas a una señorita en París”, “Casa tomada” o “La salud de los enfermos” están entre mis favoritos. Pero fue “La noche boca arriba” el cuento que más me sorprendió al releerlo. Encontré similitudes con mi obra “El cielo es azul”. En el cuento de Cortázar, un motociclista es trasladado a un hospital y los sedantes que le dan para calmar el dolor le hacen soñar que es un indio huyendo de los aztecas. La mezcla entre la realidad y los sueños se parece a la situación que vive mi personaje que sufre de insomnio. Se levanta tantas veces, que al lector le cuesta descubrir qué está pasando. La estructura, los temas que se tocan, el uso de los tiempos y del narrador no se parece a “La noche boca arriba”, pero está presente la intención de jugar entre el sueño: “Ahora lo llevaban, era el final. Boca arriba, a un metro del techo de roca viva que por unos momentos se iluminaba con un reflejo de antorcha” (Cortázar,1993:4) “Por más que lo intentaba, el objetivo estaba más lejos en vez de más cerca. Se cayó una vez, se cayó de nuevo. Se levantó una, dos, tres veces. Había un túnel, al final estaba de nuevo la imagen de su llegada” (pág.14) y la realidad “Como dormía de espaldas, no le sorprendió la posición en que volvía a reconocerse, pero en cambio el olor a humedad, a piedra rezumante de filtraciones, le cerró la garganta y lo obligó a comprender” (1993:4), “Le picaba mucho el cuero cabelludo, el codo izquierdo y las dos piernas. Se acomodó, su brazo derecho estaba adolorido por haber aguantado tanto tiempo el peso de su cuerpo” (pág. 14).

Gracia Morales dice que “resulta muy oportuno para entender la mirada y la voz literaria de Cortázar: transatlántica, trasngénica, transformadora” (2011:29). Tal vez no sea transrealismo, pero definitivamente existe la idea de ir un poco “mas allá” de la realidad encontrar esa “trans-vase y extrañeza activa en el día a día en la literatura” (2011:27).

Fue interesante encontrar similitudes, por más generales que fueran, con los grandes maestros. Por eso busqué más similitudes y paralelismos: estaba entusiasmada por encontrar los rasgos que me han dejado otros creadores. Así llegué a García Márquez, quien con su interminable mundo de personajes fantásticos y reales me ayudó a crear algunos de los míos. En el apartado de los tiempos utilizados, menciono brevemente la influencia del más grande exponente del realismo mágico en mi obra con *Crónica de una muerte anunciada*. Efectivamente, se puede hacer una pequeña comparación entre esa gran novela y mi cuento “Si la lluvia cae”. García Márquez comienza con “El día en que lo iban a matar, Santiago Nasar se levantó a las 5:30 de la mañana para esperar el buque en que llegaba el obispo” (1981: 6). Desde la primera línea, sabemos que el protagonista va a ser asesinado. En mi relato se hace una descripción del paisaje y luego se menciona “A pesar de sus evidentes intenciones de lanzarse, no parece querer hacerlo de frente, porque le da la espalda a la vista de la ciudad ensombrecida por la noche y el temporal” (pág.104). En el primer párrafo, sabemos que la protagonista tiene la intención de suicidarse. En ambas historias, se regresa al pasado para explicar cómo sucedió lo que ya estaba anunciado. No me extraña haber usado este tipo de estructura, ya que *Crónica de una muerte anunciada* es mi novela favorita de García Márquez. Sí, incluso más que *Cien años de soledad*, justamente porque no usa lo maravilloso para sorprendernos, sino hechos perfectamente posibles, hechos que podrían suceder en la realidad.

Seguí mi camino, como si rebuscara en el árbol genealógico a mis ancestros literarios, y encontré a Vargas Llosa. Quizá uno de los autores que más admiro y disfruto, a pesar de no compartir muchas ideas con él. Su literatura es para mí, una golosina. Incluso con una obra tan fuerte y escabrosa como *La fiesta del Chivo*, me fue imposible dejar de leerla hasta terminarla. Vargas Llosa tiende a intercalar los capítulos de sus novelas para contar dos historias que estén relacionadas, pero que a la vez son independientes. Lo hace con *La tía Julia y el escribidor*, con *El paraíso en la otra esquina*, con *La fiesta del Chivo*, entre otros. No entiendo cómo es capaz de escribir textos tan fluidos, sutiles, interesantes y divertidos. Es sin duda uno de mis favoritos. Para mí, Vargas Llosa es un hombre de novela, pero cuando leí sus dos primeros cuentos “Los jefes” y “El abuelo” pude identificar cómo el ambiente influyó directamente en su escritura. Me sentí identificada con él al ver que en sus inicios utilizaba lo que tenía a su alrededor para crear historias. Hay muchos extractos de mis cuentos que fueron llevados de la realidad a la ficción.

Puedo demostrar tal afirmación con algunos ejemplos. En el relato “Pequeños detalles” el protagonista cuenta: “He tenido esa idea desde que era niño, debido a mi abuela. Ella siempre me comentaba que, mientras nosotros caminábamos por las calles; en cada casa, en cada edificio, en cada habitación, había alguien que estaba haciendo algo” (pág. 53). Esas son palabras textuales de mi abuela. En “Alguien me llama” el personaje describe que: “Todos los miércoles mi madre me lleva a la pequeña capilla que queda detrás de la gran catedral de la ciudad. Se entra por una callejuela escondida, se cruza un jardín y se pasa cerca de una fuente de piedra antigua que queda

al lado de un naranjo”. (pag.72) El lugar existe, está detrás de la catedral de Sevilla y fui ahí para un concierto de órgano hace unos meses. El parque que está “a mitad de camino entre mi trabajo y mi casa.” (pág.6) en “La flor de cerezo” no es nada más que el Parque de los Príncipes, que yo cruzaba todos los días para ir a mis prácticas en el barrio de Los Remedios.

Vargas Llosa me enseñó que se puede usar la realidad para embellecer la ficción, como él lo hace de forma tan entretenida en *La tía Julia y el escribidor*, una novela que incluye muchos aspectos autobiográficos: “En ese tiempo remoto, yo era muy joven y vivía con mis abuelos en una quinta de paredes blancas de la calle Ocharán, en Miraflores. Estudiaba en San Marcos, Derecho, creo, resignado a ganarme más tarde la vida con una profesión liberal, aunque, en el fondo, me hubiera gustado más llegar a ser un escritor” (1977:6). Pero también se puede usar la ficción para contar la realidad, como muestra en *La fiesta del Chivo* donde habla del “Generalísimo, Benefactor, Padre de la Patria Nueva, Su Excelencia el Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina” (2000:16) antiguo dictador de República Dominicana.

Finalmente, quiero incluir a Jorge Luis Borges, quien fue realmente una influencia heredada. Mi padre siempre admiró el manejo del lenguaje de ese este hombre, las historias llenas de ingenio y simbolismo que le ayudaron a él mismo como escritor. Y es que Borges está lleno de fantasía, filosofía, reflexiones y pensamientos profundos.

Me gustaría mostrar su influencia comparando un poco “La casa de Asterión” con “Mi casa es tu casa”. Si bien, nuevamente, las temáticas son diferentes, se puede ver en general que hay cosas de otros autores que evidentemente influyen. En el cuento de Borges, alguien habla sobre sentirse atrapado en su propia casa y reflexiona sobre su situación, sobre su existencia: “El hecho es que soy único. No me interesa lo que un hombre pueda transmitir a otros hombres; como el filósofo, pienso que nada es comunicable por el arte de la escritura. Las enojosas y triviales minucias no tienen cabida en mi espíritu, que está capacitado para lo grande; jamás he retenido la diferencia entre una letra y otra” (1949:1). En el caso de “Mi casa es tu casa”, la persona habla sobre el “orden” que el mundo debería tener para que las cosas vayan bien: “Si se pierde dicho equilibrio, gobierna el caos. El conocimiento de los sucesos son parte del poder, de controlar paso a paso la forja de nuestro propio destino. Las sorpresas son causas inesperadas de la irresponsabilidad. El negro va con el negro, el rojo va con el rojo, el blanco va con el blanco. ¿Cómo alguien en su sano juicio no es capaz de entenderlo?” (pág.31).

Borges, como es muy frecuente en su literatura, nos sorprende cuando descubrimos que estuvo relatando todo el tiempo el punto de vista del Minotauro, algo que no se sabe hasta el final, con el único diálogo del relato: “–¿Lo crearás, Adriana?– dijo Teseo–. El Minotauro apenas se defendió” (1949:2). Yo intento sorprender al lector con un final igual de inesperado; un personaje aparece para decir: “Mira, eres mi hermano, yo entiendo perfectamente que hay cosas que son importantes para ti, lo sé y hago todo lo posible para evitar que sea un problema para todos nosotros.” (pág. 34), a lo que el protagonista responde “–Tu corbata está torcida” (pág. 34) y así demostrar que en realidad se trata de una persona con Trastorno Obsesivo Compulsivo. Creo que entre Borges y Cortázar aprendí a disfrutar el leer y escribir finales que resulten chocantes, imprevistos o impensados.

Muchos autores han tenido un gran peso en mi desarrollo literario, pero es muy importante para mí dar a conocer la mayor influencia que estuvo presente en mi crianza. La literatura de mi papá es quizás la que más ha marcado mi forma de escribir, de organizar las tramas, de crear los personajes. Conversar con él, contarle o pedirle que corrija y edite mis obras ha sido el punto clave para finalizar mi creación. Toda mi vida he disfrutado la lectura de los cuentos y las novelas de José Neira Rodas y siempre ha sido mi sueño que él disfrute de mis escritos tanto como yo disfruto de los suyos. Estoy cada vez más cerca, por lo tanto puedo sentirme orgullosa de mi avance como escritora. A diferencia de todos los demás, a él sí le puedo decir: ¡Gracias por tanto!

2.5 Penurias del proceso: dificultades y soluciones

Todo trabajo presenta retos y dificultades. Para mí, el principal problema fue escoger un proyecto que estuviera a la altura de mis propósitos en todos los sentidos. Que cumpliera con las exigencias académicas, pero que al mismo tiempo se mantuviera como una obra de carácter creativo. La intención era escribir, ya sea una novela o un libro de relatos, algo que cumpliera mis expectativas como creadora.

Mi primer proyecto de novela nunca me convenció del todo. Me di cuenta que había muchos aspectos que no estaban bien, pero en parte me sentía motivada porque el tema me gustaba mucho. Trabajé en eso durante las clases, pero al final, después de hablarlo mucho con mi tutora, nos dimos cuenta de que, por muy interesante que fuera la trama, la forma de narrar era demasiado juvenil y poco profesional. Me decidí entonces por un libro de relatos. Tenía muchas ideas en mente y mucha inspiración, solo tenía que escoger un trabajo que fuera realista y que valiera la pena trabajar.

Entonces, apareció el segundo problema: el tiempo. Afortunadamente, con una buena organización, me obligué a trabajar de manera productiva, no debía extralimitarme sino simplemente concentrarme en el tema ya escogido. Resultó mucho más fácil de lo que creí avanzar de una manera ordenada.

En tercer lugar, vino la edición. La redacción y el estilo propio es algo que caracteriza a cada escritor, pero un profesional debe ser muy cuidadoso con la forma de utilizar el lenguaje, con el vocabulario, la gramática, la sintaxis. Escribir la historia no es nada comparado con arreglarla. Tener que leer una y otra vez las mismas líneas, en voz alta, evitando repeticiones, conjuntos de palabras cacofónicos o incluso rimas incómodas. Todo esto sin estropear la historia en sí misma, de forma que se pueda mantener al lector interesado y que resulte fluida e interesante.

Finalmente el último conflicto con el que luché durante el proceso fue el manejo del tema. Me costó un poco lograr exponer las diferentes enfermedades sin ser exageradamente obvia e incluso sin nombrarlas, para que fueran inferidas por el lector. También luché para no hacer un uso abusivo de los finales sorpresa, y que estos resultaran interesantes en vez de cansados. A pesar de que la idea desde un inicio fue que el lector, al final de cada relato, fuera capaz de identificar una enfermedad, tuve que tener mucho cuidado para que la historia resultara interesante por sí misma,

sin predisponer al lector a buscar las pautas del trastorno en vez de disfrutar el relato como tal. Después de trabajar y superar los obstáculos, puedo hablar de los resultados obtenidos con este proyecto.

2.6 ¡Eureka!: Resultados y conclusiones

Primero, debo decir que es muy satisfactorio completar una meta previamente establecida. El simple hecho de haber terminado, en los tiempos que me propuse, el TFM, me hace sentir muy orgullosa. También es el primer libro que termino. He concluido muchas historias publicadas en internet, pero que no representan lo que este conjunto de relatos significa para mí y para mi futura carrera.

Fue un trabajo muy duro, no solo por el hecho de escribir, sino también de investigar y cumplir todas las exigencias y las expectativas académicas en un trabajo de nivel universitario. Por muy creativa que sea una obra literaria, también tiene que cumplir con ciertas normas expresivas para que se la considere como un todo coherente.

Al inicio, planteé objetivos que serían parte del proceso creativo del trabajo y siento que he cumplido en gran parte todo lo propuesto. En primer lugar, siento que he mejorado mi uso del lenguaje con respecto a escritos anteriores y otros proyectos dentro del mismo máster. Después, logré reflejar, por medio de la escritura creativa, las perspectivas de las diferentes enfermedades mentales en variados contextos, los resultados obtenidos con los cuentos y sus tramas me han complacido en su mayoría.

Por último, durante todo el proceso creativo, pedí opiniones, sugerencias y correcciones a varias personas. Me siento muy feliz, pues, a pesar de haber necesitado ayuda para la corrección de algunos aspectos lingüísticos, saber que las historias en sí mismas resultaron interesantes, impactantes y llamativas me complace, porque es justamente lo que la mayoría de escritores busca. Estos catorce relatos que forman *De Mente: cuentos desequilibrados* son el verdadero resultado de mucha lectura, investigación y escritura.

2.7 Bibliografía

-ÁLAMO Felices, Francisco, 2013. El Narrador; tipologías y representación textual. Almería: Universidad.

-BORGES, Jorge Luis, 1949. El Aleph. Buenos Aires: Losada.

-CAMACHO DELGADO, José Manuel, 2006. Magia y desencanto en la narrativa colombiana. Alicante: Universidad.

-CORTÁZAR, Julio, 1993. La noche boca arriba y otros relatos. París: Le livre de Poche.

-DÍEZ COBO, Rosa María, 2009: 'Globalización y nuevas corrientes poéticas en la narrativa hispanoamericana' [en línea]. VII Congreso Internacional Orbis Tertius de Teoría y Crítica Literaria, 18, 19 y 20 de mayo de 2009, La Plata. Estados de la cuestión: Actualidad de los estudios de teoría, crítica e historia literaria. 1-8. En Memoria Académica. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.3537/ev.3537.pdf.

-GARCÍA LANDA, José Ángel, 1998. Acción, relato, discurso. Estructura de la ficción narrativa. Salamanca: Universidad.

-GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel, 1981, Crónica de una muerte anunciada. Bogotá: La Oveja Negra.

-GUADARRAMA, Rosalinda; Adriana MENDOZA, 2011. Factores de riesgo de anorexia y bulimia nerviosa en estudiantes de preparatoria: un análisis por sexo. México, D.F: Autónoma de Estado de México: Universidad.

-LÓPEZ, Santiago; Carlos CAJAL, 2007. Curso y pronóstico del trastorno autista. Cali: Javeriana, Universidad Pontificia.

-MORALES ORTIZ, Gracia, 2011. Entre camaleones, cronopios y esponjas: la transrealidad Cortazariana en La vuelta al día en ochenta mundos. Granada: Letral.

-MORENO GEA, Pedro, 1994. Medicina Balear. Palma de Mallorca: Real academia de la Medicina.

- NAVAS OCALA, María Isabel, 2017. Hacia una tipología de la novela en el siglo XX. Almería: Universidad.
- PICHOT, Pierre; Juan LÓPEZ; Manuel VALDÉS, 1995. Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales. Barcelona, Paris, Milano: Masson S.A.
- PIMENTEL, Luz Aurora, 2001. El espacio en la ficción, ficciones espaciales: la representación del espacio en los textos Narrativos. México, D.F: Siglo XXI.
- REISZ, Susana, 1979. 'Ficcionalidad, referencia, tipos de ficción literaria'. Lexis: Revista literaria, Vol. 3, N. 2, 99-170.
- SERRANO OREJUELA, Eduardo, 2017. El narrador y sus saberes. Cali: Del Valle: Universidad.
- SCHOLLHAMMER, Karl Erik. 2000: 'Os cenários urbanos da violencia na literatura brasileira'. Linguagens da violência. Ed. Carlos Alberto Messeder Pereira, Elizabeth Rondelli, Karl Erik Schollhammer y Micael Herschmann. Rio de Janeiro: Rocco. 236-59.
- VARGAS LLOSA, Mario, 1977. La tía Julia y el escribidor. Lima: Seix Barral.
- VARGAS LLOSA, Mario, 2000. La fiesta del Chivo. Lima: Alfaguara.